

EL LIBRO  
DE UNA MADRE

POR

LUIS ULBACH.

---

Regalo de LA ONDINA DEL PLATA

Á SUS SUSCRITORES DE 1878.

---

BUENOS AIRES

---

Direccion de *La Ondina*, Santiago del Estero 176.



## PRÓLOGO.

### QUERIDA HIJA MIA:

Tienes algo más de veinte años; te has casado hace veinte meses, y serás madre antes de terminarse la impresión de este libro. ¿No te parece justo que te dedique, que te dirija los consejos de una madre, que podría ser la tuya, á una hija, que podrías ser tú?

Estas páginas han sido escritas para leerse en familia: mi aspiración literaria se limita á que reflejen la sincera emoción que las ha dictado. Quisiera que fuesen bastante transparentes para que, á través de las ligeras coqueterías del estilo, se descubriese plenamente mi corazón. De antemano me consta que alguno me ha comprendido, y mi recompensa sería completa, si tú, que has sido educada en esta escuela, me aseguras que ningún detalle me ha pasado desapercibido.

Desde el opúsculo de la marquesa de Lambert, *consejos á mi hija*, no sé de madre alguna que haya pensado reunir y publicar sus lecciones. Yo tengo la audacia de acometer esta empresa.

Mucho se ha discutido acerca el derecho de matar á las mujeres; nunca, sin embargo, se hablará bastante del deber de enseñarlas á hacer buen uso de la vida, con lo cual los maridos estarían mucho menos tentados á privarlas de ella.

Instruir equivale á precaver; pero la instrucción de las mujeres, no ha de limitarse á la ciencia del libro; ha de comprender, al mismo tiempo, la ciencia del corazón.

Bueno es el libro, á pesar de todo, cuando no distrae de la cuna. El pedantismo no es terrible cuando se halla templado por la sonrisa y la graciosa mueca de nuestros hijos. Que para no dejarse abrazar por Vadio, en las *Mujeres Sabias* (1), Enriqueta no entienda el griego, puede pasar; pero cuando llegue para ella el día en que tome las lecciones de su hijo, si quiere hacerle entrar la gramática en la mollera, algo se permitirá de latines, y, pocas ó muchas, hará sus intrusiones en el griego.

Verdad es que yo, en este libro, no me he ocupado del griego, ni del latín, ni del inglés, ni del alemán, ni siquiera de mi idioma, dicho sea con franqueza. Predicando aplicación á mi hija, he querido demostrarla cuanto debía esforzarse en cumplir con todos sus deberes, á fin de prepararse para el grande deber del amor, que es el objetivo de la niña, de la esposa y de la madre.

Desde la elección de la primera muñeca, tan grave, en su género, como la elección de marido, hasta los cuidados de la maternidad; he

(1) Alude á cierta escena de una comedia de Molière.

querido abordar todas las cuestiones delicadas, por medio de las cuales se desarrolla ó ilustra la conciencia de una doncella que con el tiempo ha de ser esposa.

Aquello que, á fines del siglo xvii, escribía una marquesa para otra marquesa ó duquesa futura, ¿porqué no ha de ser conveniente para la jóven de la clase media, á quien la educacion moderna debe preparar para toda clase de destinos, como la revolucion puede someter á toda suerte de pruebas?

¿He conseguido mi objeto? Lo único que puedo asegurarte es que he puesto de mi parte todo lo posible para llegar á él. No hay en mi libro una sola línea que de antemano no haya pesado y hecho vibrar en mi corazon, para examinar su sonido y consecuencias, ántes de que resonara en el corazon de mi hija.

Boileau no ha querido ser comprendido exclusivamente por las mujeres escritoras; ni aun simplemente por las mujeres en general. Sin embargo, he querido aprovecharme de sus lecciones, y si mi trabajo dista de ser acabado, no será por no haberlo rehecho veinte veces.

A esto se debe quizás que en los últimos momentos me haya dirigido á mí misma algunas advertencias, que han importado ciertas correcciones, respecto de las cuales te llamo la atencion, á fin de salir al encuentro del cargo de anacronista que no dejaria de hacérsme con fundado motivo.

En el capítulo de *Lecciones que aprender* y comentando el cuento del pequeño *Caperuza roja*, he creído conveniente, por ejemplo, aludir á los desastres de nuestra patria, deduciendo de nuestra ignorancia nacional, en 1870, un argumento intercalado en una leccion dada ocho ó nueve años ántes de estallar la guerra franco-prusiana. Ni es este el único hecho de actualidad intercalado en mi libro: lo cual no quiere decir que haya dejado de pensarse, escribirse, *vivirse*, digámoslo así, en las sucesivas épocas que indican sus divisiones.

Léelo, pues, con entera confianza, y perdóname las pequeñas supercherias de ejecucion que me he visto obligada á introducir en una obra que debía estar tan distante de la pedantería como de la frivolidad, y que, sin salirse nunca de la verdad, habia de apartarse de la excesiva candidez.

El *Diario* que ha recibido las prinicias de mi libro, tuvo en cuenta, ántes que nadie, las dificultades de mi empresa. Yo, sin embargo, seguia constante en mi empeño de tener, desde luego, lectores, muchos lectores. Un gran diario político se hubiera compadecido desdeñosamente de mis infantiles relaciones de muñecas, cochecitos, Caperuzas rojas y perros sabios; sin acoger mas benévolaente mis lecciones sentimentales.

El *Figaro*, frívolo por temperamento y vocacion, pero siempre dispuesto á correr aventuras literarias, afrontó el peligro de las lecciones infantiles, exponiéndose al de las serias, que era para él de mucha mayor gravedad. Anunció mi libro tomando toda suerte de precauciones: queria tener contento á su público, y al mismo tiempo sacar á salvo su

amor propio y el mio. Por de pronto ni sabia dónde insertarme: la obra no podia ser folletin bajo ningun concepto. Al fin y al cabo, y aunque con toda suerte de prudentes reservas, se decidió á publicarla en la seccion de *Varietades*.

Por lo demás, hé aquí los términos con que se expresó M. de Villemessant para excusar á su periódico y á mi misma.

“Permitásemse la última palabra para explicar la índole especial de este trabajo. No tengo la pretension de creer que tenga de interesar á todos sin escepcion. Diré mas, diré á los escépticos, á los paseantes de los *Boulevares*, que constituyen, no lo ignoro, una gran parte de los lectores del *Figaro*, que *El libro de una madre* no ha sido escrito ciertamente para ellos.

“Sinembargo, ¿no es una verdad que en el *Figaro* se insertan composiciones que no á todos interesan por igual? ¿Creeis, por ejemplo, que las gacetillas de teatros, sin las cuales no pueden pasarse los parisienses, tienen idéntico valor para los lectores de provincias?”

“Pues bien, la publicacion que mañana empezaremos, tiene, asimismo un público especial, que sabrá apreciarla en lo que vale: este público lo componen las esposas y las madres. De fijo que ninguna de éstas se quejará de que alguna vez, siquiera de paso, nos hayamos ocupado de ellas, y si su voto nos es favorable, de seguro ha de arrastrar el de muchos otros.”

Es imposible describir la angustia que experimenté hasta conocer el efecto que produjeron las primeras páginas....

Por lo visto, querida hija-mia, se aguardaba con impaciencia oír la voz de una mujer honrada, pues se me hizo un recibimiento cortés, y casi estoy por decir, afectuoso. Con efecto, se me escuchó, se me animó en la empresa, y si hubiera aspirado á un triunfo para mi vanidad en una cuestion de puro sentimiento y honor maternal, podria decir que el éxito fué tan completo como difícil de haber sido previsto.

Quedo, por lo tanto, sumamente reconocida al *Figaro* por su benévola hospitalidad, y hasta confusa por la magnífica despedida que hizo á mi libro, al extremo de reservar ejemplares encuadernados y dorados para sus suscritores. Estoy, además satisfecha de mi obstinacion en coleccionar estas lecciones, en la creencia de que una especie de *Manya? de la mujer honrada* podia ser una obra de grande actualidad.

Si á los aplausos de los demás se une, querida hija mia, el tuyo; si me has comprendido otro tanto que yo te amo; si bendita en tu matrimonio y en tu maternidad, echas de ver tu dicha, cual en un espejo, en el cuadro que he trazado de un hogar doméstico donde reina el talento y la decencia; me habrás proporcionado cuanta gloria pudiera yo apetecer como madre y como francesa. Mi ambicion maternal no está exenta de patriotismo: la patria exige de nosotros que regeneremos á la mujer para regenerar la familia.

La familia regenerará, cuando llegue el caso, á los ciudadanos.

PAULINA L...

*Enghien, 20 de Agosto de 1875.*



# EL LIBRO

## DE UNA MADRE.

---

### I.

#### **La primera muñeca.**

—Está bien, señorita; tendrá usted una nueva muñeca; pero ándese usted con tiento esta vez, porque si me encuentro la cabeza en la cocina y los miembros dispersos por el jardín, iré temiendo que dista usted mucho de ser una buena madre.

No se me venga usted con ademanes compungidos. Puesto que consiento en renovarle su familia, es que confío en su arrepentimiento.

Los soldados de Herodes, sus modelos de usted, por lo visto, tan sólo en una ocasión degollaron á los inocentes. Así lo afirma la HISTORIA SAGRADA. Me prometo, por lo tanto, que no escederá usted en ferocidad á esos militares y que le bastará con esta sola víctima.

Enjague usted esas lágrimas que sólo sirven para amortiguar el carmin de sus mejillas, ni mas ni ménos que ha desleído usted, en la canilla del agua, los colores de su muñeca. Sus mejillas de usted me pertenecen: hágase usted cuenta de que son, como si dijéramos, unas manzanas de mi propiedad.

Y no se vaya á figurar que estoy muy ufana con ellas; mas ya que á Dios le ha parecido bien hacerlas como son, quiero que respete usted la obra de Dios. Si daba usted al traste con ellas, como ha hecho con su muñeca, no me sería dable ir á la tienda por otras.

¿Se rie usted?... Esto me prueba que su arrepentimiento no era de la mejor calidad... ¿Vuelta á llorar? Tampoco me prueba otra cosa sino que no me comprende usted como yo quiero... ¿Se sonrie?... Méno malo: la sonrisa, hija mia, es la primera de las cortesías del alma. Veo con satisfaccion que aun tiene usted algo de ella y que no ha reñido del todo con la urbanidad. Venga á darme un abrazo...

¿Sabes, Luisita, que la eleccion de una nueva muñeca no es un asunto tan baladí como muchos creen? La que acabo de encontrar ahogada en el surtidor del jardin, era muy fea, por cierto. No trato de murmurarla ya que has hecho de ella una víctima; pero es indudable que carecia de solidez; tenia los dedos de los piés cosidos los unos á los otros, y los de las manos descosidos siempre. No movia brazos ni piernas, y á fuerza de tener la mirada atravesada, hubiera acabado por hacerte volver vizza.

No por esto te perdono haberla torcido los brazos, á pretexto de que querias te diese un abrazo, ni el haberla roto las piernas para obligarla á ponerse de rodillas. Con el tiempo comprenderás que en este mundo no hay que forzar el afecto ni la oracion. Apesar de todo, confieso que su inmovilidad, su rigidez, eran tan pesadas, como tu movimiento contínuo. Sin embargo, ¿cuándo se me ha ocurrido á mí hacerte pedazos, á fin de que tus cuartos estén quietos?

Dios no permite que los hijos estén configurados á medida del gusto de sus padres, porque entónces, en lugar de escogerlos segun sus deseos, los escogeríamos segun los nuestros. Por el contrario, depone en los brazos paternales débiles séres que ni hablan ni discurren, que mas tarde hemos de devolverle hablando y discurrendo; de suerte que el amor de madre es un estudio constante que nunca se acomete demasiado pronto. Dándote una leccion, la recibo yo misma.

Ahora bien, las muñecas son una especie de hijos simulados, de que deben aprovecharse las niñas de carne y hueso como de unos maniqués, para cortar, ensayar, retocar ó ensanchar su carácter, secundando por este medio el trabajo de los papás.

¿Lo entiendes bien?... Tienes siete años cumplidos: cierto que todavía te llaman Luisita; pero dentro de dos ó tres años te llamarán Luison (1), y en seguida caminarás rápidamente á la edad en que yo, y conmigo muchos otros, te llamarán Luisa.

(1) Este diminutivo no tiene traduccion española: sin embargo, no puede prescindirse de él en este libro, por sintetizar la segunda de las cuatro épocas ó faces de la vida de nuestra protagonista.



Muy orgullosa estaré yo entónces si los juegos de Luisita han dispuesto á Luison para ser una muchacha aplicada, y si los estudios de Luison han hecho de Luisa una jóven instruida, modesta y sincera. La sinceridad es la belleza que nos dá Dios, algo mejor que la belleza que proporciona el diablo.

A menudo se dice á los niños:—Sed buenos como una estampa ...—Mejor fuera decirles:—Sed tan buenos, que puedan hacerse estampas con las escenas de vuestra vida.—

Haz, pues, la muñeca á tu imágen, y no te mires en la muñeca para hacerte tu á semejanza de ella.

¿Hay cosa mas horrible que una niña con todas las trazas de un juguete que acabe de salir de la quincallería, peinada como una muñeca, que se revoca la cara con porcelana ó cera, que se dá vermellon en los labios y que no osa gesticular por temor de descascarillarse?

Conozco algunas de esas monas, que cuando niñas daban lástima. Despues que han crecido algo, parecen unas viejas y causan horror.

Tieras, almidonadas, engomadas, charoladas, han permanecido durante su infancia como expuestas en un aparador. Vino despues el dia en que un caballero, de no muy fina vista, las pidió en matrimonio, ya porque él fuese el engañado, ya porque tratara de que lo fuesen ellas; y lo mejor que puede haber sobrevenido es que el pretendiente haya sido, á su vez, un novio de palo; en cual caso la vida transcurrirá simplemente fastidiosa entre marido y mujer.

Mas si el esposo acierta á ser un hombre como es tu padre y como será un dia tu hermano, en este caso la vida es un suplicio. La mujer-muñeca acaba por agrietarse y desmenuzarse solitariamente si es de cera; por convertirse en pasta y barro si es de carton; y por si acaso es de porcelana, corre el riesgo de que al mejor dia la haga su marido pedazos, por el gusto de saber qué es lo que contiene en lugar de corazon.

Si, señora, si; hecha pedazos, rota... ¿Eso te admira? Pues sabe que es mucha verdad, y que mas de un sabio y un académico, que han hecho estudios especiales de esas muñecas, escriben libros y dramas demostrando que se las rompen con sobrada razon, que nunca se las hará pedazos bastantes pequeños; que lo mejor seria pulverizarlas.

Por lo que á tí hace, Luisita mia, te conozco lo bastante para responder de que no quisieras cambiar tu hermosa cabeza, tu semblante tan sonrosado y sano, por una cabeza de carton, de porcelana ó de cera. Porque tú quieres percibir la sensación que causan en tus mejillas los besos de tu madre, así, como éste; y quieres,

además, reir y llorar á tus anchas, y abrir la boca cuanto gustes, por grande que parezca. ¿Para que aparentarla mas pequeña de lo que se tiene?... No por esto salen de ella palabras mas escogidas, y de contra, hay que achicar los bocados que se introducen en ella... Segura estoy de que no quieres rebajar tus raciones.

Vamos á ver, pues: ¿qué clase de muñeca escogeremos? Ayer me indicaste una en el mostrador de una quincallería... Iba vestida con un traje sembrado de oro; con oro estaban entrelazados sus cabellos; de oro era la varilla que traía en la mano... ¡Bonita hada!

Y sin embargo, no pienso comprártela: el mundo no es una comedia de magia. Las hadas, buenas y malas, residen en nosotros mismos: cuando me miras sonriendo, eres el hada *Graciosa*; cuando te enfurruñas eres el hada *Gruñona*; cuando has estudiado detenidamente las lecciones, y te diviertes sin remordimientos, y corres por el jardín, y el aire juega con tus sueltos cabellos, eres el hada *Primavera*. Debajo del cielo no hay mas encanto que el de nuestras buenas obras.

Recuerdo que junto al hada se encontraba otra hermosa muñeca, una gran dama, con una corona en la cabeza... Seguramente representaba una reina, una emperatriz, ¿quién sabe de dónde?

¿Qué podrias enseñar tú á toda una emperatriz?

Lo que es esas muñecas son elegantísimas; pero no puede desnudárselas sin atentar á su prestigio, y el mismo talco de sus vestidos las impide parecer mujeres como las demás; de suerte que únicamente se parecen á nosotras cuando lloran y cuando sufren.

No creo que pretendas ser reina ni emperatriz, por mas que ello no sea absolutamente imposible. Alguna vez se ha visto y aun pudiera volverse á ver; pero tu felicidad me interesa demasiado para desearte tan gran destino.

Con lo que te he dicho, bien puedes comprender que mi eleccion no recaerá en una de esas muñecas extravagantes, que no son sino muñecas, que siempre serán muñecas, y que no han sido fabricadas, vestidas y galoneadas sino para dar gusto á otras muñecas. ¿Consentirias, por ventura, en hacer las veces de madrina ó de madre de alguna de esas elegantes de piel y cera, cuyo ajuar cuesta tanto como una canastilla de verdad para un recién nacido, y que algunas veces llevan chales de cachemira, por los cuales piden hasta cien francos?

¡Cien francos!... Un caudal suficiente para alimentar durante un mes á toda una familia obrera, pagar un semestre de salario

á una criada, ó costear durante un año el nodrizaje de un huér-fano...

¿Ni cómo te habías de permitir tener en casa á una señorita mejor vestida que tu mamá y que, al parecer, nos provocaría á que arruinásemos á tu padre para no perder nuestra superioridad respecto de ella?...¿Te atreverías á pasear, con ella al brazo, por delante de una iglesia donde se predica la igualdad evangélica; ó cruzar junto á unos pobres mendigos que te pidieran una limosna.

Alguna vez habrás oído á tu padre hablar de algunos hombres menguados que pretenden quitarles sus bienes á los ricos: pues bien, otros hay, tan menguados por lo ménos, y son aquellos que quieren apoderarse del patrimonio de los pobres, impidiendo que en el seno de las familias reinen el órden, la economía, el aseo y la sencillez.

Tan malo como quemar las casas es corromper el gusto, porque esto equivale á quemar las almas. Solamente los enemigos de las madres previsoras y de las niñas modestas pueden seducirnos hasta el extremo de colocar alguna de esas sirenas de almacén de ropas hechas, entre la cuna de nuestros hijos, y los costureros de nuestras labores.

No, Luisita, no: por fortuna estás aun muy distante de estrenar tu primer vestido de seda, para convertirte en mamá de una muñeca con traje de terciopelo. No quiero exponerte á cometer pecado de envidia, y de la envidia mas fea, mas baja, la envidia de los cintajos, de las modas, de los harapos!...

¿Te gustaria un *bebé*? (1) ¿Te ries, eh...Cuidado, hija mia... Un *bebé*, que solamente dice *papá* y *mamá*, y cuyas habilidades se reducen á abrir y cerrar los ojos, es un mendigo de caricias: cuando estarás cansada de tantas limosnas como ya le habrás hecho; cuando te habrás mareado á fuerza de mecerle y habrás agotado el repertorio de tus cuentos, quieras que no, tendrás que empezar de nuevo y siempre.

No podrás hacerle confidente de tus pequeñas satisfacciones y disgustos, ni tampoco hacerle aprender tus lecciones: su inteligencia, no podrá desarrollarse al par de la tuya, es decir, que tus adelantos no serán sus adelantos, y él repetirá su sempiterno *papá* y *mamá*, cuando tú recitarás de una sola tirada *Filemon* y *Baucis*.

(1) Nombre que se dá en Francia á esas muñecas que producen ciertos sonidos mediante la presión de un resorte y tienen la apariencia de tiernas criaturas.

Desengáñate; esos niños sólo sirven para los muy niños y los muy ancianos.

No nos fijemos tampoco en las alsacianas, las suizas, las labradoras... Cuando hayamos escogido la muñeca, tú la vestirás con todos los trajes que quieras, la darás el estado que mejor te parezca, y la adornarás con cuantas virtudes creas convenirla.

Es decir que compraremos una muñeca tan escasa de vestidos como el niño Jesús en el nacimiento. Los trajes se los confeccionarás tú misma. Eso sí; la quiero de buen tamaño, de semblante agraciado, ó mejor dicho, de semblante verosímil. Las cabezas y los trajes de las muñecas adolecen generalmente de exageración. Ha de ser ni muy sonrosada ni muy pálida, ni gordiflona ni flaca, ni hermosa ni fea; en una palabra, sana y pasadera como tú.

Quiero, también, que tenga elasticidad en sus miembros, pero no que estos se muevan articuladamente. Por regla general, desconfío siempre de las muñecas que se prestan á todas las actitudes: no las está del todo mal cierta rigidez, con lo cual se evitan algunas actitudes inconvenientes. Es, como si dijéramos, la dignidad natural de una muñeca.

Tendrá, como todos las de su familia, algo de corcho en el cráneo para sujetarla la peluca, y salvado en el pecho para clavar los alfileres; de manera que no habrá á descoserla para saber de qué está formada. Por lo que toca á la cara, páse de porcelana: es algo mas caro, pero se lava con mayor facilidad. . .

Pondrás gran tiento en tus manos para evitar que se caiga y rompa, por mas que no faltan muñecas que se habitúan fácilmente á esta clase de averías. Sin embargo, hay que confesar que esas muñecas son de la peor especie, de la especie incorregible, de la especie de carton.

La albergarás en tu cuarto y procurarás habituarla á tus costumbres: en su presencia desempeñarás tus tareas, ni mas ni ménos que si pudiera dar acerca de ellas su parecer. Con su ejemplo te recordará incesantemente que para no permanecer muda y ser nula del todo, es necesario estudiar y aprovecharse de las lecciones. Hazte cuenta que te pago una prenda, como sucede en los juegos de sociedad; únicamente que el juego en que ahora te inicio es un juego muy grave en el fondo; es el juego de la vida.

No hay cuidado de que en tiempo alguno vaya yo á redimir la prenda esa... ¿Sabes á quién deberás hacer entrega de ella dentro de diez ó doce años?

A un caballero muy cumplido y muy respetuoso, pero muy exigente, á pesar de todas sus sonrisas, que vendrá á enterarse de la educación que habré dado á mi hija, y á quien te presentaré

ya formada, grave, modesta y buena. Cuando vea á tu lado esa muñeca, que se habrá quedado muy niña, que estará algo ajada, pero en buen estado todavía; la contemplará con agrado, comparará entre tú y ella, se hará cargo de la diferencia, y dirá:

—Está bien: me quedo con entrambas. Se parecen tan poco la una y la otra, que no hay temor de que puedan confundirse.

Entónces, Luisita mia, la muñeca y tú os marchareis con ese caballero, que será tu nuevo y tu último camarada. Una y otra os llevareis vuestro ajuar, y guardarás, para enseñarla un día á tus hijas, la muñeca que escogió tu madre y que fué para tí nuncio de ventura.

Ea, pues... ¡A vestirse pronto, que en la quincallería nos aguardan!...

## II.

### Los juegos.

¡Bravo!... Esto traé consigo el jugar con muchachos á juegos de muchachos...

Mírate en el espejo: estás colorada como una cereza, lo cual hace que ni se te conozca el carmin de la vergüenza... Te has hecho un desgarró en la manga y un chichón en la frente... Has corrido hasta perder el aliento, has dado contigo en el suelo, y, por añadidura, has echado á perder un traje... Naturalmente: esos picaruelos, en cuanto se les dá un poco de cuerda, lo mismo tiene que sean muchachos que mayores; siempre vienen á parar en lo mismo... Es el destino reservado á las niñas demasiado complacientes y á las jóvenes demasiado débiles...

Se acabó, Luisita, se acabó por ahora y para siempre.

Esto no quiere decir que yo te prohíba tomar parte en los juegos de tu hermano y de sus amiguitos; al contrario. Hasta me parece bien que te vayas acostumbrando á sus picardigüelas, y á sus rasgos de generosidad. De este modo, al llegar á ser una mujer formada, cual lo soy yo, al acordarte de que les tratabas como unos hombres hechos y derechos cuando se portaban bien, les tratarás como á unos niños grandes siempre que se porten mal.

Algunas madres conozco que prohíben á sus tiernas hijas levantar los ojos del suelo en presencia de los niños. Esto será porque esas madres se relacionarán con niños de mala índole y tendrán poca confianza en la de sus hijas. Pero yo, que estoy tranquila respecto de los muchachos que frecuentan esta casa, y

veo, por otra parte, que llevas el corazón en la mano, á fin de que pueda leerse completamente en él; intentaré darte á comprender la razón de mis consejos y de mis actos.

¿Te acuerdas de que, en unos grandes jarrones de mi gabinete, hay pintados unos paisajes con montañas azules, casas azules y árboles azules? Pues esos paisajes son vistas del Japon.

En ese país es costumbre que, desde los cuatro ó cinco años, se escoje ya á la niña que un día habrá de ser la esposa de un muchacho de su misma edad, poco mas ó ménos.

Tan pronto como los padres se han puesto de acuerdo sobre el particular, educan é instruyen á sus hijos el uno para el otro. De tiempo en tiempo se miden y comparan sus adelantos, ni mas ni ménos que se mide y compara su estatura, cerciorándose de que á la par de su físico, se desarrolla su moral é inteligencia.

Los japoneses, gentes muy cumplidas en su trato, no osan burlarse de nuestras costumbres delante de nosotros; pero esto no les impide, á lo que parece, encontrar sumamente rara la moda de retraer á dos séses durante veinte años, ocultándoles cuidadosamente el uno al otro, para que al cabo de esos veinte años todo entre ellos sea comun, nada entre ambos permanezca oculto.

No es que yo pretenda llevar mi prevision tan allá como las madres japonesas, ni que tenga motivo de sospechar que alguno de esos muchachillos que todo lo han revuelto ahora mismo, pueda ser tu marido con el tiempo; pero ello es que yo no te educo para monja y que si te he comprado una muñeca para habituarte con los deberes de madre, no hallo inconveniente en que juegues con los pequeños camaradas de tu hermano, que con el tiempo serán hombres, para que jugando, jugando... hagas tu aprendizaje de esposa.

Con todo, Luisita, me parece que llevas demasiado allá la amabilidad, condescendiendo en hacer siempre de caballo cuando jugais á la diligencia. Bueno es que cada palo aguante su vela, y mejor que el tiro del carruaje se componga de un tronco completo.

Y mira; el jugar á la diligencia no deja de contener tambien su enseñanza, con ser un juego como cualquier otro...

La vida es tambien una grande y pesada diligencia, de la cual vamos tirando bastante bien, siempre que el hombre y la mujer van unidos á una misma lanza y caminan á un mismo paso. El cochero es invisible, lo cual no impide que se sientan sus latigazos. Por lo que toca á la via, unas veces es suave, compacta, sin baches; otras veces es pesada y muy parecida á un pedregal. Si la cuesta es muy ruda, hay que apelar á los hijos, que jugueteen

al rededor del tiro, con lo cual le devuelven las perdidas fuerzas. Las caricias y los juegos de los hijos son, en este caso, nuestra mejor cebada.

Pero de aquí á entónces, no puedo consentir, bajo ningun concepto, que te desuelen los brazos con sus cordeles, ni te echen una mordaza á la boca.

Siquiera te recomiende ser muchacha dócil y sufrida, no quiero decir con esto que te conviertas en esclava. Piafa, pues, con cierta dignidad: con esto habrá bastante para tener á raya los cocheros impertinentes.

Mas adelante aprenderás en los libros, ántes de aprenderlo en el mundo, que todo bien tiene que realizarse combinando la fuerza del hombre con la dignidad de la mujer.

Los pueblos que han considerado siempre á la mujer como una bestia de carga, puede asegurarse que están aun por iniciarse en el estado de civilizacion: por el contrario, aquellos pueblos en que la mujer desprecia y domina al hombre, bien puede asegurarse que han entrado en el período de su decadencia.

No hay para qué, Luisita mia, tener en ménos á criatura alguna, llámase hombre ó pájaro; ni exponerse á que en ménos nos tenga ningun sér animado, llámese pájaro ú hombre. Nuestra gran mision consiste en domesticar á los unos y á los otros; á los pájaros para que se olviden de sus alas, y á los hombres para que las deseen y se fijen en la contemplacion celeste.

Domestica, pues, á los amiguitos de tu hermano, sin dejarte martirizar por estos orgullosos gorriones apenas salidos del nido.

Reid, charlad, jugad en amigable consorcio, calentados por el mismo rayo de sol, envueltos en el torbellino de un mismo polvo y de una misma algazara; pero no profaneis la misma libertad en que os dejo, haciéndoos desgarros en los vestidos y chichones en la frente.

Sin embargo, no hay que guardar rencor á nadie por un golpe dado sin mala intencion. El daño físico es solamente la apariencia del verdadero daño: el dolor es una especie de cuestion que la materia nos promueve insidiosamente para cerciorarse de que tenemos un alma. Mas tarde irás comprendiendo todo eso.

Yo tengo por costumbre castigar á tu hermano cuando lloriquea por una insignificante desolladura; y si obro de esta suerte es porque un dia será soldado, un dia tendrá que someterse á esa prueba que la patria impone al corazón de las madres; y cuando llegue este caso, si alguna vez saca el pañuelo del bolsillo, hágalo para restañar la sangre de su herida ó de la herida de un camarada; mas no para enjugar cobardes lágrimas.

Bien comprendo, Luisita mia, que tú no has de ir á la guerra,

y lo que es mas ¡ojalá semejante guerra no exista cuando llegues á ser esposa y madre!... Con todo, están los hombres tan distantes aun de entenderse bienamente y les es tan difícil jugar á ningun juego sin malquistarse y pelearse; que bien pudiera ser que un dia tuvieses que prestar socorro á los heridos. Aprende, por lo mismo, aprende desde hoy, á sufrir sonriendo, para enseñar á sonreír á los que sufran en tu presencia.

No quiero que en manera alguna te espongas sin necesidad; pero no te prohibo que juegues bulliciosamente, por la misma razon que tengo para no prohibirte trabajar, orar, cantar y respirar.

Además, ciertos juegos forman parte de nuestros deberes. Quien mas quien ménos, todos en este mundo se entregan al juego, que es para los niños la gramática de la salud y para los mayores la gimnasia del buen humor. Las ganas de jugar vienen á ser como un instinto, que puede engañarse, corromperse, transformarse, pero de ningun modo destruirse.

Paso por alto los juegos de cierta porcion del género humano. ¡Cuál no seria tu asombro, querida Luisita, si conocieras los hermosos nombres con que se revisten y los grandes honores que á menudo se les tributan!... Pueblos muy formales existen que se prosternan delante de ciertos hombres, á quienes llaman héroes porque juegan á los dados, grandes políticos porque manejan la baraja, padres y salvadores de la patria porque son diestros en los cubiletes.

No siempre la moral toma parte en estas ovaciones á la habilidad; pero la moral no pasa de ser otro juego para muchos, con la particularidad de que no pocos lo juegan con trampa.

Tiembla, Luisita, tiembla cuando sepas que existen mujeres que hacen de sus mas nobles sentimientos y de sus deberes mas sagrados, juegos péfidos, mortales á veces; y hombres que, á pretexto de industria ó ambicion, juéganse todos los dias el pan de su familia.

La lucha entre la razon y el azar preocupa y atormenta á las tres cuartas partes de nuestros semejantes.

Comprende, hija mia, con cuanta facilidad el juego puede degenerar en uno de los vicios mas temibles. Mas tú, Luisita, tú que no ves de él sino el lado útil, juega sin escrúpulo alguno, y en cuanto hayas aprendido tus lecciones y concluido tus tareas, vé, vé, juega, olvida durante una ó dos horas los males y los pícaros de este mundo... ¡Ea; empuña tu pala y tu volante!...

La pala viene á ser como la experiencia que lanza al deseo; el volante es tu corazon provisto de plumas. ¡Al aire va! Házle saltar, volar muy alto, tan alto como puedas, hasta el cielo...



Cuidado, sin embargo, con que no se caiga; cuidado tambien, con que no se desprendan sus plumas, porque entónces todo, hasta el corcho mismo, te parecería pesado... ¡Al aire va!... Síguele con tu mirada, con tu esperanza, con tu sonrisa...

El volante es el juego de mi predileccion, porque pone en movimiento todo nuestro físico y le obliga á una á estar de pié, correr, saltar, agitar los brazos, la cabeza, el cuerpo, todo lo que en una niña es susceptible de agitarse.

No es tan de mi agrado el juego de la cuerda, sin negar que exige cierta agilidad y que el ejercicio que con él se practica produzca excelentes resultados. Salta, hija mia, apesar de todo; pero salta para tu recreo, no para que los demás admiren tu ligereza. Describe con la cuerda la cruz de Malta y la del caballero (1); evita, sin embargo, las dobles y triples vueltas, que vienen á ser la parte supérflua, vanidosa y cansada del juego. Cuando te sientas fatigada, no ceses de una manera súbita.

Reserva para la estacion de invierno los juegos que requieren mucha paciencia, como son los de historia y viajes, y para los dias lluviosos aquellos de que forma parte la muñeca ó el ajuar de su casa.

A tu hermano le han regalado un estuche que contiene varios juegos de destreza. Ninguno de ellos me parece á propósito para tí; el de la taba es el único que pudiera acomodarte, y aun así encuentro cierta repugnancia en que tus tiernas manos se crispen para ejecutar los movimientos bruscos y sin gracia, propios de ese entretenimiento.

En esa caja de Pandora hay cubiletes é instrumentos para ejercitarse en el escamoteo... Mal hecho... ¿A qué viene que los niños se acostumbren al engaño, haciéndose diestros en la mistificacion? ¡Demasiado que nos adiestramos al escamoteo sin necesidad de practicarnos tempranamente en él!... Mejores y mas dignos juegos puede encontrar tu hermano, y nada perdería á la verdad, con que le entrara cierto gusto por los tuyos.

Cuando os miro á entrambos en el jardin, uno en frente de otro, separados por una alfombra de verde yerba, jugando, por ejemplo, á *las gracias*; haciendo de tu parte los mayores esfuerzos, hasta morderte los lábios, para dar al aro mas vigoroso impulso; y tu hermano se levanta sobre la punta de los piés, cual si quisiera conquistar en el vacío cien veces mas espacio del que resta entre su talon y el suelo; cuando os oigo reir á carcajadas á cada torpeza que cometéis; cuando contemplo vuestros cuerpecitos avanzar, retroceder, encorvarse, blandir los brazos, tambalear alguna

(1) Formas que toma la cuerda en ese juego.

vez, atrapar el aro, fallar el golpe á menudo y reiros siempre; no podeis figuraros cuán deliciosamente me tiendo en mi sillón rústico. Vuestros juegos me hacen entónces tan buen efecto como vuestros estudios y labores; paréceme que vuestra animacion aumenta la vitalidad de cuanto nos rodea; que vuestra alegría añade un rayo mas á los rayos del sol, una flor al jardín, una virtud á mi alma.

No es que entónces os quiera mas... ¡imposible me seria! pero mi cariño está ménos sujeto á inquietudes; olvido en aquel momento los peligros de la vida, prescindo de su lado feo, y no veo de ella sino el ladobello. Porque vuestros juegos son los nuestros, hijos míos; merced á ellos descansamos de un pasado que vosotros desconoceis y afrontamos con mayor confianza el porvenir que brilla en vuestra mirada.

Hé aquí, Luisita, las razones que tengo para prohibirte que hagas de caballo... ¡Medrada estarias si tu mamá te condenase á comer heno!...

### III.

#### Las lecciones á estudiar.

Abre los ojos, Luisita, abre unos ojos tan grandes como tus orejas, para bien comprender lo que voy á decirte. Las palabras de una madre se reflejan en la expresion de su semblante. Mírame bien, y me entenderás mejor.

Vamos á cuentas: lees correctamente, sin necesidad de que los caracteres del libro sean tamaños como guisantes; trazas letras un poco mas pequeñas que lentejas; y con esto te crees toda una sábia, al extremo de no querer estudiar mas en lo sucesivo.

Parece que has dicho que la gramática te fastidiaba, que la historia antigua era demasiado trasnochada para que pudiera interesarte; que como nunca tendrias necesidad de ir á la compra, era inútil que te enseñaran cuentas; que los caminos de hierro habian hecho innecesario el conocimiento de la geografía; que los libros de cuentos se ocupaban constantemente de jóvenes pretendidas de príncipes *Agraciados*, sin ocuparse poco ni mucho de la utilidad de estudiar las lecciones; y para colmo de escándalo has rellenado de tierra el tintero y has clavado tu pluma, á guisa de pica de amotinado, en medio de esa especie de barricada...

¿Es esto cierto?... No creas que voy á reñirte, hija mía; tú de-

bieras ser quien me riñese á mí, puesto que los padres son los verdaderamente responsables de la holgazaneria de sus hijos...

Nadie, con efecto, podrá comprender que una niña querida, acariciada, teniendo siempre ante sus ojos el ejemplo de su padre y de su madre que se desviven trabajando; se haya podido resignar ó empujar en permanecer ignorante, para ser mas tarde tan tonta como fastidiosa.

Quando el mundo dice:—¡La culpa la tienen los padres!—tiene el mundo muchísima razon. Tu conducta no me prueba otra cosa sino que por mi parte no he hecho lo bastante para estimular tu aplicacion. Mas, puesto que aun hay lugar para la enmienda, dime, Luisita, ¿qué delito he cometido yo para que quieras ser instrumento de mi castigo y vergüenza?

Desde que tienes uso de razon, jamás te has cansado de dirigirme preguntas, y bien sabe Dios cuantas veces he tenido que acudir á mis antiguos cuadernos de estudio para contestar á tus eternos ¿por qué? Explicame ahora como, siendo tan preguntona, no tratas de ahorrar tiempo, procurando la manera de contestarte á tí misma...

Tu erudicion, hasta el presente, se limita á los CUENTOS DE HADAS. No importa... ¿Quieres atenerte á ellos? Pues ten entendido que ni en uno sólo de esos cuentos dejas de estar condenada por tu pereza.

Vamos á ver: la *Pequeña Caperuza roja* (1) ¿qué era sino una muchacha que se pasaba el tiempo jugando; una desaplicada que de nada sabia y á la cual se zampó un lobo, porque á puro ser ignorante en historia natural, confundió á ese carnicero nada ménos que con su abuelo?

Figúrate el desconsuelo de la madre de Pequeña Caperuza roja... Calcula cuál habria de ser su remordimiento por haber confiado tan delicioso bizcocho y tan preciado tarro de manteca á una muchacha, suficientemente tonta para dar cuenta de sus encargos al primer lobo con que tropezó en el camino, y bastante ignorante para no saber que los lobos tienen unas grandes uñas y unos grandes ojos y una gran boca y unos grandes colmillos, precisamente para mejor comerse á los niños...

Tú compadececes á la *Pequeña Caperuza roja*: pues yo no; yo compadezco á su mamá, que murió de dolor probablemente, y al lobo, que sin duda falleció de indigestion, porque una muchacha tan tonta como aquella ha de ser cosa muy difícil de digerir.

(1) En la traduccion de los cuentos de hadas por don José Coll y Vehí, ese cuento se titula *Amapola*.

No me parece que el ejemplo te haya causado grande impresion. Ya se vé, como en nuestro jardín no hay lobos, te parece que no puede haberlos sino en el Jardín de Plantas (1)... Estás equivocada... El mundo está lleno de lobos, y lo estará mientras halla hombres. ¡Y qué lobos!... con unos dientes muy grandes para comerse á los ignorantes, á los zopencos, á los que nada han estudiado, á las caperuzas rojas, azules, blancas, de todos los colores y de todas las categorías.

¡Cuántos y cuántos insensatos comprometen su bizcocho y su manteca, renunciando á toda instruccion, y se meten de cabeza en la boca del lobo, haciéndole toda suerte de cumplimientos, sin tener en cuenta que los lobos pueden vestirse con trajes muy respetables y esconder al diablo detrás de la cruz...

Compara la torpeza de la *Pequeña Caperuza* con la viveza del *Pulgarcito* (2). Tenia éste una aficion decidida para el estudio, y como sus padrés eran harto pobres para costearle maestros, se lo aprendió todo por sí mismo y muy pronto, viniendo un dia en que sus conocimientos le aprovecharon no sólo á él, sino á toda su familia.

Despreciábanle porque era de muy pequeña estatura... Ya comprenderás que esto no pasa de ser una grande injusticia... El mérito de una persona nunca debe medirse por su talla... Admitiendo la teoría de que todos los hombres grandes fueran grandes hombres, los tambores mayores deberian ser verdaderos héroes.

Y no sucede siempre así, ántes por el contrario, se han visto muchos hombres no mas altos que las botas de un ogro, llevar á cabo verdaderos prodigios.

*El Pulgarcito* no tenia ciertamente el aspecto de un salvador, y sin embargo, salvó á todos los suyos.

¿De qué medio se valió para reconocer el camino que habia andado? Sembrándolo de guijarros, un dibujo de su invencion, una especie de geografía en relieve. Cuando la noche le sorprendió en el bosque ¿se limitó, por ventura, á echar á llorar como un bellaco? No por cierto: lo que hizo fué encaramarse á un árbol, buscar donde se divisaba una luz, dar con ella, é ir en su busca.

Quando el ogro corria tras de él ¿cómo se salió del paso el Pulgarcito? Calzándose las botas de siete leguas, lo cual quiere decir que no se hubiera perturbado para tomar el camino de hierro, si se hubiese conocido en aquellos tiempos, y dato bastante para comprender que el niño en cuestion se hallaba muy al corriente

(1) Paseo público de París, abundante en ejemplares de fieras.

(2) El *caga-chitas*, según la indicada traduccion de Coll y Vehí.

de los progresos realizados en el arte del calzado por los zapateros de aquel entónces.

Sepamos ¿qué sería de tí, Luisita, si te perdieras por esos mundos de Dios? Llorarias mucho, me llamarías á gritos; pero ni siquiera sabrias hácia que lado habias de dirigir la voz.

Invocarías á Dios en tu auxilio... Así lo creo y harías muy, bien, ciertamente. Pero hazte cargo, hija mia, de que si bien Nuestro Señor ordena que tengamos confianza en Él, no quiere que le tomemos por un comodín que nos saque de los atolladeros en que nos metemos voluntariamente. Es necesario que cada cual ponga algo de su parte: Dios ayuda á los que trabajan, pero nunca ha dicho que tomaría á su cargo la faena de los holgazanes. Si ha creado diferentes regiones ha sido con la intencion de que las conozcamos; si ha consentido que construyésemos caminos y sendas, es para que nos sirviéramos de ellos. Por esto te negaría su auxilio caso de que te perdieras, para castigarte de no haber querido aplicarte á su tiempo, elevando la inteligencia á la debida altura, á fin de vislumbrar, en las tinieblas de la ignorancia, aquella lucecita que brilla siempre en el horizonte.

Aprende geografía, Luisita: esta ciencia suple las botas de siete leguas de nuestros sueños... No te dejes seducir por los que dicen que la geografía únicamente interesa á los viajeros... Además ¿quién te asegura que no hayas de viajar alguna vez? Hay tantos y tantos motivos que pueden obligarnos á abandonar nuestro país... ¡Cuántas veces se encuentra el hombre desterrado de su patria, sin que la causa sea ni su recreo ni sus negocios! No pretendo ser profeta de malas nuevas; pero ten entendido que no hay ciencia alguna que deba ser exclusivamente conocida por los hombres, puesto que no existe rigor, desdicha, prueba, que no pueda ser compartida con las mujeres.

¿Quieres que, entre cuento y cuento de la *tia Oca* (1), te refiera una historia cierta?

Érase que se era un pueblo galante, delicioso, antiguo, y sin embargo siempre jóven, cual si le hubiese rejuvenecido la varita de una hada; rico mas que Barba Azul y bien cuidado y festejado como el marqués de Carabás (2). Sin su asistencia no se concebía fiesta en lugar alguno del mundo; no se sabia de empresa benéfica á la cual no estuviera asociado. Desgraciadamente oscurecía tan bellas cualidades el mas excesivo amor propio: creía ser sabio en todo, simplemente porque todo lo achacaba á risa.

(1) Anciana que se supone relatar los cuentos á los niños.

(2) Personajes popularizados por la leyenda, especialmente en Francia.

Como la *Pequeña Caperuza roja* del cuento, tenía su hermoso bizcocho y su tarro de manteca con que remediar la necesidad de los pobres viejos, á cuyo encuentro salía bailando, cantando, y cogiendo avellanas por el camino. Quiso un día su mala suerte que cometiera la imprudencia de salir del bosque que siempre frecuentaba, con la idea de coger fruta del vecino.

Hasta entónces no echó de ver ese mal aconsejado pueblo, que miéntras las sendas del vecino eran desconocidas para él, ninguna de las suyas era del vecino desconocida. A pesar de todo, partió, partió sin hacer caso de las enseñanzas de la historia, de la moraleja de los cuentos. Partió... ¡ay! pero no para ir muy léjos: los guías de que echó mano, se encontraban tan poco enterados como él mismo.

Entónces, Luisita, ocurrió una cosa terrible!

No sólo resultó que los lobos estaban escondidos detrás de los avellaneros del vecino, sino que luego invadieron el territorio ajeno y se comieron las avellanas de aquel pueblo imprudente. Luego se vino en conocimiento de que los tales lobos, al par que afilaban sus dientes, habían estudiado geografía. Las más extrañadas sendas de su enemigo les eran conocidas: por este medio aparecían de improviso en frente de las ciudades, de las llanuras, delante de las puertas mejor ocultas.

¡Aquello fué un desastre espantoso!

Los lobos lo devoraron todo, hombres, mujeres, animales, hasta los muebles, y á tal extremo llegó su voracidad, que se tragaron hasta los relojes, calculando prudentemente que un pueblo que tan mal aprovechaba el tiempo, no tenía necesidad de contar las horas (1).

Desde entónces, Luisita mia, hasta las mujeres de aquel país devastado por los lobos, juraron aprender geografía é historia, para enseñanza de sus hijos y consuelo de sus esposos.

¡Este país, Luisita, es la Francia!... No puedo creer que quieras ser una mala francesa; es imposible que no tiembles ante la idea de que puede venir un día en que los lobos que acecharon tu cuna, acechen la cuna de tus hijos! Apresúrate, por lo mismo, á estudiar geografía, para dar gusto á tu hermano, y ser digna, á su tiempo, del estudiantillo de hoy que haya de ser tu marido mañana.

Volvamos, ahora, á nuestros cuentos.

· Tienes cariño á tu gatito ¿es cierto?... Pues bien, ¿no te acuerdas, cuando le acaricias, de aquel admirable gato que, en cierta

(1) No hay para qué decir que en este pasaje se alude á la guerra franco-prusiana.

ocasion, no solo salvó á su dueño, sino que, con su inteligencia, le proporcionó una gran fortuna?... Precisamente la moraleja del *gato embotado* es de aquellas que dejan poco que desear. A menudo hacia presentes á su dueño con los objetos que llegaban á su alcance. Por fortuna los *gatos embotados* no se reproducen; porque si los animales, mas industriosos que nosotros, participaran de nuestras condiciones morales, nos aventajarian sin duda alguna y no nos quedaria mas recurso que trabajar para hacernos animales.

No temas perjudicarte, Luisita, por exceso de saber: si es verdad que existe una curiosidad frívola, que puso á la señora de *Barba azul* en un tris de perderse, ten en cuenta que á esa señora todo se le iba revolviéndo armarios y examinando sus trajes y aderezos. Existe, pues, otra curiosidad formal de excelente calidad, gracias á la cual buscamos con preferencia las ventajas del corazon y del talento, siquiera se oculten bajo una capa fea y deforme.

Acuérdate de aquella princesa tan hermosa como tonta, que fué un prodigio de talento casándose con Rignet, el del Penacho, tan sábio como feo; el cual fué luego muy agraciado, gracias á su enlace con la reina de la hermosura, en la cual habia infiltrado su talento. Aquí tienes una prueba de que el talento y la instruccion son superiores á la belleza, puesto que la aumentan y hasta la fuerzan á la obediencia.

Con que, es cosa resuelta: desde hoy estudiarás historia, por cuyo medio comprenderás la moraleja de los cuentos; estudiarás geografía de suerte que puedas encontrar tu camino cuando te haga falta; astronomía para orientarte con el auxilio de los astros; aritmética para introducir órden y economía en tus gastos, proporcionándote la dicha de ejercer la caridad sin temor de arruinarte por ello.

Aprenderás, en una palabra, cuantas cosas puedas, para aumentar de esta suerte tus hechizos. Interin los hombres no lo sepan todo, las mujeres nunca sabrán bastante.

Quiero que si, por fortuna ó por desgracia, te encuentras dentro de una *piel de asno* (1), haya dentro de ese traje una mujercita capaz de comprenderlo todo y de arrojar, como la del cuento, un diamante en la obra de su pasteleria doméstica.

¡Doméstica! es decir, ¡del hogar!... Ya hemos llegado á lo mas importante: el hogar es el grande objetivo de la vida, el gran temor de los hombres superficiales é ignorantes; la gran ciencia, puesto que todas las demás ciencias se han hecho para

(1) Alude al cuento de este título.

secundar á aquella. Historia natural, historia, aritmética, química, botánica, buen trato recíproco, todo contribuye á la felicidad íntima, al órden, á la economía, á la buena salud física y moral del marido y de los hijos.

En el interior del hogar doméstico nos aguardan toda suerte de alegrías y las mas preciadas recompensas: así nos lo enseña el cuento de la *Cenicienta*, haciéndonos, sin embargo, presente la necesidad de no acostarse demasiado tarde y la de no dejarse fascinar de los placeres, hasta el punto de hacernos prescindir de nuestro deber.

Tengo, igualmente, la intencion de hacerte aprender un oficio ó carrera. Hijas de comerciantes hánse visto, mas ricas que tres princesas juntas, graduarse de institutrices y maestras de escuela; prevision muy laudable, porque un oficio ó carrera de nada priva al que la posee y en un momento dado puede sacarnos de muchos apuros.

Recuerda, sinó, las aventuras de la desdichada *Princesa del Bosque dormido*. Parece que por aquel entónces se educaba ya bastante mal á los príncipes y á las princesas: para llegar á ser reyes ó reinas no se las sujetaba á exámenes algunos, ni ménos á que obtuviesen nota de sobresalientes, á pesar de que pretendían saber mas que los examinadores.

Si la princesa en cuestion hubiera sabido hilar en una rueca, si la hubiesen enseñado siquiera ese oficio tan primitivo como esencial, de fijo no se habria herido por torpeza y no hubiera tenido que pasar cien años dormida.

¡Cien años! ¡Nada ménos que cien años!... No es mucho para sueño de príncipe: estos señores, en cogiendo el sueño, duermen mas que todo esto; pero, vamos, no deja de ser un sueño regular. Como la costumbre de adular á los príncipes y á las princesas y de excusar sus faltas, es tan antiguo como el origen de los principados, no es extraño diga el cuento que la princesa estaba condenada por una hada á inferirse la susodicha herida, atribuyendo al destino aquella desgracia. Verdaderamente hubo algo de predestinacion en todo esto; conozco perfectamente al hada... ¿Quieres saber como se llama? Pues se llama Perea: es el hada que fija el destino de los niños ignorantes.

Ayer mañana te estaba contemplando desde el balcon, á tiempo que plantabas en una maceta una margarita que habias cogido en el jardín. Tentada estuve de hacerte presente cuán inútil era el trabajo que te tomabas, puesto que una flor, falta de raíces, malamente puede ser viable. Pero trabajabas con tanto afán, estabas tan segura de tu obra, que no quise desvanecerte



una ilusion tan apropiado para ejercitar los diez dedos de tus manecitas.

¡Pobre flor! Allí la metiste en la tierra, ni mas ni ménos que metes la pluma en el tintero. Ni siquiera tuviste el impulso de regarla un poco á fin de prolongar algo la agonía de su frescura... Luego colocaste la maceta donde la diera de lleno el sol, para que nada faltase al suplicio de la bella margarita...

¿La has visto esta mañana?... Estaba descolorida, seca, inclinada sobre las orillas de la maceta: todos los riegos del cielo y de la tierra no habrian sido bastantes para reanimarla. Vé á verla ahora... Es fea que causa horror: no queda mas que arrancarla y arrojarla al estercolero.

No permita Dios, Luisita, que llegues á parecerte nunca á esa flor de un dia, tan mal plantada, tan mal atendida. Por esto cuido de tus raíces; figúrate que ellas son la ciencia, que enhorabuena puede y debe esconder toda niña modesta; pero que absorviendo la sustancia de los libros, produce la sávia y mas tarde producirá las flores.

Ignoro en qué maceta desarrollarás un dia tus hojas; pero sea de barro, de loza ó de porcelana, con tal de que no esté quebrada, yo te plantaré en ella con toda confianza. Quiero que en ella florezcas con toda seguridad y que embalsames el aire que junto á tí se respire. Mas para llegar á este resultado, es indispensable que tú, querido boton desprendido de mis entrañas, me prometas que has de prestarte á ser abonada, regada, podada, cuidada como un retoño sumiso.

¿Me lo prometes?... Enhorabuena. Si así lo haces, cuando me veas llorar, piensa que lloro de alegría y de orgullo, y que mis lágrimas, al descender hasta tí, han de convertirse en rocío de tu aurora...

#### IV.

### El jardin

¡Magnífico, Luisita!... No te suponía yo tan al corriente de la Historia romana...

Sin titubear en lo mas mínimo, has enterado á tu hermano de quien era *Tarquino el Soberbio* (1). Segura estoy de que, no

(1) El último de los siete reyes de Roma, se hizo odioso por sus desórdenes.

sin malicia, le has dicho, por cierto echándole una terrible mirada:— Era un solemne tirano!...— Tu hermano, á pesar de todo, no ha comprendido el epígrama. ¿Cómo ha de ser, hija mia? A la mas legitima oposicion le salen mal las cuentas: los tiranos no se resignan fácilmente á reconocer sus defectos.

Por lo demas, haces muy bien en odiar la tiranía: es la manera de que no transijas con tus malas cualidades. Con ese motivo has explicado correctamente que ese Tarquino no hacia mas caso de la cabeza de un enemigo que de la de una adormidera, y que la vista de su jardin, en lugar de infundirle buenas y pacíficas ideas, le inspiraba muertes y venganzas.

Esto me prueba, Luisita, que no solo estudias detenidamente tus lecciones, sino que presientes la influencia de la naturaleza y de las flores en el combate de las pasiones humanas.

Vaya, mereces un jardin, un jardin para tí sola, que sea tu propiedad, tu cosa, el terreno que hayas de cavar, sembrar, plantar y embellecer.

Está tranquila: tendrás ese jardin; yo te lo doy, y ahora mismo el jardinero irá á deslindártelo.

Nadie sino tú cuidará del él: á medida que las vayas pidiendo, se te facilitarán semillas y lecciones de floricultura; de manera que si te place dejarle sin cultivo, culpa exclusivamente tuya será su esterilidad. Si, por el contrario, produce hermosas flores tuya será la gloria por completo. Igual sistema que he seguido en la provision de tu muñeca, de tus juguetes, de tus libros: el jardin ha de ser un nuevo horizonte abierto á tu inteligencia, un ejercicio gimnástico mas para tu cuerpo.

Has de tomar tus precauciones contra el calor de ciertos dias, el frio de ciertas noches, la lluvia, el viento, el granizo, las orugas, y los gusanos.

Tendrás tu pequeño invernáculo dentro del grande; un estante para depositar tus semillas y cabezas, y un lugar donde tener guardados tus útiles de jardinería.

Yo te los compraré proporcionados á tus fuerzas; regaderas que, sin ayuda ajena, podrás llenar, trasladar de una parte á otra y vaciar; azadones y palas; un carretoncito, cestos, tijeras para cortar las ramas perjudiciales, campanas de vidrio, cajones y macetas, cordeles y alambres para alinear las plantaciones, tarjetas para conocer las plantas, un plantador, un rastrillo de madera para recojer las hojas muertas, otro de hierro para rastrillar las sendas, un secador, una podadera, un tamiz... cuanto tú quieras, escepto esos abominables dijés que los mentidos aficionados co-

locan en los jardines á pretexto de adornarlos... Me refiero á esos globos de cristal azogado, especie de bolas espejos; esos *aquariums* de zinc, esas desdichadas figuras de barro y esos juegos de agua, que sube ó baja como la luz de las lámparas de petróleo.

No, Luisita; tu jardín ha de contener exclusivamente los productos de tu cultivo y el resultado de tus combinaciones. Al igual que te entrego páginas en blanco para que escribas en ellas tus composiciones, voy á entregarte una gran página de color oscuro, para que en ella hagas germinar toda suerte de ideas por medio de toda clase de flores.

¿Tendrá esto cierto carácter de aprendizaje de un oficio? Lo ignoro; pero no veo que el conocer de niña la jardinería sea un motivo para que debas ser jardinera mas adelante; como sin duda no quiere decir que hayas de parar en modista por el mero hecho de haber cortado y cosido los trajes de tus muñecas; ni que se guarde para institutriz á la que esté al corriente de la Historia ó en edad temprana sepa que ha existido un rey que se llamó *Tarquino el Soberbio*.

Mi principal intento es que conozcas el amor de la armonía visible, como conoces la música, y que vayas imponiéndote en el arte de los colores. Ese jardín que te destino es un cañamazo que bordarás como quieras, escogiendo los tonos á medida de tu gusto: las flores serán madejas, la tierra cercada vendrá á ser la tapicería.

No recuerdo bien en que cuento, paréceme que es en el *Pulgarcito*, se habla de sentir crecer la yerba.

Es una locucion como cualquiera otra. Lo cierto es que cuando riegues tus cercados, al ver como despunta, crece, se desarrolla y florece la planta que habrás sembrado; sentirás despuntar y agitarse en tu interior toda suerte de sanos consejos y excelentes lecciones. Al cabo de algun tiempo, has de sorprenderte tú misma apercibiéndote de que vives la vida de tu jardín; de que, al igual que éste, te hallas siempre dispuesta á aprovecharte de un rayo de sol, á arrostrar las consecuencias de una borrasca, á trabajar para desarrollarte y florécer: prenderás en tu corazon un ramillete de todas tus flores; y al recorrer las sendas de tu vergel, te se figurará que respiras la buena aroma de todas las virtudes.

Trabajar... Hé aquí la primera leccion que recibimos de la planta.

Humilde, imperceptible, asfixiada por la tierra, empieza ya sus luchas: lo primero que hace es separar con toda suavidad

los obstáculos que se oponen á su paso, levantando la piedrecita que, como un pequeño tirano, impide su aparicion. En cuanto se dá á luz, comprende que es ya observada; y entónces, estimulado su amor propio, crece recta, fiera; y á medida que se aleja de su regazo materno y despliega sus formas, vá sucesivamente embelleciéndose y perfumándose.

Pronto te harás cargo de que la tierra obrera, la hija de Dios, que trabaja en provecho ajeno, jamás se niega á cumplir sus deberes. Imposible es hacerla cambiar de vocacion, de naturaleza, de carácter; mas inútil querer que se incline á la derecha cuando está destinada á inclinarse á la izquierda. En su firmeza se estrella la paciencia del hombre, este *Tarquino soberbio*, que se entromete en las obras de la naturaleza, para ajarlas y destruirlas, sin haber sido capaz de aumentar el catálogo de aquellas en una sola línea.

La regularidad es la primera manifestacion del trabajo y la belleza; es su desarrollo.

La belleza mas fácil de comprender, la que nos afecta mas prontamente, la que mejor nos ayuda á presentir otras bellezas, la que nos proporciona infinitos puntos de comparacion, es la belleza múltiple que se manifiesta en el dibujo, la forma, la gracia y los colores de una flor.

Modelos de trabajo, ejemplos de metódica irregularidad, nociones de lo bello; tales serán, Luisita, los primeros frutos de tu jardin.

La belleza es la coquetería de la bondad. ¿No es verdad, pequeñina mia, que es necesario ser un tirano muy desalmado para sentirse inspirado de matanza y crímenes, entre los encantos de un jardin?

El hombre que no gusta de las flores no ama á la humanidad, y la mujer que no comprende su lenguaje es un mónstruo de la naturaleza.

¿Quién duda de que las flores nos hablan en su particular idioma? Su perfume es la cancion que, en su mutismo, dirigen á los transeuntes para ser amadas de ellos: cada flor utiliza sus notas especiales, y el silencioso coro que el aura recoge en sus pliegues, sube al cielo como una oracion, obligando á las almas, á su vez, á abrirse, exhalar su aroma y elevar su plegaria.

¿Hay quien sepa de dónde procede el aroma de una flor? Nadie: es su secreto. Ni la rosa se lo ha revelado á persona alguna, ni el clavel ha temido nunca que se lo sorprendieran.

Bástale á la planta cumplir su deber, haga lluvia, rocío ó sol, para adquirir sus facultades aromáticas.

Cuando seas una hábil jardinera, cuando *sientas crecer* las flores, comprenderás, Luisita, que las plantas viven y se agitan. Esto no quiere decir que estén dotadas de un alma como la tuya; pero algo tienen, algo no definido aun, que viene á ser como el alma de las flores. Levántanse con la aurora, bostezan durante el dia, duérmense á la caída de la tarde; algunas veces deben oír las simplezas que decimos junto á ellas, y por esto será que en ciertas ocasiones se nos figura como que se estremecen.

Un naturalista eminente, cuyo genio honrarás un dia, el célebre Linneo, ha descubierto que la flor del loto se hace un vestido y un peinado de hojas para descansar mas cómodamente, ni mas ni ménos que tú te endosas el gorro de dormir, pero con mucha mas correccion que tú lo haces.

Cierta dama ha traído de Bengala una especie de pipirigallo que parece el movimiento continuo; adora al sol y á su proximidad bate las hojas, como los polluelos baten sus alas al aproximarse su madre.

¿Tienes noticia de la sensitiva? Pues ya has visto como se conmueve, tiembla y se repliega en sí misma al menor contacto. ¡Ay, hijita mia!... ¡Cuánto daríamos nosotras para apercibirnos otro tanto de la presencia de los pícaros, los infames, y los hipócritas!

Hazte cargo, por lo dicho, de la inmensa dosis de moralejas que podemos encontrar en un jardin cualquiera. Y no es poco lo que me callo, para no privarte del placer de descubrirlo; como, por ejemplo, que las plantas que recibimos de lejanos confines, llevan siempre en sus hojas un poco de la historia y de la geografía de su país.

Observo que te vas poniendo muy seria, Luisita... ¿Temes, quizás, que la jardinería me sirva de pretexto para una serie de lecciones muy graves y aun mas pesadas? Desecha ese temor: cuanto yo te digo en este momento puedes olvidarlo sin recelo mañana; pero de fijo ha de venir el dia en que lo recuerdes.

Haz de tu jardin un objeto de diversion: la semilla que hoy te arrojé no está destinada á germinar inmediatamente.

Hay una ciencia que enseña á conocer las plantas: se llama botánica. Ya la estudiarás cuando tengas mas años; tú misma habrás de solicitarlo tan pronto como conozcas su utilidad. En habiendo llenado el herbario, espontáneamente acudirás á los libros.

No te preocupe la idea de que las plantas que tú cultives sean conocidas con nombres griegos, latinos, sabios, pedantescos.

Desígnalas por sus nombres vulgares; invéntalos si no lo tienen. Trata las flores como á tu muñeca tratas; á tu gusto, segun sea tu humor, las emociones que te hagan experimentar y el cariño que las profeses. Lo primero es quererlas: el estudiarlas vendrá luego.

La naturaleza, Luisita, es como si dijéramos una abuela, á quien queremos por su bondad, veneramos por sus años, admiramos por su experiencia y mimamos por los regalos que nos hace, ántes de conocer la historia de su amor y sacrificios. Eres aun muy niña para besarla en la frente y las mejillas; pues bien, besa sus manos llenas de rosas y de frutos; contéplala sin temor, pero con respeto. Considera cuán buena es, á pesar de lo mucho que sufre; cuán bondadosamente nos corresponde á pesar de nuestra ingratitud; cuán lozana se nos ostenta, á pesar de su ancianidad! Interrógala, y te dirá como repara las fuerzas de aquellos que se arrojan en sus brazos, como estimula las virtudes de los que nunca reniegan de ella...

Es posible, Luisita, que mis reflexiones sean demasiado graves para una niña como tú. Es que me preocupa la idea de tu jardín; es que me embriaga pensar en tus flores; y no reparo que en voz alta doy cuenta de mis pensamientos, simplemente por el deseo que tengo de que, en su día, pienses como yo pienso.

Figúrate que ejecuto en el piano una composición que no te hallas en estado de descifrar todavía. Sin embargo, no dejas de comprender que la música es buena, que con el tiempo y el estudio la comprenderás perfectamente... Por de pronto, y si quiera de una manera vaga, algo se te alcanza de su armonía. Enhorabuena, con esto me basta.

Como la Sagrada Escritura nos define el Paraíso terrestre diciendo que era un gran jardín, indudablemente ha querido dar una lección á la humanidad, exhortándola á practicarse en la jardinería, como parte de los trabajos á emprender para la conquista del Paraíso perdido.

¿Cómo comprenderás, hija mia, que la humanidad ha prescindido, durante mucho tiempo, de amar á la naturaleza? Pues nada mas cierto: apenas es de ayer, cien años próximamente, que algunos filósofos, soñadores como se les llama, se permitieron decir que tal vez fuese oportuno buscar en las plantas, en las flores y en los bosques, los consuelos que no se encuentran en las grandes poblaciones y que no siempre proporcionan nuestros semejantes.

La mas execrable tiranía pesaba sobre la naturaleza, á la cual se vestía de uniforme, como se pone la librea á un criado. Los

jardines eran disfrazados, peinados, empolvados.... convertidos en una verdadera desdicha.

De pronto se cayó en la cuenta de que los jardines de esa clase debían parecerse á los de *Tarquino el soberbio*, en los cuales únicamente crecían las adormideras, por cuyas sendas solamente los diplomáticos paseaban.... Desde este punto se hizo una verdadera revolucion para volver al jardín sencillo, á la naturaleza natural.

Ahora todo el mundo quiere ser jardinero, todo el mundo aspira á tener una casita de campo. En la imposibilidad de dar entrada en el Paraíso á cuantos por él suspiran, se han construido en las grandes poblaciones jardines y parques, donde los pobres recorren unas avenidas mas bellas, mejor entendidas que las de los tiempos de Luis XIV. Constrúyense jardines ex-profeso para los niños, hasta para las criaturas de pecho: ir á la escuela ó á las salas de asilo, no supone encerrarse entre cuatro paredes, negras como las de una cárcel: ir á la escuela y á las salas de asilo, equivale, hoy por hoy, á ir al jardín (1).

Los mas hermosos libros de nuestros dias, aquellos que vamos á leer juntitas, incluso *Pablo y Virginia*; son todos libros en los cuales el cielo, los árboles y las plantas desempeñan un gran papel. Es imposible escribir una obra maestra sin que esté perfumada por el aroma de la naturaleza, siendo no pocas las ocasiones en que ese perfume basta para construir la obra maestra.

Un hombre escelente, un escritor á quien hasta entónces solo se habia concedido cierto talento, apareció á lo mejor con todos los síntomas de ser un genio; y todo contando la historia de una oscura y pequeña planta, nacida entre las baldosas del patio de una cárcel.

Esa planta, la *Picciola*, como la llamaban, obró un verdadero milagro. Ella engendró en un prisionero los sentimientos de la paciencia, la resignacion, el afecto, el aprecio de sí mismo y de sus semejantes, la confianza en la humanidad, la esperanza en Dios; y todo sin tomarse mas trabajo que florecer y embalsamar con su aroma las cuatro extremidades del patio.

Si un sencillo alelí, (porque parece que se trataba de un alelí), produjo tanto bien, figúrate, Luisita, cuanto puedes prometerte de tu jardín... Lo que ménos salvar de la desgracia á toda una familia.

Vamos, vamos corriendò á trazar ese paraíso...

(1) ¡Dichoso país donde es verdad tanta belleza!... En nuestra querida España distamos aun mucho de semejante perfeccion.

V.

**Los animales.**

¡Lloras, Luisita, porque tu hermano te ha llamado *animal!*...

La palabra *animal* te ha parecido injuriosa...Verdaderamente puede serlo considerada bajo el punto de vista de la intencion; pero textualmente apreciada, no lo es en modo alguno.

¡Ah! si los verdaderos animales hablasen ¡cuántas veces unos á otros se tacharian de *hombres* y de *mujeres*, siempre que quisieran echarse en cara su petulancia, su vanidad y sus inútiles crueldades!

Algunos sabios que exageran el concepto que deben merecer los animales, tanto como el desprecio en que se tienen á sí mismos; pretenden que descendemos del mono...Lo que yo me temo es que vamos trabajando para remontarnos hasta él...De todos modos, es indudable que los animales nos han precedido sobre la tierra; de suerte que, hablando con propiedad, no son ellos los que vinieron á nuestra casa, sino que somos nosotros los que fuímos á la casa de ellos. Los animales lo pasaban perfectamente, y lo pasarían aun, sin nosotros. Los hombres no podrian decir otro tanto tratándose de los animales.

¿Cómo sería dable concebir un mundo, en el cual no se oyera ni el canto de los pájaros, ni el rumor de un insecto, ni el gemido de los bosques, ni el mugido de las llanuras; un mundo en el cual árboles y yerbas; rios y mares, careciesen de pobladores? Confesemos que el tal mundo sería bien poco agradable y que el hombre se encontraría en él muy incómodamente. No hay duda que podría vestirse, mascar heno, legumbres y frutos; pero carecería de compañeros y hasta de enemigos, de puntos de comparacion y de ejemplos para su estímulo.

Hay que respetar, por lo tanto, á los animales, porque son mas antiguos que nosotros en el mundo, y amarles como á unos amigos obligados. Además, ¿cómo desconocer que á ellos debemos nuestra civilizacion? Los hombres, sin ellos, serian los animales feroces de la tierra; gracias á ellos podemos haber comprendido el trabajo y la lucha, la paciencia y la sumision. Ellos, por otra parte, han venido á ser nuestros mejores servidores, despues que fueron nuestros primeros maestros.

Cada una de las artes de que la humanidad cree hallarse en posesion, se encuentra especialmente representada por un ani-



mal; y todas, á una voz, nos enseñan el arte universal de amar á sus pequeñuelos y proteger á su familia.

Si en lo sucesivo se le ocurriese á tu hermano motejarte de animal, contéstale:

—Si, con efecto, soy un animal, por mi cándida ternura, por mis acendrados afectos, y animal deseo ser, en este sentido, hasta el último instante de mi vida. Quiero ser el perro leal que guarda el hogar, el pájaro que canta para disipar su fastidio, el carnero que proporciona la lana con que los niños cubren su desnudez, el insecto que cumple su misión silenciosamente y envuelto en la oscuridad, la abeja que produce la miel, la hormiga que nos dá lecciones de economía. Bajo este aspecto, no sólo paso por ser animal, sino que lo deseo de todo corazón. ¡Tanto peor para tí, si crees que con llamarme animal, me injerías una injuria!

Y esta respuesta á las impertinencias de tu hermano, á quien, al fin y al cabo, queremos como dos animales de madre y hermana que somos, estaria en lo justo.

Apela, sino, á tu corazón. ¿No te dice que *Fido*, tu perro, es un modelo de fidelidad en el cumplimiento de sus deberes, de actividad en su trabajo, de interés en su vigilancia?

Allá, en las horas de la noche, cuando te hallas ya recogida, y á través de puertas y ventanas oyes gemir el viento, semejando una amenaza, ¿no es verdad que te tranquiliza la ronca voz de tu perro, mas ronca que de costumbre, cual si quisiera aumentar el pavor de los enemigos que pudieran transitar á la sazón por la calle?

¿No estás, por ventura, agradecida á ese amigo que vela por tí, quién, llegada la mañana, cuando le correspondes con una caricia, se te arrima y frota tu vestidura, remueve para tí la cola, sin atreverse á largarte su pata, y te dice en su lenguaje perruno:

—Esté usted, ó mejor, está tranquila, Luisita; porque yo creo que los perros se permiten tutearnos: miéntas yo aliente, cuenta con mi protección y con que ninguno ha de faltárte al respeto en lo mas mínimo.

Pues nada digo cuando sale de caza con tu padre... ¡Qué sagacidad y que lección! Vé, vé como contempla al cazador y, al parecer, le dice:—Yo soy tu nariz, que anda...—Es tan extremadamente modesto, que ni se atreve á decirle:—Yo constituyo toda la parte científica de tu ejercicio...

¿Dudas de ello?... ¿No estás conforme con eso de la molestia de los perros?... Bien se comprende, Luisita, que no has tenido ocasión todavía para conocer algunos perros sabios... Pues sabe

que estos son los encargados de humillar la vanidad de algunos hombres, y que, con ser mas estendidos que sus demás compañeros, no se creen autorizados para estar mas orgullosos que el último perro del corral...

Renuncio voluntariamente á extenderme respecto de aquellos caritativos perros que salvan á los viajeros y guian á los ciegos, sin que se tenga noticia de que á ninguno de ellos se le haya colgado del collar la menor condecoracion; perros que desempeñan su tarea sin otra esperanza que morir un dia entre masas de nieve, entre olas de agua, ó en la esquina de una calle, donde se les ha visto temblar de frio durante mucho tiempo, implorando una limosna en provecho ajeno!

Esto por lo que al perro se refiere.

Tocante al gato, tiene todavía mejores condiciones, aunque tal vez sean ménos sus virtudes. Es un mándria, pero es un mándria que araña; es juqueton como él solo, pero mas amigo aun de su comodidad. Siempre que el hombre ha buscado un emblema para representar la fidelidad, el piadoso recuerdo, el cariñoso afecto, se ha valido de la imágen del perro. La significacion de los demás animales ha sido constantemente preterida.

Por el contrario, cuantas veces ha querido simbolizar la hipocresía, la astucia, el robo encubierto, ha echado mano del gato; cuantas veces ha tenido que lamentarse de una criatura afeminada; indolente, perezosa, golosa, abusando de su gracia para hacerse mimar, dormilona, soñadora, sustituyendo al ingenio de la conversacion cierto *run run* interminable; ha recurrido á la gata.

Acaricia á *Mineta*, hija mia; pero abraza á *Fido*, y aspira á las virtudes varoniles del perro. Á todo evento, ni han de faltarte uñas en las extremidades de los dedos, ni tu semblante ha de ser tan desgraciado, que no puedas enseñar y llamar la atencion de alguno, cuando otra cosa mejor no te preocupe.

Inútil es cuanto te diga respecto del caballo, á cuyo animal tienes por costumbre contemplar desde léjos. Pues mira, procura estarle siempre á la misma distancia. El caballo es el gran tentador, es el dije mas peligroso de la humanidad.

Ayer te hice leer un párrafo de Buffon, en que se dice que el caballo es la mas noble conquista del hombre. ¡Ay, Luisa mia! Las cosas han cambiado mucho y mucho desde los tiempos de Buffon, y el caballo ha tomado su revancha, hasta el punto de que él sea el conquistador del hombre. Cuando tengas algunos años mas, he de mostrarte, en corroboracion á lo que vengo diciéndote, algunos mocitos metamorfoseados por los caballos, á

quienes estos cuadrúpedos hacen ahora trotar. Esos antiguos hijos de los hombres están desesperados por no poder andar á cuatro patas; pero estiran tan bien los brazos, doblan con tanta gracia el espinazo, que dentro de una ó dos generaciones, á lo sumo, el fenómeno se realizará por completo. Mientras tiene lugar esta modificacion, ya no andan sino que piafan; no hablan si no que relinchan; y si bien todavía no comen heno, han empezado á perfumarse con su esencia.

Ya usan herraduras en la corbata, en la cadena del reloj, en el baston; en el dedo... Es posible que las usen tambien en los piés. Su único pensamiento son los caballos, sus conversaciones versan exclusivamente sobre caballos; para ellos se ha creado cierta literatura caballar, cierta música caballar asimismo; y, finalmente, existen, para sus placeres, damas caballísticas.

¡Cuidado, empero, hija mia! No vayas hasta odiar al caballo, porque el pobre ténga la desgracia de parecerse tanto al hombre... Al fin y al cabo no deja de ser un arrogante animal, bueno en ciertas ocasiones, un poco vanidoso, otro poco tonto, como toda criatura ganosa de caracolear y que tiene un lugar señalado en las apoteósis guerreras; un cuadrúpedo valiente; en una palabra, un soldado hecho para soportar á otros soldados.

El asno, por estar rodeado de mucho ménos prestigio, se halla adornado, sin duda, de mayores virtudes. Sóbrio, sufrido, un poco testarudo como todos los tontos, vive entre los pobres y para los pobres. Es el blanco del enojo de todos los ingratos. ¡Por Dios, Luisita, que nunca se te ocurra hacer sufrir á tan excelente bestia! Además, para algo le ha dotado la Providencia de aquel magnífico par de orejas... Á mi se me figuran dos grandes cuernos, en los cuales ensarta todas las palabras inútiles que proferimos y todas las necesidades que cometemos... De cuando en cuando sacude dichas orejas, como si quisiera desprenderse de una parte de su carga; pero algo se le pega de ella, algo se le mete en la cabeza, y á causa de este algo, es que le llamamos asno.

Quiere, tambien, hija mia, á los pájaros; pero quiérelos poblando los árboles, el espacio, las flores de tu jardin. Las jaulas, siquiera acaben por habituarse á ellas, son una verdadera ofensa para la clase pajaril.

El pájaro es el alma de la libertad que vuela, el emblema de cuanto sube al cielo, la risa, el canto, la mirada, la oracion.

Los animales que caminan ó se arrastran, nos enseñan á cumplir los deberes de este mundo; los pájaros, obligándo-

nos á levantar la cabeza, nos hacen pensar en el otro. Los mas pequeños son los mas apropósito para hacernos desprender de la tierra, para arrastrarnos en pos de su vuelo y para que váyamos poblando con nuestros sueños el espacio infinito en que aquellos cruzan.

Toda ala que funciona es un reto á la pasada materia; el hombre no puede figurarse á los ángeles, sino dotándoles de alas.

Bien haces en querer á los pájaros, pues aun cuando en sí no posean grandes ideas, y por mas que su pequeño cerebro no pueda alimentar sino pequeños genios; es indudable que inspiran, provocan, elevan y transportan las ideas ajenas.

¡Ah! Si la humanidad estuviese dotada de alas ¡con cuánto placer volaríamos á las altas regiones, en busca del olvido, el consuelo y el remedio de las miserias de aquí abajo! Dios no ha querido que pudiéramos volar por el espacio; pero nos ha hecho conocer el vuelo de los pájaros, para hacernos soñar en un viaje imposible, y obligarnos á forzar nuestros pensamientos hasta penetrar, por medio de la reflexion, en ese infinito que nos está cerrado en realidad!...

Esto no quiere decir que falten pájaros de mala índole, como tampoco faltan hombres de mala índole. Si en la naturaleza todo fuese igualmente bueno, acabaria por ser una estancia demasiado agradable.

Además de que las águilas, los buitres, los milanos, todas esas legiones de bandidos del espacio, no imploran, ciertamente tu cariño.

Piensa en ellos, Luisita, al solo efecto de compadecer á sus víctimas, en la seguridad de que está reservado un castigo para las águilas presuntuosas, y una recompensa para los pajaritos á quienes tiranizan.

Como no eres aficionada á la pesca, estoy segura de que no atormentarás á los peces. De algunos años á esta parte, los peces están de moda, demasiado para mi gusto. El *aquarium* es una cosa que me desagrada mas aun que la jaula; no puedo contener mi impaciencia á la vista de esos nacarados mudos, presas de estériles agitaciones. Enhorabuena se estudien sus costumbres: es un deber de la ciencia; enhorabuena, tambien, que se les atropelle y destine á manjar del hombre: es un efecto de la necesidad. Pero que se les contemple horas enteras por el solo placer de con-

templarles, me parece un síntoma de tontería muy acen-  
tuado.

Ese apego á las fruslerías empieza por caracterizar á los niños, y acaba por caracterizar á los pueblos. Díganlo los chinos; y al paso que vamos, poco tendremos que envidiarles los franceses.

Finalmente, y para terminar la lección ¿será menester, Luisita, que te encargue tengas compasión del mas pequeño insecto? Ten muy en cuenta que amenudo calificamos de perjudicial aquello cuya razón de ser no se halla á nuestro alcance. Para juzgar las cosas de la manera debida, aguar-  
da á que tu inteligencia se fortifique, y deja que se arrastre á tus piés, sin aplastarle, el sér tan desgraciado que ni puede defenderse, ni siquiera implorar tu piedad. Todos los animales son iguales ante nuestra ignorancia; todos han sido puestos en este mundo como otros tantos obreros necesarios, para desempeñar ciertas funciones que aun no nos son del todo conocidas.

Dejemos á la naturaleza sus agentes misteriosos, sus rumores, sus voces, sus emisarios, representantes de su secreto. Vivamos con ellos en buena armonía: defendámonos, pero no les atacemos. El mundo es grande de sobra, y cuando el Creador no se encuentra estrecho entre tantas criaturas, prueba es de que hay espacio bastante para que todos vivamos en él cómodamente. Si los animales se rebelaran unánimemente contra los hombres, los hombres no tendrían medios bastantes para resistir á los animales. ¿A qué, pues, provocar con crueldades mal disimuladas á unos compañeros que no tratan de vengarse?

Acuérdate, por último Luisita, de que al niño Jesús se le pinta siempre en un establo, entre un asno y un buey, cual si los animales pacíficos, de que no puede prescindir la humanidad, hubieran sido admitidos los primeros, aun ántes que los reyes magos, al honor de saludar al Mesías.

Acuérdate, así mismo, de que para hacer mas adorable al Salvador de los hombres, píntarle con un cordero á la espalda, un cordero que acaba de salvar.

Piensa en todo esto cuando tengas animales á tu alcance, y perdona de corazón á tu hermanito. Hoy es un gozquecillo; mas tarde será para tí un excelente perro guardian: entre tanto, el pobre á diestro y siniestro, sin saber lo que se ladra...

VI.

**La primera comunión.**

Imploras nuestra bendición, querida hija... El beso que diariamente imprimimos en tu frente, mañana y noche, tu padre y yo, no te basta en este día... Es que la primavera de tu conciencia, que despierta llena de pureza, necesita la aurora de un nuevo amor, de un nuevo respeto.

Ven, pues, á mis brazos, Luison (1) mia, porque has de tener entendido que dejaste ya de ser Luisita. La niña á quien hasta el presente he entretenido con mis cuentos, y á cuya muñeca, tal vez ménos culpable que su dueña, ha reñido tantas veces; no tiene ya necesidad de ficciones para distraerse, ni ménos para instruirse.

Ha llegado la ocasion en que conozca la verdad, la verdad completa.

Con fé la demandas y con resolucion cándida y perfecta. Por medio de un sincero arrepentimiento has borrado todas tus faltas de niña; blanca es la página de tu corazon, y quieres que, ántes de ofrecerla á Dios, la suscriban tus padres con un beso.

Temes que tu contricion no sea bastante para que Dios se incline hácia tí, descienda hasta tí, y desees que la bendición de tus padres añada un velo blanco, un doble amor á tu intenso amor, una oracion mas á tus oraciones... Y bien, recibe nuestra bendición, hija mia: vé sin temor hácia Dios, oh tú, á quien Dios ha colocado cerca de nosotros!

Cuanto debes saber lo has aprendido en las lecciones del catecismo. Una madre no puede hablarte el lenguaje de la Iglesia: la teología maternal debe limitarse á decirte:

—Abre tu alma, ábrela mucho, porque van á derramar en tu corazon el secreto del amor divino, á fin de fortificarte mas y mas en el amor y el sacrificio.

Todos los cultos, todos los pueblos, han reconocido la necesidad de que la juventud se inicie solemnemente en la vida ideal. En todos los tiempos, bajo todos los cielos, los padres, las madres y

(1) Antes hemos dicho que el diminutivo en *on* no existe en español. Fuerza nos ha sido conservar la terminacion francesa para inseguir la idea del autor.

los sacerdotes han colgado de flores y vertido piadosas lágrimas, en el umbral que vas á traspasar.

Los católicos y los protestantes, los judíos y los musulmanes, los paganos y hasta los mismos que se titulan filósofos, todos aquellos que comprenden la misión serena del hombre y tienen fe en las esperanzas infinitas; han querido que la imaginación, joven aun, fuese deslumbrada durante un día, y que, penetrada por la luz que nos viene de lo alto, nos valgamos de este fulgor á fin de mejor penetrar en las tinieblas de aquí abajo.

Es una alianza que se hace contratar á los jóvenes mortales con la inmortalidad del bien, escogiendo la primavera del año para celebrar esta fiesta de la primavera de la vida; á fin de que, asociado el pensamiento de una estación nueva para el alma, con el de la renovación de la naturaleza; acompañe constantemente á esta jornada una especie de aroma indestructible (1).

Tú, Luison mía, eres en este día algo más que la flor primaveral que el cielo me ha concedido, algo más que el lirio crecido á mi lado; eres mi savia transformada, y al contemplarte me siento rejuvenecida, purificada, envuelta como en suaves aromas. En algunos momentos se me figura que soy yo misma la que voy á reír y á llorar de alegría debajo de tú velo blanco.

El temblor que sentirás cuando te aproximes al altar, lo sentiré yo también; tú llevarás en la mano un cirio encendido y yo sentiré encenderse mi corazón; entrambas comulgaremos con una misma hostia, y un mismo éxtasis inundará nuestra alma.

Las dulces emociones que vas á experimentar son de aquellas que nunca se borran. Algunos desdichados se vuelven indiferentes con el tiempo, se paganizan, reniegan de su fe; lo que no pueden conseguir es renegar de esas emociones. En su triste y descorazonada vejez se sienten como rejuvenecidos por este recuerdo; gracias á él sienten algún consuelo y esperan; gracias á él evocan ese día de radiante juventud, de especial ternura, raro conjunto de humildad y de fiereza, en que se sintieron aligerados de todos sus defectos, buenos, emprendedores, más amantes de sus padres, amados con mayor gravedad, respetuosos y respetados, santos en medio de una santidad que les arrebató, encantados de sí mismos, felices, viendo florecer la tierra y el cielo á un tiempo; adelantando, escudados por una

(1) Esta costumbre de hacer la primera comunión en primavera no se practica tan constantemente en España como en Francia.

doble bendición, hácia un misterio que les exaltó, separándoles de la niñez y emancipándoles en el ideal!

Tu padre, que pasa por imbuido de filosofismo, me ha prometido asistir á la ceremonia religiosa, y yo te aseguro que él también rogará á Dios por tí: rogará probablemente en una forma distinta de la que se ruega en los libros, pero no ménos afecta á la Divinidad. Juntos te acompañarán tus padres en este día, como juntos rogarán á Dios les permita acompañarte un día ante el mismo altar, con ocasion de un sacramento muy distinto del de hoy.

El cumplimiento de los deberes religiosos es un medio para aligerar y perfeccionar la humana tarea. Dios no es uno de esos padres egoistas y celosos, que, si llaman á sus hijos, es para retenerlos á su lado. Hoy mismo te devolverá á tus padres, á tu hermano, á tus amiguitas, á tus estudios, á cuanto tiene necesidad de tu buena voluntad y trabajo; pero, esto sí, te devolverá mucho mas fuerte de lo que eres en este momento, pues llevarás en tí misma la idea de una victoria que te ha sido prometida, de un buen consejo que nunca podrá faltarte: la fe cristiana sostendrá tu vocacion de jóven y de adulta.

Para esta ceremonia no adoptes una actitud exagerada: las manifestaciones de tu emocion han de ser sencillas y espontáneas.

Si la felicidad que sientes en ese solemne instante hace asomar una sonrisa á tus labios, no temas que tu inocente alegría ofenda ningun sentimiento piadoso. Si, per el contrario, te sientes impulsada á llorar, no te avergüences de tus lágrimas.

He querido que tu traje fuera lo mas sencillo posible, porque la ostentacion del lujo en tan severo trance, me parece una impertinencia sacrílega.

No comprendo la conducta de aquellas madres mal aconsejadas, que excitan el coquetismo de sus hijas en el acto de presentarlas á su Dios. Por mi parte, temeria perturbar tu conciencia si te hiciese demasiado hermosa por fuera, cuando solamente la belleza interior es tomada en cuenta por Aquél á quien no engañan los mas suntuosos trajes.

Nada mas quiero decirte, hija mia: las palabras mejor intencionadas podrian interrumpir indiscretamente tu recogimiento. El silencio es el pudor de la piedad, y ¿qué mas puedo decirte despues de haberte dado mi bendición?

Ven, ven á vestir el traje blanco y el blanco velo que únicamente se usa dos veces en la vida, con ocasion de dos grandes iniciaciones.

Hoy por hoy no tienes corona visible que ceñir á tu frente;



pero ten entendido que desde este momento empiezas á coger, una por una, las flores de aquella corona que ceñirás un día.

¡Bendita seas, pues, en tu inocencia, tú que eres el fruto de bendición de mi maternidad!

En presencia de Dios que me oye y de tu padre que me escucha, nada deseo tanto para mi felicidad de esposa y de madre, sino que el Señor te inspire, en su día, esperanzas tan dulces, como los deliciosos recuerdos que en mi despierta tu felicidad de jóven y de cristiana!

## VII.

### Los criados.

Vamos á ver, Luison; contéstame con toda sinceridad.

¿Por qué se haya roto un plato, ó un mueble resulte mal limpiado, merece la pena de causar un disgusto á un fiel servidor, y hacer todo lo posible para que nos mire con mal ojo?

¿Dices que nó?... Pues entónces ¿cómo se entiende que yo te he oído patear esta mañana y dirigirte al criado con acento colérico?

Ignoro lo que le hayas dicho, pero aseguraria que tratabas de humillarle, de confundirle con tu superioridad, porque tienes la suerte de que nada rompes y eres hacendosa para limpiar hasta el último átomo de polvo de tus muebles.

Y bien, Luison, has de tener entendido que obraste mal.

No te figures por esto que yo trato de descuidar la vajilla, ni de cambiar los muebles, á los cuales tengo cariño; pero se lo tengo asimismo al criado. Ciertamente no tiene la mano ligera, pero en cambio tiene la probidad sólida; no diré tampoco que limpie perfectamente los muebles, pero limpia con esmero su persona. Y sobre todo, en último resultado, puede uno cambiar de vajilla y de sillones con ménos riesgo que se cambia una criatura humana, cuyas imperfecciones, al fin y al cabo, no son inaguantables, al paso que sus buenas cualidades nos constan de una manera positiva.

Cree, Luison, que uno de mis mayores deseos es que, al tener de cuidar tu casa, estés todo lo bien servida que se puede estar cuando uno no se sirve á sí propio. Pero ten entendido que la discrecion de los años debe anticiparse y preparar la

discrecion de los criados; que si difícil es saber gobernar, es mucho mas difícil saber servir.

Cierto diplomático del último régimen no encontró mas bella divisa para escribir en su escudo de armas, que esta simple palabra:—¡Sirvo!

No se alababa poco el buen señor...

Ya hubiera yo querido ver como se las componia para vestirse de librea en sus tertulias y presentar una bandeja á sus convidados...

La academia francesa celebra sesiones en honor de los buenos criados (1); quizás sea esta su ocupacion mas útil, y si todavía no ha hecho académicos á algunos de aquellos, es indudable que á lo menos les ha conferido el título y premio de laureados.

Anualmente en las fiestas consagradas á la virtud, corona algunas criadas y criados, modelos de fidelidad y afecto para con sus amos. En semejantes solemnidades, confia á sus oradores, que son nuestros primeros oradores, y á sus escritores, que son nuestros primeros escritores, el encargo de transmitir á la posteridad la noble conducta de Susana ó de Margarita, de Pedro ó de Juan.

Evócase á los ilustres difuntos inmortales (2), cuyas sombras parecen cernerse constantemente en torno de la cúpula del Instituto, para que descendan de su altura y con sus manos *de sombra* bendigan á la cocinera que durante veinte años seguidos, y de su peculio propio ha servido un buen puchero á sus amos necesitados, ó al criado que, en una época de miseria, les ha abrigado con sus propios vestidos.

Esto hace la Academia, á la cual nunca, por cierto, se la ha ocurrido instituir premios de la virtud para los amos y las amas...

Tan segura está de que seria muy difícil encontrar laureandos... Y, sin embargo, todos reconocen cuan urgente es acometer una reforma en este ramo. Una de las razones de estar mal servido es que no se ha fijado todavía lo que prudentemente debemos prometernos de aquellos que nos sirven, y cual debe ser nuestra correspondencia por sus servicios. El sentimiento del deber en los criados se ha perdido simultáneamente con el sentimiento de la proteccion en los amos.

Antiguamente, hija mia, los criados venian á ser una especie

(1) Análogas prácticas siguen algunas de nuestras sociedades económicas de Amigos del País.

(2) Llámase en Francia inmortales á los miembros titulares de la Academia.

de deudos, familiares y complacientes, que echaban su cuarto á espadas en los asuntos graves de la casa, eran admitidos á participar de las alegrías íntimas, y se unían en cuerpo y alma, al cuerpo y alma de la familia.

Venían á ser, hasta cierto punto, unos institutores de segundo orden, destinados á enseñar ciertas cosas que no enseñan ni los amos ni los libros. Ellos eran los primeros confidentes de los pecadillos de buen perdonar, los primeros intercesores en cuanto se trataba de abrir la puerta del hogar al hijo pródigo.

Varias son las veces en que he llorado leyendo la historia de cierta sirvienta, que por mas señas quiero contarte.

Érase que se era un filósofo del siglo pasado, que, mozo aun, se había venido á París, apesar de tenérselo prohibido su padre, fabricante de pequeños cuchillos en la buena ciudad de Langres.

Por aquel tiempo era ya París una residencia ruinosa para los estudiantes y nada tranquilizadora para los padres provincianos que en ella tenían á sus hijos.

Nuestro filósofo, joven y pobre, aprendía mas filosofía de la que hubiera querido aprender. Muchas veces, á falta de pan que llevar á la boca, las emprendía á mordiscos con sus libros y vestidos; y cuando el hambre aguzaba demasiado sus dientes, el muy ingrato volvía la vista á la casa paterna. Entónces se le venían á las mientes la bien servida mesa, los excelentes cuchillos fabricados por su padre, los cuales, sin necesidad de afiladura, cortaban con toda perfeccion las excelentes tortas confeccionadas por su madre... Conmoviáse al recuerdo del antiguo hogar, y lanzaba desgarradores suspiros.

No hay corazon de madre que no oiga los suspiros de esta naturaleza, aunque su hijo los exhale á setenta ni á cien leguas de distancia. La excelente esposa del cuchillero despertaba amenudo, cual si á través de la puerta oyese una voz temblorosa, fatigada, que la decia:—Madre, ¡tengo hambre!

En semejantes ocasiones, la buena madre echaba mano á una cesta cubierta; metía en ella tres monedas de oro, cuidadosamente ocultadas en el interior de un grande armario de nogal, unos calcetines elaborados por ella propia, un puñado de galletas y otro puñado mucho mas grande de besos, y corriendo á la cocina, decia á su criada:—Has como que vas al mercado, y llegáte hasta París.

La criada se despojaba de su gran delantal de lavadero, se endosaba el *casquin* de los dias festivos para hacer honor á París, tomaba la cesta, y partía.

De esta suerte, y á pié, hacia sesenta leguas de camino; llegaba de mañanita á la barrera de Charenton, encontraba su

camino apesar de no estar aun en su sitio los agentes de policía municipal, subia la pesada escalera que conducia á la buhardilla de nuestro filósofo, único ejercicio que la fatigaba, y empujando la mal cerrada puerta, exclamaba:

—Buenos dias, mi señorito, aquí estoy...

En seguida abrazaba al pobre hambriento, le hacia entrega de los tres luises, le reñia, le amenazaba con no hacer otra vez semejante viaje, le remendaba la ropa blanca y los calzones, encontraba que, apesar de su abstinencia, el hambre no le probaba del todo mal, le besaba de nuevo en ambas mejillas, y volvia á emprender su camino á Langres, á pié, como habia venido, sin permitirse ir á ver cosa alguna, ni siquiera la fuente de los Inocentes, que es el mas hermoso monumento de París, en sentido de las cocineras de provincias.

Al cuchillero, al padre bárbaro, no se la pegaban ciertamente, pero se hacia el desentendido. El pobre reia ó lloraba á sus solas, trabajaba en sus cuchillos durante las ausencias de su criada, y cuando ésta, con los piés llenos de polvo y el rostro tostado, volvia del mercado... con la cesta vacía, corria á ocultarse para oirla decir á su ama:

—¡Le he visto, señora: está muy bueno, continúa tan hermoso como siempre, y le manda á usted un abrazo!...

Por tres veces distintas, durante el aprendizaje del filósofo, esa pobre criada hizo un viaje de sesenta leguas, á lo ménos, para llevar tres luises y el beso de una madre al jóven *Diderot*.

Y nunca los quehaceres del servicio debilitaron su ánimo: sesenta años permaneció al lado de la familia, siempre dispuesta á empezar de nuevo su trabajo.

¿No te parece, hija mia, que una criada como esa merecia, no diré yo un premio, sino uno de los sillones de la Academia, para que en él descansara de sus fatigas?

¿Cómo es que hayan venido á ser tan raros estos actos de abnegacion?

Algunas veces oigo decir:

—¡Los criados tienen la culpa!... Tantas cosas se les enseñan, que acaban por creerse iguales á sus amos...

Á todo trance, no parece que la abnegacion sea ninguna de esas tantas cosas que se les enseñan...

En otro tiempo se trataba de tú á los criados. Verdad es que por aquel entónces los niños no tuteaban á su padre y á su madre. Falta saber si con el cambio que ha introducido la moda, ha mejorado gran cosa la dignidad con que se trata á los criados y el amor que se profesa á los padres.

La marquesa de Lambert, una gran señora de la época de

Luis XIV, que se dedicaba, como yo, á escribir algunos consejos para su hija, la recomendaba tratar á los domésticos como á unos *amigos desgraciados*. El concepto está copiado de un autor de la antigüedad; lo cuál prueba que las grandes señoras que aspiraban á ser buenas madres de familia, no se desdeñaban de leer los libros traducidos del griego.

Decía, asimismo, la marquesa, que únicamente á la *casualidad* era debida la gran diferencia que existe entre una marquesa y una criada, y que nada hay *tan bajo* como echarlas de elevacion con aquellos que nos están sometidos; lo cual ciertamente es grave de parte de una marquesa perteneciente á la corte mas fátua del mundo.

Aprovecha la leccion, hija mia: emplea tu fiereza con dulzura y haz uso de tu autoridad de una manera razonable. Hacerse la orgullosa con gentes de inferior instruccion, es provocarlas para que se subleven é insolenten, en cual caso habria que sobrepujarlas para mantener la distancia apetecida.

La urbanidad constituye la principal fuerza de los amos, puesto que es la primera condicion que imponen á los criados.

Emplea, pues, con ellos las mejores formas, si quieres con otras tales ser tratada y excluir una familiaridad, cuando ménos inútil.

Si es cierto que los criados son unos amigos desgraciados, no lo es ménos que, al fin y al postre, son unos amigos á quienes *se paga*. Esta circunstancia es suficiente para que desconfiemos algo de sus caricias, que pueden no ser completamente desinteresadas.

Nunca les dejes creer que el salario les impone la obligacion de adularte y mentirte: hazles comprender que los afectos del corazon no se pagan y que el suyo no debe pertenecerte por contrata; y sobre todo, hija mia, no exijas de ellos aquellas virtudes de que no les des ejemplo, porque con esto vendrias á suponer que son mas ricos que tú misma.

En este mundo, y aunque á primera vista no lo parezca, cada uno de nosotros se constituye con frecuencia en servidor y servidora de alguna persona ó de alguna cosa.

Cuando llegue la ocasion de que frecuentes la sociedad, presentará como en los mas aristocráticos salones se encuentran gentes que saludan á otras gentes con mas servilismo del que habrá demostrado el ayuda de cámara para quitarnos nuestros abrigos ó nuestros zapatos de goma.

¿Qué hombre, aun el mas ambicioso, puede asegurar que nunca vestirá una librea? Es posible que la suya no sea denominada así, pero, al fin y al cabo, librea es. Por tu parte habrás com-

prendido de sobra que, colocada entre una muchedumbre vestida de frac negro y corbata blanca, debe ser no poco difícil distinguir entre los criados y los amos.

En cierta ocasion me ocurrió pedir un vaso de agua á cierto académico, que se me figuró un ayuda de cámara.

El tal sabio no era por cierto de los mas cejjuntos, pero no por esto dejaba de tener su alma en su almario. Fué, pues, á buscar mi vaso de agua y me lo sirvió atentamente, si bien que derramando la totalidad del líquido sobre mi vestido. Francamente, no pude contenerme y le llamé torpe.

El académico recibió la apóstrofe con gran filosofía, pero ¡ah, Luison! cuan pronto fuí castigada por mi irascibilidad... Todos los convidados se echaron á reir, el supuesto criado hizo lo propio con suma galantería, y yo permanecí sofocada, anonadada, humillada, por haber revelado néciamente mi pobre inteligencia, no en la manera de pedir un vaso de agua, sino en el modo de corregir un caso fortuito.

Si yo hubiese demostrado mayor urbanidad, nadie habria reparado en mi equivocacion. Escarmienta en el *quit-pro-quo* de tu madre y nunca se te ocurra confundir á un criado con un académico ó diplomático.

No ménos quisiera, hija mia, prevenirte contra cierta costumbre pretenciosa y vulgar, que consiste en sacar siempre conversacion de criados, y hasta de hacer alarde de sus defectos en su presencia misma. Las señoras de su casa que se dejan arrastrar por este acceso y por este exceso de vanidad, no parecen sino gentes mal nacidas, que á fuerza de denigrar la cocina y la antecámara, se han propuesto hacer olvidar su propio origen.

El menaje de casa es cosa parecida al aseo personal y á la devocion; es decir, deberes tan necesarios que, de hacer gran hincapié en ellos, es fácil que alguno se figure nos ha costado gran trabajo ponernos al corriente de sus exigencias.

Siempre que oigas á álguien lamentarse de contínuo á propósito de sus criados, comprende que ese tal es incapaz de mas altos cuidados y de mas ideales tormentos. Los pequeños contratiempos de que nuestros criados nos hacen víctimas, son reales y efectivos; no hay para que negarlo; pero no son mas ni ménos importantes que otros varios de que hacemos gracia á nuestros amigos y conocidos, á ménos de lloriquear contínuamente pensando en la triste condicion de los humanos.

Por mi parte, puedo asegurarte que, en el fondo de mi alma, perdono mas amenudo de lo que ellos se creen, á esos séres que nos deben únicamente sus servicios, y de quienes exigimos, por encima del trato, la mas constante complacencia.

Ningun reparo tenemos en aparecer ante ellos tales cuales somos, caprichosos é impacientes: queremos que se asocien á nuestros sinsabores, y en cambio no participamos de sus disgustos, de sus decepciones, ni de sus lágrimas: no les concedemos el derecho á la familia, á la paternidad, á la patria, sino en determinados dias y prefijadas horas, y nos creemos tanto mejor servidos, en cuanto mas prescinden de su consorte, de sus hijos, del país que les vió nacer.

Si su separacion de tan caros objetos les es demasiado sensible, si sucumbiendo á tan legítima nostalgia, manifiestan su deseo de cesar en nuestro servicio; nosotros que, á lo sumo, les hemos satisfecho el salario de sus años de destierro, nos incomodamos con ellos y les tildamos de ingratos...

¿Es, acaso, que nosotros nunca hemos sido ingratos con ellos?

Si tu padre fuese rico lo bastante, le pediria solicitase la honra de fundar un premio para el amo que nunca hubiera dado un mal ejemplo, un mal consejo á sus criados, ni jamas les hubiese maltratado ó reconvenido injustamente.

Asegúrame, Luison, que deseas ganar este premio; y tú lo obtendrás á su tiempo, siendo feliz, tranquila, respetada en tu honrado hogar, provisto de domésticos honrados, para abrir la puerta de aquél á sus no ménos honrados favorecedores.

## VIII.

### **La primera amistad.**

Deseas, hija mia, que te escoja una amiga... Cosa es esta que deberás escoger tú misma, puesto que ya no se trata de un profesor ni de una muñeca, y te hallas en edad de dirigir este primer ensayo de tu corazon.

No me ofendo de que te encuentres algo sola, siquiera sea bajo el techo paterno. Sé que á todos nos quieres sinceramente y sin escepcion; pero nuestro cariño estimula, sin saciarlo, tu apetito de amor. Sin duda has de querernos mas cuando tengas amigas á quienes querer; algo en tu interior te viene diciendo que nunca pasarias de niña si no tomaras la iniciativa de un nuevo afecto, de tu eleccion y bajo tu responsabilidad.

Y no te queda, por tanto, mas recurso que dar satisfaccion á ese instinto del corazon que nace á una vida nueva.

La amistad es el parentesco de las conciencias.

No tendrás idea exacta de lo que vales y de los que valen tu fuerza y tu apoyo, hasta tanto que te habrás formado algunas amigas.

De algunos dias á esta parte venia observando como en torno tuyo se extendia cierta nube de fastidio. Descuidabas tu muñeca y mortificabas á tu hermano, á quien tachabas de regañon. Te enterabas de si teníamos que salir á visitas, y todo porque deseabas salir de descubierta. Pues bien, ántes de emprender el camino, escucha lo que tengo que advertirte.

La única manera de hacerse con buenos amigos, es amar.

Una vez escogido el sér que completa y refleja nuestro sér, de fijo que no permanecerá indiferente ó ingrato al verse objeto de una simpatía lógica; pero si no abres ántes tu corazon, no pretendas que te abran el de los demas. Para ser bien y justamente amada, es necesario tengas la seguridad de que sabes y puedes amar por tu parte.

La Fontaine, el primero de los filósofos de la infancia, el último de los filósofos de los viejos hastiados de filosofía, ha dicho con razon:

“¡Cuán dulce cosa es tener un amigo verdadero, que penetra en el fondo de vuestro corazon para hacerse cargo de las necesidades que siente!....”

Tal es la mas bella definicion de la amistad, extensiva al amor materno, fraternal, conyugal, á todos los amores humanos, en una palabra.

La amistad, tan necesaria para las niñas, viene un dia en que es tambien una necesidad sentida por las madres.

Yo me encojo á medida que tú te desarrollas: cuando yo habré llegado á la ancianidad, te encontrarás tú en la juventud: entónces no me contentaré con ser tu madre, sino que aspiraré á ser tu amiga. Tendrás secretos que se escaparían forzosamente á la autoridad materna, á la cual por respeto querrás ocultárselos. No será que tu confianza haya disminuido; sino que se habrá hecho mas circunspecta; y entónces, Luison, llegará el caso de que *yo penetre en el fondo de tu corazon para hacerme cargo de tus necesidades...*

Ya lo ves, la amistad debe ser una gran cosa, puesto que las madres tienen necesidad de ella, para continuar siendo madres, cuando sus hijas dejan de ser niñas.

Busca una amiga. Tu hermano es un buen hermano, pero vuestra amistad tiene unos orígenes tan iguales, disfruta unos placeres tan parecidos, padece unos disgustos tan idénticos, que, aun amándoos siempre, si no amabais sino el uno al otro, cierta-



mente no hariais ningun mal, pero tampoco hariais bastante bien.

Un sabio ha dicho: "El que no vive para los demas, no vive gran cosa para sí mismo."

Y yo quiero que vivas por completo y en perfecta salud toda tu vida de niña y de no niña.

La amistad ensancha el corazon: es el único afecto que no transige con el egoismo, puesto que por su mediacion los pensamientos ajenos vienen á formar parte de nuestros secretos pensamientos.

Existen no pocas mujeres que se creen unas santas porque, en el cumplimiento de sus deberes de madres y hermanas, convierten su vida en una perpétua reclusion, no comprendiendo que aquél que incomunica su virtud, posee una virtud estéril. A fuerza de amar exclusivamente á aquellas criaturas que no se puede prescindir de amar sin ofender á la naturaleza, acaban por amarlas mal. La amistad asocia el sentimiento al instinto, es el lazo y la atmósfera de todos los afectos humanos, une en el alma todas la facultades del amor.

Busca una amiga, hija mia: cuando la hayas encontrado, hallarás en tí misma una dosis de corazon de que ahora no te crees capaz.

Apesar de todo, procede con gran cautela. Aquello mismo que puede salvarnos á veces, á veces puede perdernos. No confundas la amistad con la vana curiosidad de ciertas niñas envidiosas, que no estrechan relaciones con otras niñas sino para criticarse de mas cerca.

Ten presentes aquellas niñas con quienes te reunes en las Tullerías, tan encopetadas y pagadas de sus trajes, que rechazan á cuantas no visten como ellas y que te preguntan de buenas á primeras:

—¿Qué profesion tiene su padre de Vd.? ¿Es muy rico? ¿Tiene Vd. un vestido de seda?

Mucho cuidado, mucho, en la eleccion de una amiga...La amistad puede dar la muerte como cualquiera otra cosa, y si es posible sobrevivir á las decepciones, á los envenenamientos de las amistades mal sanas, no es ménos cierto que queda de ellas, en el fondo del corazon, un recuerdo penoso, una amargura, una vergüenza, de la cual nos curamos tarde ó nunca.

La falsa amistad es un lazo que nos tiende la envidia.

¡Cuántas mujeres he conocido que de repente descubrieron que se odiaban cordialmente unas á otras, al cabo de muchos años de ardientes expansiones y de tiránica amistad!... Sus apasionados abrazos no podian terminar sino por una estrangula-

eion ó un súbito cansancio; porque no se hallaban unidas con ese lazo indisoluble, que se aprieta ó se afloja, pero que nunca se rompe; el lazo de la estimacion y de la inocencia.

Cuando escojas á tu amiga, no pares mientes en las condiciones de su talle ó de su rostro, y desconfía de aquella que te llame hermosa ántes de saber que eres buena.

Tu verdadera amiga, la amiga que te está predestinada, te se revelará por el latido misterioso del corazon, que os impulsará á una y otra, al someteros entrambas á la piedra de toque de una misma virtud.

Porque la virtud es una hermosa palabra y una mas hermosa norma de conducta; es el fondo de todas nuestras felicidades, como el cielo es el fondo de todos nuestros horizontes.

Te he hablado ya varias veces de la marquesa de Lambert que dictó muy buenos consejos á su hija. Pues esa misma señora escribió un discreto tratado acerca la amistad, en el cual dijo muy oportunamente:

“La verdadera amistad nos pone en el caso de ser virtuosos por fuerza. Como no puede existir sino entre personas estimables, nos obliga á serlo.”

No te asuste esta máxima. La virtud, en su origen, puede tener los cabellos rubios, las mejillas sonrosadas y con hoyuelos, ser propensa á la risa y á las diversiones; y nada impide que puedas encontrarla en alguna de tus compañeras: virtud no quiere decir renunciar á los encantos de la vida, á los juegos lícitos, á los afectos de familia... Al contrario, es el respeto á esa misma vida y á sus encantos, es el juego sin cálculo malicioso, es el afecto que suprime la envidia.

¡Eleva tu alma, si quieres encontrar un alma elevada!

¿Deseas una confidenta? Empieza por poner de manifiesto tu corazon: quizás, sin explicárselo, hay quien le busca para confiarle el consuelo de una multitud de dolores.

Si no merece tus simpatías un semblante malhumorado, procura que el tuyo no aparezca nunca de esta suerte: el rostro de nuestra amiga es el espejo de nuestro rostro.

¿Quiéres una compañera animosa? sé animosa. ¿La deseas modesta? se modesta. ¿De talento? procura no parecerla tonta. ¿Risueña? no prescindas de estarlo siempre. La correspondencia de la verdadera amistad es como el eco de un tañido de dos corazones de oro.

Aquella amiga será de tu agrado á quien tú procures agradecer.

Comprendo que con mis razones te doy la primera leccion de coquetismo, pero te la doy sin temor alguno.

Para amar á Dios y á tus padres, y ser amada de ellos, no

necesitas esforzarte gran cosa. Pero el mundo no tiene los ojos tan abiertos como Dios, ni tan cerrados como los padres.

Si se aficiona á la virtud, es porque esta virtud se revela por actos externos, bien así como nadie se detendria para coger una flor, si la flor no hubiera llamado precedentemente la atencion por medio de su aroma.

La coquetería que se emplea sin mas objeto que parecer hermosa, es un acto ocasionado á peligro; pero la belleza, considerada como auxiliar de la bondad, es la obra maestra de que la naturaleza produce diarios ejemplos, estimulándonos para que lleguemos á este grado de perfeccion.

¡Ola!... Vé á mirarte al espejo; se me figura que desde que te estoy hablando has embellecido algo... ¡Buena señal!

No conoces aun el nombre de la amiga á quien amarás; pero amas desde luego la amistad, y la conceptúas una gracia mas que ha de adornar á las mujeres, una virtud superior de que envanecerte un dia...

Está tranquila: con vocacion semejante, tu eleccion no puede ménos de ser acertada. Tu futura amiga no ha de quitarme un átomo del amor de mi hija, y yo, en cambio, tendré una hija mas á quien amar...

## IX.

### Las primeras lecturas.

— Observa, mamá; está pobre mosca se habrá muerto de fastidio...

Esto decia no ha mucho tu hermano, colocando en mis rodillas una hermosa edicion de la *Historia de los Cartagineses* por Rollin, y mostrándome una mosca aplastada entre dos páginas de tan recomendable obra.

Y al oír que tu hermano se expresaba en estos términos, no has podido ménos de lanzar un suspiro, Luison mia.

Este suspiro ha sido un comentario respetuoso añadido á la insolencia de tu hermano.

Os perdono, sin embargo; perdono al insurgente que se rebela contra Anníbal; te perdono á tí, mi tierna y paciente alumna, por esa importuna manifestacion de lo cansada que te tiene tanta historia griega, romana, cartaginesa, sagrada y profana.

Has renunciado ya á esos cuentos de la infancia, de los cuales apenas se percibe la moralidad, como una almendra ligeramente azucarada.

Tampoco te llaman ya la atencion esos libros escritos especialmente para los niños: los impulsos de tu imaginacion van mas allá de esas pequeñas flores que brotan en pequeños verjeles, en medio de los cuales te haces á tí misma el efecto de una muñeca colocada entre un jardin de quincallería.

Pídesme verdaderos libros, obras que te diviertan y te conmuevan.

De sobra recuerdas que, en cierta ocasion, penetraste en mi gabinete y sorprendiste una lágrima que de mis ojos cayó encima las tapas de un libro que acababa de cerrar. Me preguntaste la causa de mi llanto, querias saber si habia recibido alguna mala noticia, si me aquejaba algun pesar...

Para tranquilizarte hube de decirte que la causa de aquella lágrima era sencillamente la historia de una mujer honrada, escrita por un autor honrado tambien. Tu sorpresa de entónces me dejó comprender que tenias como celos de aquella lágrima mia.

Y héte que vienes ahora y solicitas tu parte de esas emociones.

No ignoras que algunas veces he velado algo mas de lo que acostumbro, hasta conocer el desenlace de algun relato interesante. Tampoco ignoras que en ciertas ocasiones he platicado con tu padre respecto de los malos ratos que me han causado ciertos finales desastrosos.

Ahora bien ¿es que quieres dormir ménos de lo que duermes? ¿Te seduce la idea de la fiebre que causan algunas lecturas?

Tus diez y siete años empiezan á preocupar tu corazon: ya no eres una niña; dentro de pocas semanas serás una señorita, y quieres empezar á buscar en los libros esos secretos de la vida que, hasta el presente, te han hecho conocer poco, por no decir que te han hecho conocer demasiado... ¿No es esto, hija mia? ¿No es verdad que he adivinado tu pensamiento?

Francamente, me has colocado en situacion un poco difícil y, modestia á un lado, creo que muchas madres, poco prevenidas para cuando llegara este caso, se encontrarian bastante embarazadas para salir de él.

Yo ante todo quiero confesarte una cosa, y es que no puedes leer los mismos libros que leo yo. La mayor parte de las obras que yo hojeo, simplemente porque están en boga, y aun aquellas que en conciencia me creo obligada á leer; apenas son propósito para las madres; ninguna circunstancia las hace recomendables para las jóvenes.

Concibo que esto te sorprenda y hasta que te escandalice... Sabiendo como sabes perfectamente que yo no consentiria, ni en mi tertulia ni en mi mesa, la mas breve conversacion que tú no pudieras oir y aun comprender sin ruborizarte, no te explicas como puedo permitirme leer aquellos libros que no permitiria dejar en tus manos... Tú, que puedes penetrar á todas horas en mi vida social ¿cómo no puedes hacer otro tanto en mi vida intelectual? Mas claro, tú que hojeas mi alma ¿cómo no puedes hojear mis libros?

Es que mis lecturas constituyen una de aquellas faltas que yo cometo y conmigo la cometen todas las mujeres de Francia, por honradas que sean, si quieren estar algo al corriente del movimiento literario.

Ya se vé; como que nada se escribe para nosotras, se hace indispensable que echemos mano de aquello que se escribe para los demás. No te creas que vayamos por nuestro gusto en tan mala compañía; pero de tal suerte lo invade todo, que hasta tenemos necesidad de conocer su variable topografía, siquiera para impedir á nuestros esposos y á nuestros hijos que acometan escursiones tan peligrosas.

Hé, aquí, hija mia, la razon porque, estando tú presente, leo en voz baja aquellos libros que no me parece prudente leer en voz alta.

Sin embargo, no creas que renuncio á escoger, aun cuando sea entre libros de esa clase; y si mis lecturas hieren frecuentemente mi fiereza de mujer y mi dignidad de esposa, quiero á lo ménos que no destruyan mi buen gusto ni atormenten mi memoria. Pase, enhorabuena, el mal que pretendan decir de nosotras; pero no transijo sino con murmuraciones bien escritas y calumnias en correcto estilo.

De suerte; me dirás, que esos señores escritores son unos bribones que no tienen esposa, hijas, madre...

Nada de esto, hija mia; pero al fin y al cabo son autores, es decir, séres inclinados á la malicia, hambrientos de éxito, que esceden en audacia á sus predecesores para darse cierto barniz de originalidad, que escriben atendiéndose al pedido, que se atreven á cuanto no está prohibido, y aun mas frecuentemente á lo que les está prohibido.

Pero en medio de todo, ménos culpables son ellos que nosotras. Si las mujeres honradas hubieran tenido empeño en ello, habrian impuesto á los libros la misma decencia que han impuesto á sus tertulias; pero se han figurado que no debian estar en guardia sino ellas mismas, y han hecho frente al peligro.

Desde el momento en que las costumbres francesas han im-

puesto á las jóvenes la obligacion de ignorar lo que pasa en el mundo, alejando de ellas toda idea de lo que significa el matrimonio, y en su consecuencia toda idea de sentimiento libre y personal, prohibiéndolas, cual si fuese un crimen, la vision de los placeres mas legítimos y naturales; la literatura se ha sentido como desligada de toda conveniencia, puesto que de antemano sabía que no tenía porque guardarla.

No parece sino que las madres de familia se hayan dicho:

—Charlemos y dejemos que charlen en presencia nuestra, de asuntos prohibidos, puesto que nuestras hijas no están aquí para enterarse. ¡Aprisa, señores, y ántes que ellas vengan, referidnos algunos escándalos!...¿No teneis noticia de ninguno?... ¡Qué importa!... Inventadlos!...

Y cuanto mas se prolonga la relacion, mas se prolonga tambien el alejamiento de las jóvenes.

¡Ay, Luison mia!...¡Cuántas he conocido, pobres señoritas, que crecian y languidecian en su estancia, aguardando á que sus madres terminaran la novela empezada.

Algunas veces la joven se ha impacientado y á su vez á leído á hurtadillas algun libro; ó bien se ha eseapado del hogar paterno en busca de algun novelista que escribiera una novela de que ella fuese la protagonista!

—¡Qué escándalo!—se ha clamado entónces.

Y la madre ha tenido que cerrar el libro, para llorar los devaneos de aquella hija, que durante tanto tiempo habia relegada á su estancia solitaria.

Algunas veces, tambien, ciertas señoritas se han permitido pegar el oido á la cerradura, escuchar lo que no se dice para ellas, leer lo que no deben, y gustar furtivamente el fruto que se las prohíbe, sin mas razon que un temor mal entendido.

Lo mas grave en nuestra literatura contemporánea es que esa facultad de escribir sin sujecion á traba alguna, ha acabado por erigirse en principio. Todos cuantos remueven las pasiones en sus obras, ponen empeño en removerlas hasta el fango, afectando que no escriben para la juventud y hasta manifestando cierto asombro al ver que esta tiene la pretension de enterarse de los peligros que la amenazan.

Pero lo mas notable es que esos cínicos historiadores de las debilidades femeninas, aspiren nada ménos que á desempeñar el papel de moralistas!...¿A quién suponen dar sus lecciones si aseguran que no las escriben para las jóvenes, que representan el porvenir? ¿Cómo pretenden recoger abundante cosecha de virtudes, cuando no siembran un solo grano de ellas en las almas vírgenes?

Frecuentemente, hija mia, ántes aun de haber presentido tu curiosidad, me habia rebelado contra la impertinencia de aquellos escritores franceses, cuyas novelas se reducen á contar como falta una mujer á sus deberes, olvidando casi siempre el enseñar la manera como el sentimiento del deber debe influir en la manifestacion de las pasiones.

¡Ah! ¡Si yo supiese escribir!... Narraria veinte veces, cien veces, á través de mil incidentes, valiéndome ya de argumentos históricos, ya de asuntos de pura invencion, ya de escenas de la naturaleza, planteando la accion de todos los países del mundo, las peripecias de dos corazones atraidos el uno hácia el otro por el deseo del bien! Valiéndome de una série de ejemplos, hubiera querido secundar esa prueba, por demás grave y conmovedora, á que te verás pronto sometida, la prueba del aprecio de los hombres, del respeto de las mujeres, del gobierno de la casa; en una palabra, esa prueba que, siendo el destino universal y eterno de la humanidad, debiera ser el objeto inagotable de todas las lecciones y de todos los estímulos.

Objeto inagotable, he dicho. Y no se crea por esto que habia de parar en monótono. En el corazon humano no hay mas que dos temas: se les multiplica, se les llega á hacer hasta desconocidos por medio de un sinnúmero de variantes; pero si dable fuera someter á presion todos los poemas, todas las novelas, todas las tragedias, todos los productos del ingenio desde el origen del mundo; aquella presion daria por resultado dos gotas solas: la una confortaria el corazon y seria el estímulo de la vida; la otra lo amargaría y le causaría vértigos; aquella es el deber; esta es la pasion.

¿Cuándo será que esta buena obra, que yo no puedo acometer, se realizará por algun escritor, mas deferente con su conciencia que con su imaginacion? ¡Qué dicha si fuese un hombre de talento! ¡Qué gloria si fuera una mujer!

Las mujeres han escrito, en los tiempos presentes, muchas novelas, no siempre las mejores.

La tendencia á escribir novelas es casi siempre en las mujeres una tendencia revolucionaria. Esas insurgentes del hogar doméstico revelan su exasperacion en escritos que ya puedes comprender no constituyen el elogio de aquel hogar, ni la glorificacion del marido.

Por lo que toca á los novelistas del género masculino, se inauguran, generalmente, ántes de conocer lo que es la vida y de haber aceptado sus cargas. Ningun interés tienen en insurreccionarse, es cosa clara; pero tampoco encuentran inconveniente en fomentar la insurreccion ajena. Si por acaso contraen matri-

monio, se les figura que han suscrito una póliza de seguros, y con mayor aplomo aun que ántes, continuan impertérritos su obra. Ya se vé, no quieren estar en contradiccion consigo mismos: el producto se vende bien, y seria lástima renunciar á tan buen negocio. Por otra parte, sus esposas están convencidas de que todo aquello son mentiras, y hasta las va bien con que lo sean.

Figúrate que entre la multitud de confeccionadores, los hay que se han tomado el trabajo de escribir obras de pura imaginacion, para negar que la imaginacion exista, para echar á perder el sentimiento. Su pretendida mision consiste en escribir dramas de la *vida real*, en un estilo así mismo *real*. ¿Te se figura que habrán empleado su talento en inculcar los deberes positivos, aquellos deberes tan necesarios á toda jóven decente, á toda mujer honrada? ¿Crees que aquel estilo es *realmente* sencillo y el mas comprensible que darse pueda, para describir y hacernos agradables las sanas realidades de la vida?

Nada de esto... Los pretendidos realistas no tienen almacenadas sino monstruosidades morales; no escitan nuestro interés sino á favor de ciertos imposibles sociales, y confundiendo lastimosamente el estilo brutal con el estilo *real*, nos enteran por escrito de aquello de que no osarian enterarnos de palabra. ¡Desdichados!... Pretenden suprimir el idealismo, y ¿por qué medios?... En vez de levantar la mirada al espacio para ver el cielo, conocen el cielo por su reproduccion en una charca cenagosa, y afirman muy serenos que el firmamento huele mal porque, al describirlo, remueven el agua corrompida que les sirve de espejo!

La realidad está en que no hay realistas.

El hombre que únicamente vé en la naturaleza el lado feo, falta á la verdad, ni mas ni ménos que aquel que solamente la vé por el lado bello. En todo libro es necesario un poco de poesía. ¿Acaso no la introducimos cándidamente en nuestros actos? ¿Acaso no rodeamos de lujo y de perfumes, de música y de oraciones, al sér ú objeto de nuestro amor?

Nunca te avergüences, Luison, de estimar á los poetas.

La poesía es la realidad de lo invisible y lo desconocido.

Cuanto bien te prometes de la vida, cuánto bien piensas realizar en este mundo, te se aparece rodeado de un encanto poético; y sin embargo sabes perfectamente que estos deberes distan mucho de ser vanas quimeras.

Lo que tú quisieras encontrar en los libros es la historia de aquellos jóvenes corazones que, sintiendo la vocacion que tú sientes, la llevan á cumplimiento, ó luchan siquiera para llegar á él; lo que tú quisieras es interesarte mas apasionadamente aun á tus futuros destinos, interesándote en el de aquellos que marchan por



tu camino; lo que tú quisieras es que del mismo modo que al presente tienes tus amiguitas, pudieses marchar hácia el porvenir con las amigas ideales que los autores inventan á beneficio de las jóvenes honradas.

Desgraciadamente, Luison, los autores franceses escriben poco para esa clase de mujeres, en las cuales piensan apénas. Sus obras están principalmente destinadas á las jóvenes desenvueltas ó á las mujeres de edad proveccta. No parece sino que no se atreven á pintar la infancia, á describir un afecto legítimo. Si por acaso se atreven con un idilio, lo profundizan de tal suerte y describen una virtud tan fermentada y alcohólica, que marea con solo respirar su aroma. No me agradan aquellos altares de los cuales el excesivo olor de incienso aleja al creyente.

¿Qué hacer, pues, hija mia? ¿Tendrás que renunciar á la lectura? ¿Hay que proscribir de ella, por lo ménos, el renglon de las novelas? Y la historia, la severa historia, ¿no se convierte amenudo en una novela equívoca, en un cuento detestable, segun la moralidad de quien la explota?

Volveremos á ocuparnos de este asunto, hija mia; es uno de los mas graves que hemos de tratar juntas. Figúrate que estamos organizando el ajuar de tu alma, interin organizamos el ajuar de tus cómodas de señorita; y que en asuntos de esta naturaleza, bueno es pensarlo mucho ántes de realizar las compras.

## X.

### **La Biblioteca de una señorita.**

No quiero que te prives del placer de la lectura, hija mia, al contrario, quiero que leas, que leas hasta novelas.

La curiosidad que sientes no es una de aquellas tentaciones necesariamente perjudiciales. Las novelas no son peligrosas por ser novelas, sino por ser de ciertos novelistas; sin perjuicio de que el veneno de semejantes lecturas procéda de la disposicion de ánimo de los lectores.

Si yo me he dedicado con tanto empeño á fortalecer tu razon y á disponer tu ánimo para las aspiraciones levantadas, no ha sido ciertamente para temer que una simple lectura pueda causar un vértigo á tu imaginacion.

En los estantes de tu biblioteca encontrarás libros piadosos y otras instructivas, sin contar con los cuentos de hadas que he relegado á la parte mas elevada. Dentro de poco, daremos cabida en ella á nuestros primeros poetas.

¿Deseas, asimismo, alguna novela? Lo difícil no es comprarla, sino escogerla.

Ya te he dicho, hija mia, que nuestros novelistas, obligados por los editores á escribir ciertos libros que únicamente puede leer una mujer casada; inventan y narran sin freno alguno que les contenga, y se permiten, con sobrada malicia, una porcion de cosas á cual mas atrevidas y malsanas.

Y sin embargo, la novela apropiada para los corazones inocentes, pudiera variar hasta lo infinito, sin salirse para nada del paraíso de la inocencia.

Lo ménos venal en este mundo es el Idilio, del mismo modo que lo mas variado y sorprendente es la primavera.

Pero cuando se trata de referir los sueños, las comedias, los dramas del hogar, no hay manera de salirse de la monotonía de la vida de familia, si no es alejándose del cumplimiento de los deberes necesarios.

En ciertos países, como Inglaterra y Alemania, la juventud goza de mayor libertad de acción, y por consecuencia de lectura. De aquí que la novela se ocupe de esa juventud, y tenga que hacerlo de una manera mas decente, de suerte que hasta los niños pueden hojear esa clase de libros. El genio encuentra la manera de conmover sin perturbar; y la lectura no produce ningun daño perjudicial. A este tenor, Walter Scott, cuyo nombre te es conocido, viene á ser un confidente amable, sin dejar de ser un consejero heróico.

En Francia hemos tenido un Balzac, escritor de primera fuerza, profundo; pero que prevalido de que las jóvenes no hubian de leerle, se ha aprovechado cruelmente de esta circunstancia para encudriñarlo todo y revelarlo todo.

La primera vez que me permití leer un libro de Balzac, fué seis meses despues de mi matrimonio: la impresion que me causó fué triste, parecia que mi corazon recibiese una confidencia dolorosísima. De pronto mis lágrimas regaron el volúmen que tu padre me habia proporcionado: posteriormente me he ido habituando, no sin cierta melancolía, sin cierta resignacion que tiene sus amargas complacencias, á los casos de conciencia propuestos por ese confesor despiadado.

Tú no te encuentras aun en este caso: para llegar á la experiencia de la vida, no necesitas de tales fórmulas y máximas; si

deseas leer, es para hallar expansiones, no para hacerte mas reservada... Busquemos, pues, juntas el rocío que la flor apetece.

Yo no niego, ántes bien confío demostrártelo, que en los libros de nuestros contemporáneos se encuentran tesoros de gracia, de poesía, de verdad y de honradez. Lo malo es que de estas páginas no pueden segregarse otras páginas enfáticas y perniciosas. Enhorabuena, yo doblaré estas últimas, y evitaré de esta suerte que ofendan á tu dignidad.

¿Acaso fuera mejor prohibirte en absoluto la lectura de novelas? Cuando hayas agotado la literatura cándida, instructiva, infantil, ¿será mas conveniente dejar que llegue para tí, entre los bostezos de tu imaginacion, la hora en que, ya casada, es decir, la hora en que, segun opina el mundo, podrás entregarte á toda suerte de lecturas, para desquitarte de la abstencion?

No me parece del todo conveniente este sistema. Una buena novela armoniza el mérito superior del arte que nos arrebató hasta el idealismo, con el encanto de una confidencia, de una intimidad intelectual, de una enseñanza amistosa de la vida y sus incidentes.

Voy á ponerte una comparacion sacada de una escena de familia, porque ya sabes que gusto de hablarte en estilo liso y llano. La poesía pura es como el licor extra-fino que se sirve á los postres, que alegra algo sin hacer perder las buenas formas y corona el festin imprimiéndole un espejismo brillante. La novela es el postre habitual de todos los dias, el plato de la gula cotidiana, que completa la comida, pero que no puede hacer suprimir el puchero. Indudablemente no se vive de simples postres; pero es difícil prescindir absolutamente de ellos.

La novela moderna, como la comprenden algunos y yo quisiera que la comprendieran todos, es un comentario elegante y decente de la vida: enhorabuena que se murmure algo de ella para que sintamos cierto orgullo soportando su carga; pero no se la calumnie hasta el punto de que nos inspire aversion, siquiera porque sus detractores no tienen con que sustituirla, ni aun con la embriaguez de los sueños. La mision del novelista es hacer agradables los actos de heroismo práctico, fomentar la satisfaccion que produce el obrar bien, enaltecer el deber del amor, y ennoblecer el amor del deber.

Para nosotras, las mujeres, es la gaceta misteriosa que nos dá cuenta de nuestros propios secretos, afectando revelarnos los ajenos; es una especie de espectáculo cotidiano, proporcionado á domicilio, que se toma y se deja voluntariamente, y á la par que entretiene y excita la curiosidad, fortalece la sumision.

La afición á la lectura, léjos de ser necesariamente el contraste de la afición á la virtud, es amenudo su precursor.

La manera de juzgar las novelas, distinguiendo las buenas de las malas, es muy sencilla para toda persona honrada. Se reduce á no leer de hurtadillas y en voz baja aquellas que no pueden ser leídas en alta voz por una madre en presencia de su hija, ni por una hija en presencia de su madre.

Por lo que á tí toca, mi querida Luison, puesto que disfrutas de recta conciencia y sano criterio, conocerás si una lectura es buena ó mala, si, al cerrar el libro, te sientes ó no impulsada á exclamar: — ¡Ojalá lo hubiera yo escrito!

Mas, ¿cómo precaverte del primer contagio? Por de pronto yo me encargaré de ello; mas adelante, á medida que te habitues á leer, adivinarás como por instinto, presentirás la calidad de los libros. Hay algunos nombres de autores que por sí solos constituyen la etiqueta del veneno: en seguida el simple título y hasta la parte material de la publicacion, son otros tantos indicios para apreciarla cual merece.

En algunas de nuestras escursiones te he adiestrado en coger hongos de buena calidad, hasta el punto de estar perfectamente tranquila respecto del peligro que corras comiéndolos. Pues de una manera parecida adquirirás la experiencia de los libros venenosos.

De aquí á entónces los escogeremos juntas.

Cuando poseerás estos medios preservativos, probablemente estarás ya casada: pues bien, nada alarmará tanto tu castidad en ese estado, como el temor de ruborizarte delante de tu marido ó de tu hijo.

Lee, pues, con entera confianza, las novelas que con toda confianza pondré en tus manos.

Hoy mismo empezaremos á formar tu biblioteca. Por de pronto es posible que no se componga de muchas obras completas. En cuanto á las páginas que dejaremos dobladas por ahora; las desdoblaremos juntas mas tarde, cuando tengas mayor experiencia de la vida. Los libros que yo te impida leer, se entiende que los prohibo á la jóven soltera, sin que los crea por esto perjudiciales para una madre de familia; pues nada mas léjos de mí que preservar de mancha tu imaginacion, acosada por el remordimiento de haber manchado la mia.

Hay cierta clase de groserías, cierta clase de ofensas hechas con palabras y aun con simples miradas, que la mujer mas honesta puede castigar, pero no. precaver.

Las ofensas que se nos infieren por medio de los libros necesitan, para que sean tales ofensas, el concurso de nuestra

complicidad. Tranquilízate, sin embargo: las novelas mal escritas, vulgares por su fondo y mas vulgares por su forma, son debidas á autores bien conocidos. Es muy fácil distinguirlas de antemano.

Resulta, pues, que nada hemos de leer debido á la pluma de escritores como... La lista es un poco larga. Otro dia la llenaremos.

## XI.

### **El primer baile.**

Iremos al baile, Luisa; es cosa decidida; tanto que ya he contestado aceptando la invitacion que nos han hecho. Hora es ya de que verifiques tu entrada en la sociedad, conduciéndome á ella de nuevo.

Este baile vendrá á ser como una doble inauguracion; vas á ver como tu madre comparte las miradas con su hija. Y quiero hacerte honor con mi reaparicion: para ello procuraré estar, á mi manera, lo mas hermosa posible, bien así como tú lo estarás gracias á tus diez y siete años y á ciertos pequeños accesorios que procuraremos añadirles.

Y á la verdad, cuando una lo medita, tiene poquísimos lances esa visita hecha, desde las once de la noche á las tres ó las cuatro de la madrugada, á una dama de nuestra intimidad, á quien podemos visitar á medida de nuestro gusto y en horas mucho mas cómodas; todo para encontrarnos en compañía de un centenar de personas, con las cuales apenas nos une relacion alguna, ahogarnos de calor, yo en mi silla y tú de pié; y terminar con volvernos á casa, yo muerta de fatiga y tú con el traje desgarrado en varias partes.

Realmente, la cosa no es para codiciada; un baile se reduce á un poco de vanidad satisfecha, á un pretexto para hacer algunos gastos extraordinarios, á un sistema de fatigarse y al hallazgo de algun peligroso resfriado. Apesar de lo cual, hija mia, es una prueba á que hemos de someternos necesariamente y que, en medio de la frivolidad, no deja de ser temible. Figúrate que vas á ser admitida en la vía láctea donde el gran mundo busca sus estrellas; figúrate, en una palabra, que empieza tu noviciado de jóven casadera.

No extrañes que insista repetidamente en este punto: el matrimonio es mi objetivo, es el pensamiento fijo de todas las madres, pensamiento que temo no tener aun bastante presente, puesto que si yo he trabajado algo en embellecer tu cuerpo, desarrollar tu inteligencia y formar tu corazón, ha sido con la idea de que un día habrías de pertenecer á otro.

Tengo empeño en que, cuando nos vean entrar en el salón, digan los invitados:—¡Calle!...Pues la madre no ha envejecido mientras ha estado consagrada á la educación de su hija... Y deseo que en seguida se fijen en tí, pero sin decir palabra, con ese respetuoso silencio que inspiran la estimación de sí misma, la gracia, la verdadera juventud y la pureza en toda su beldad.

¡Te aseguro, Luisa, que entrambas vamos á estar hermosas!

En cuanto á mi tocado poco tengo que discurrir, porque hace diez años que lo hago, lo deshago y lo vuelvo á hacer mentalmente, sometiéndolo á las variaciones de la moda.

Quiero un traje sencillo y bastante severo, para que te sirva como de marco ó como de fondo; pero al mismo tiempo lo quiero elegante, á fin de que tu padre esté satisfecho de la madre y de la hija.

¿Que te parecería, Luisa, un traje de raso malva cubierto de todos mis encajes blancos? Diamantes en la cabeza, pero nada de flores, puesto que tú has de llevarlas; nada de plumas, de lazos, de pombones...Mucho ruido sería este para una victoria que quiero ir ganando suavemente y que no me parece muy difícil. Con todo, bien quisiera ostentar en mi cabeza alguna cosa que resplandeciese, una sola, un destello de la llama que arde en mi corazón!

Habrás de permitirme que vaya un poco desçotada; en estos casos es de rigor...Además, si no tuviese el pecho desoprimido, el corazón incluso, temería que me ahogase el gozo.

Persuadida estoy de que todos los concurrentes han de adivinar mi satisfacción, todas las santas y sanas esperanzas de que me sentiré agitada, y que me envidiarán sin duda, cuando me vean entrar con la cabeza erguida, resplandeciente; arrastrando mis encajes, cuya blancura sería quizás demasiado alegre si no estuviese mitigada por el melancólico color del viso... Yo vendré á representar algo parecido á la caída de la tarde de un día de verano, en el momento en que un plateado vapor vela las nubes que colora el sol de agosto.

Tú representarás la primavera, por cuyo motivo hé aquí como pienso ordenar tu traje. Vestido de fay blanco, con una sobrefalda de gasa de seda, blanca así mismo; blanco sobre blanco, lo

cual simboliza virtud sobre virtud; blanco como elegancia y virtud como fondo espiritual. Entre la tela del vestido y los abollados de la sobre-falda de gasa, dispondré que te coloquen tres escarapelas ó ramilletes figurando yerbas campestres entremezcladas con margaritas *segadas*; de manera que en el traje llevarás tu primera cosecha, cosecha de ensueños inocentes, de placeres infantiles. El corpiño será modestamente descotado, lo suficiente para que no exista una exagerada desproporcion entre tu modestia y la coqueteria de tu madre; y en el corpiño y en la cabellera, que dejaremos flotar sobre tu espalda, prenderemos las mismas yerbas y la mismas margaritas segadas. Te prestaré mi collar de perlas, mi collar de soltera, especie de espaldarazo de mis diez y ocho años á tus diez y siete abriles; y de perlas serán, así mismo, los pendientes que colgarán de tus orejas. Dejemos á parte los zapatos y guantes blancos, detalles superfluos, como tambien que para mariposear sobre ese prado de flores, harás aletear un hermoso abanico de raso blanco...

¿Qué tal?... ¿Estás satisfecha? ¿Tienes alguna observacion que dirigirme? ¿Habrias soñado de otra manera tu primer tocado? Me preguntas ¿qué aire te conviene adoptar cuando lleves ese traje tan fresco y tan blanco? El mismo que te das cuando llevas tu traje de estudio; ni soberbia porque vayas mas elegante que de costumbre, ni humilde porque otras señoritas lleven trajes resplandecientes de plata y oro: muéstrate sencilla como siempre, ingénua, contemplando tranquilamente á los que te dirigian la palabra; tendiendo amablemente la mano á los que te tiendan la suya; bailando alegremente, valsando, polqueando á compás, si te lo permite tu caballero.

Presumo, y casi podria decir me prometo, que no dejarán de invitarte para todas las danzas; pero si te dejasen sentada mas de lo que esperas, si hay abundancia de señoritas y escasez de caballeros; no muestres por ello el menor despecho; descansa, no te se ocurra que te relegan á *hacer calceta*, como se dice vulgarmente; piensa, mas bien, que eres una flor pegada á *la calceta* durante un cuarto de hora.

Un baile dista mucho de ser un concurso gimnástico: no se vá á los bailes para alcanzar el premio de la fatiga. Acepta las invitaciones sin hacer alarde de orgullosa indiferencia ni de exajerada satisfaccion; no te muestres demasiado reconocida con aquél que te invite repetidas veces; calcula que esto ocurre las mas de las ocasiones con ciertos jóvenes tímidos, que se permiten hasta ser indiscretos por temor de encontrar no tan buena acogida en señoritas ménos complacientes. A estos no les castigues ni les animes demasiado.

Si tu caballero, por el gusto de singularizarse, murmura de la casa en que se le recibe y de la concurrencia con que se codea, dale á comprender modestamente que nó le seguirás cándidamente por tan mal camino; pero no intentes convencerle de que es un nécio, porque sería trabajo completamente perdido. Si acaso te depara la suerte á uno de aquellos que lleva el respeto á su pareja y á sí propio, hasta el mutismo mas absoluto; mídele con el mismo rasero que á los petulantes y no le hagas descender de su Olimpo con los obligados lugares comunes de calor, la orquesta ó lo agradable de la reunion.

Comprende, Luisa, que en la mayoría de los casos, esos caballeros almibarados, encorbatinados como diplomáticos, que se muestran emprendedores á veinte pasos de distancia y te invitan á bailar balbuceando, y cuyas impertinencias únicamente se revelan en el guarda ropas, en el momento de la despedida; son de buenas familias, no desprovistos de ingenio, quizás mas damiselas que tú misma y peor hallados que tú con las trabas de un baile. El bigote en tales personajes supone poco ó nada; si posible fuera quitarles los guantes, el sudor de sus manos nos revelaría el estado de su ánimo.

Están educados, si por desgracia no tienen hermanas, á una tal distancia de las señoritas decentes; ignoran tan supinamente la manera de portarse al lado de una futura mujer honrada; ó tal vez, nuestro traje de baile nos dá un aire tan imponente; que los mas atrevidos se aturden, hasta el punto de que los danzarines mas reputados de los bailes públicos, no saben dar un paso sobre la alfombra de un salon particular.

Se compasiva con ellos, mi querida Luisa: quizás uno de esos barbilindos está predestinado para marido tuyo. Sin embargo no se te ocurra averiguar cuál de ellos. Los buenos maridos, al igual que los hombres de talento, no se dan á conocer tan fácilmente como los buenos valsistas. Tocante á este particular, yo te secundaré de una manera conveniente.

Con las señoras, de cualquiera edad que sean, con las señoritas, cualquiera que sea el traje que vistan, pórtate igual que te he recomendado para los caballeros que te inviten á bailar; es decir, se ingénua, se buena.

La caridad y toda suerte de virtudes pueden ejercitarse aun cuando sea en un baile. Si vieres, por ejemplo, una pareja ménos elegante, ménos atendida, ménos admitida en los *vis á vis* de los bailes de cuadro; obliga á tu caballero á que se coloque en frente de esos convidados vergonzantes. Ten presente la leccion que te tengo dada á propósito de esas insufribles niñas de los jardines de la Tullerías, que no quieren jugar



sino con compañeras tan encopetadas y bien vestidas como ellas. Nunca seas cómplice, ó pretexto siquiera, de una de esas pueriles y cobardes crueldades.

Acomódate á ser *vis á vis* de todo el mundo; y como te permito ser hasta un poco coqueta cuando se trata de llevar á cabo una buena obra, calculada que en esos casos haces *vis á vis* de tí misma; y cuando en el baile contraste tu elegante tocado con el tocado humilde de tu compañera de cuadro, calcula que el contraste será tanto mas beneficioso para tí, en cuanto trates de hacerle resaltar ménos. Sonríe á la pobre desfavorecida como sonreirías á tí misma delante de un espejo, procurando encontrar en los ojos de aquella, reflejo de los tuyos, el rayo de felicidad que arde en tu mirada. Haz que tu corazon y tu gracia se reproduzcan en tu compañera, teniendo presente que la encontrarán bella si la embelleces con una sonrisa, y hasta han de amarla si la comunicas aquel encanto que nace de tu bondad.

Haciéndolo de esta suerte, cuando regreses de ese primer baile, rendida de fatiga, hecho girones el traje, atronada por el ruido de la orquesta y con un hormigueo en los piés; verás como te se vá viniendo el sueño como un amigo cariñoso y lleno de bondad para contigo. Tu conciencia experimentará aquella tranquilidad que deja el recuerdo de un deber cumplido, siquiera sea viniendo de una diversion frívola, en la cual habrás dado á los concurrentes una prueba de tu buen talento, y á mí las primicias de aquellas recompensas, que aguardo, y que deberé á la primera de las fiestas que se me preparan, para velarme y hacerme ménos sensible aquel necesario adios que á entrambas nos reserva el porvenir...

## XII.

### **El gorro de Santa Catalina. (1)**

Oye, Luisa; me ha entrado un escrúpulo que quiero revelarte. Ayer noche, en la tertulia de la señora de... te estuve contemplando un buen rato, y sin adularte, en honor á la verdad, que debe siempre decirse aunque tenga los visos de una lisonja,

(1) Dícese en Francia que una mujer lleva el gorro de Santa Catalina, como en España decimos que se ha quedado para tia ó para vestir imágenes, cuando, transcurrida cierta edad, permanece soltera.

confieso que me tenias embobada. Sin duda porque estarias satisfecha de tí misma, es decir, porque tu conciencia estaba del todo tranquila, rodeaba tu frente una aureola tan pura, que sin rebajar las pretensiones que pudieran abrigar tus compañeras, aumentaba mas y mas tu belleza natural.

No fué en zaga tu discrecion á tu hermosura: tus contestaciones en el juego del *Secretario*, la perspicacia conque resolviste los sencillos problemas que te fueron propuestos, todo, en una palabra, me hacia estar orgullosa de tí, á punto de haber estado tentada de darte un fuerte abrazo... que no te dí por temor al mal ejemplo.

Pero ¡ay, hija mia! forzoso es que conozcas el reverso de mis lisonjas. En toda la tertulia no habia quien participase de mi admiracion.

Esas señoras que tienen hijas de tu edad, escudriñaban tus contestaciones por simple rutina de escudriñar; sin apercibirse en lo mas mínimo de que ya podrian darse por contentas si sabian alimentar á esas señoritas con las *escudriñaduras tuyas*.

En cuanto á los almibarados jóvenes que se dignaban tomar parte en esos juegos infantiles que tu dirigias en calidad de mujer, sentian un profundo desprecio por las concesiones á que les obligaba la urbanidad, y estaban tan pagados de sí mismos, que no les pasó por las mientes pensar en si se pagaban de tí.

A la vista de este cuadro, me dije á mí misma muy bajito:

—Hé aquí un plantel de novios; la coleccion no puede ser mas completa... ¿En cuál de ellos querrá ó podrá fijarse mi Luisa?

¿Será, quizás, el preferido ese que acaba de regresar de un viaje á Inglaterra, á donde fué sin mas objeto que hacerse grabar unas iniciales en sus cepillos, peines y cajas de márfil, en razon á que en todo Paris no se encuentra quien ejecute ese trabajo con tanta perfeccion como cierto grabador de Londres?

¿Tal vez será ese otro que se precia de haber asistido á quince representaciones de *Madame Angot* y nunca pone los piés en el *Teatro francés*?

¿Ó quizás ese rubito que nunca ha abierto un libro, porque dice que la lectura es un trabajo demasiado fatigoso para él?

¿Quién me dice que no sea ese hermoso moreno, de bigote retorcido y mirada altiva, que califica de invencion grotesca el servicio voluntario de las armas y que habla de irse á tomar parte como testigo en la guerra de España, cuando le toque el turno de ingresar en un cuartel?

¿Acaso sea ese mocito pálido, aspirante á diplomático, que se jacta de no tener opinion propia en cosa alguna de este

mundo, y no se cansa de mirar á los ojales de su casaca como si en ellos esperara ver aparecer una condecoracion?

¿Ó ese revoltoso, que se titula demócrata porque su padre no quiere darle todo el dinero que le pide?

¿Ó ese angelical muñeco de veinte y dos años, que se hace el legitimista, sólo para complacer á una tia rica, á quien se propone heredar?

¿Ó, finalmente, pertenecerá mi futuro yerno al grupo de esos ó de aquellos que en nada piensan, que nada saben, que á nada aspiran, que nada leen, que nada hacen y no faltará quien eleve á todo, que se fastidian de tanto fastidiarse, sin saber si es posible que se aficionen á cosa alguna?

¿En qué bien rizada cabeza, en que *bombado* pecho, en que tranquila vena, hará brotar una chispa de sacro fuego la mirada de mi Luisa?

Al fin y al cabo, esos jóvenes no son unos fenómenos de imbecilidad; representan á lo sumo las medianías de la actual generacion; y hasta es posible que alguno de ellos acabe por ser hombre formal...

Puedo asegurarte, hija mia, que ni por un momento he dudado de que ninguno de esos mozalvetes, por otra parte vestidos de una manera irreprochable, era capaz de inspirarte la ilusion, el aprecio, que una mujer debe á su marido. Pero al mismo tiempo me decia:—Si Luisa no tiene que escoger esposo sino entre pretendientes de este calibre, la pobre vá á quedarse soltera toda su vida...

Entónces me pareció como que el techo se abriera, y ví desplegarse, extender sus alas, un enorme gorro de encajes, con colgajos de barbas y unas cintas de color de crisantemo, y que esa cúpula simbólica descendia lentamente sobre tí, para coronarte hija de Santa Catalina y consagrarte á viudez perpétua, á tí, á tí, á quien yo he querido infundir la sabiduría de una mujer y el genio de una madre!

No puedes figurarte lo triste que me puso esta vision. Bajaba la vista, la fijaba en las lámparas; y las pantallas de papel recortado colocadas encima de los globos, se me antojaban los encajes del consabido gorro, colocado encima de una cabeza luminosa.

Los *macasares* de *crochet* me parecian *guipúres* del bendito gorro: hé aquí la causa de que se me escapara la palabra gorro cuando me tocó proponer una en el juego de los sinónimos.

—Esta palabra no tiene sinónimos,—exclamaron varios de los jugadores.

—¿Qué no los tiene?—respondí; y estuve á punto de revelar mi preocupacion.

—Si no tiene sinónimos,—dije por último,—no será porque no se avenga con una porcion de epítetos.

Creida estoy de que muchos de los concurrentes me contemplaron como se contempla á la persona que tiene la razon extrañada: tú misma, pobre Luisa, acogiste mis palabras con una sonrisa de compasion, al considerar que tu madre tenia tan mala opinion de los gorros.

Es que tenia encasquetado hasta las espaldas el dichoso gorro de Santa Catalina; con él he dormido, con él he soñado...Esta mañana he despertado libre de semejante pesadilla y es cuando me ha entrado el escrúpulo de que te hablo.

—¡Cuán imprudente has sido!—me he dicho á mí misma.—Todos tus desvelos se han encaminado á hacer de Luisa una buena esposa: pero ¿y si Luisa no se casa? ¿Qué será de ella?

¿Será que las madres ménos perspicaces, que abandonan al azar el porvenir de sus hijas y se dan por contentas con proporcionarlas una educacion superficial, son mas previsoras ó ménos imprevisoras de lo que tú has sido?

¿Será que cualquiera mujer sirve para el marido que la suerte la depare? ¿Será que haciéndolas mas exigentes en este punto, se expone á las jóvenes á una mayor suma de desengaños? ¿Será preferible casarlas á la moda, con novios á la moda tambien, á dejarlas para siempre solteras?

¿Existe, tal vez, un fantasma de mujer casada ménos odioso, tan odioso ó mas odioso, que el fantasma de la solterona?

Al llegar á este punto me he detenido y cerrando los ojos para no verte tal como eres, he procurado formarme una idea de tí tal cual serás probablemente, dentro de diez ó quince años, si realmente te quedas sin marido.

Y bien, ¿qué quieres que te diga?...Será quizás una ilusion producida por el cariño maternal; será que mi egoismo esté halagado con tenerte cerca de mí; pero es lo cierto que te me he figurado, poco mas ó ménos, como te habia concebido mi imaginacion para cuando fueras dichosa mujer casada ó tranquila madre de familia. Tu sonrisa era la sonrisa que yo habia entrevisto en tus labios tal vez un poco mas grave; te veía cómodamente sentada junto á una cuna; algun chiquillo te saludaba con el nombre de *tia*; pero este calificativo, pronunciado por voces infantiles, tenia una dulzura imponderable...

Tu hermano y su esposa te llamaban cariñosa é indistintamente: hermana! y yo te contemplaba, siempre bella, cuidadosa, tranquila, serena, animado tu semblante con esa mirada

dulcemente melancólica, que revela cierta felicidad, cierto bienestar íntimo, propios de un alma resignada y enérgica á un tiempo, que conoce las peripecias de la vida, que no teme ya sus decepciones, y que invenciblemente vá envejeciendo, siendo testigo de la felicidad ajena, que contempla sin envidia y conserva sin debilidades.

Tus cabellos encanecian, pero no caían, porque no habías conocido la fiebre de la maternidad. Tu pensamiento se dirigía hácia tu madre, y en el murmullo de tus labios de los cuales y entre oraciones se escapaba mi nombre, me dejabas comprender cuanto me bendecías porque, ya que no pude darte un marido digno de tí, te había inspirado á lo ménos suficiente fuerza de voluntad y de virtud para hacerte gustar las delicias de la maternidad: aun sin el concurso del matrimonio y del marido.

Entónces el gorro de Santa Catalina, que en tu cabeza parecía una corona, adquiría una blancura sobrenatural; los anticuados colgajos se iban prolongando y tomando la forma de unas alas, y estas alas, flotando, te arrebataban en ascension radiante.

Ya estoy oyendo como me haces cargos porque todo quiero poetizarlo, yo que tanto he trabajado para hacer de tí una mujer razonable... Es que la razon también tiene sus éxtasis, como el cumplimiento del deber tiene su encanto. Cuanto es mas penoso, mas extensos son los horizontes que en él descubre el pensamiento.

Hemos de hacernos cargo, por lo mismo del supuesto de que te quedas soltera; supuesto improbable, pero posible; y quiero evitar que te contemples en el espejo de las solteronas secas, cariares, amostazadas que conservan, completamente ajados, en su semblante, los capullos estériles de una primavera que pasó para no volver.

Si esas solteronas han enflaquecido, débese á que su alma ha sido azotada por el viento del despecho. Demasiado orgullosas y quizás no bastante dignas, vino un día aciago en que se hallaron *anquilosadas* á fuerza de envaíamiento; sus vértebras se han soldado; de suerte que no pueden inclinarse sobre una cuna, ni bajarse para jugar con la criatura que les tiende sus brazos.

Tieras como uno de esos pararrayos que dirigen al cielo su punta para atraer el fuego celeste y conducirle, no para desviarle; van adelgazando, adelgazando siempre, al extremo de que horadando la tierra, desaparecen en ella, rabiosas por no haber podido horadar otra cosa.

Otras que, sin apercibirse de ello, habían nacido con vocacion para el celibato, se almohadillan á guisa de alfilerero. - Reves-

tidas con esta coraza, puede llenárselas de alfileres impunemente, sin que por esto se derrame el salvado que contienen. Otras, aun, inofensivas, casi inútiles, no tienen mas inconveniente que el estorbo que causan; pero en cambio y por regla general son muy diestras en la confeccion de toda suerte de pastas, confituras y guisados.

Suceda lo que suceda, no temo que te alcance ningun porvenir de estos. Por mas que he procurado inbuirte la mayor aficion á los deberes de familia, nunca he querido engañarte tocante á las amarguras que frecuentemente ocasionan.

Eres digna de hallar un buen marido. Si el compañero que yo te deseo, si el jóven que yo sueño para esposo tuyo, pasa por tu lado sin mirarte, ni apercibirse de tí siquiera, perdónale por no haber sabido encontrar la felicidad que tan cerca tuvo. Perdona, de igual suerte, á los demás que no se han hecho culpables de su propio error; y permanece tal cual yo te he formado: no te faltarán hijos ajenos de quienes ser madre.

Considera los matrimonios que en tu presencia se celebren como los presenciaria una viuda que hubiese amado mucho, pero no agotado el caudal de su amor, que reserva para ser espléndida de amistad durante su vida, y dejar una herencia á lo desconocido de la eternidad, despues de su muerte.

Ademas, yo me prometo ser tu compañera durante una buena parte del camino: envejecida ántes que tú, procuraré darte el ejemplo; y tú me harás la justicia de confesar que hasta el presente no he tratado por cierto de engañarte. Aprovecha, pues, esta leccion, como has aprovechado las anteriores.

¡Sin embargo, hija mia!... ¡Cuán ta sería mi dicha si el Sr. de X ó el Sr. de N la hiciesen inútil!... Nunca, como con tal ocasion, daria por mejor empleado el tiempo perdido.

### XIII.

#### **La demanda matrimonial.**

Esto es hecho, hija mia: por muy venerable que sea el gorro de Santa Catalina, no se habrá hecho para tu cabeza. ¡Afuera el gorro!

Ya se me ha prevenido que mañana tendrá lugar la demanda sacramental. No hay que decirte cual será la respuesta...

Tu padre y yo te conduciremos á la presencia de un caballero que, tímidamente y temblando, nos hablará en nombre de su hijo. Nosotros le diremos:—Hé aquí nuestra hija... Tomadla.

Y él nos contestará:— Compartámosla.

Todo se volverá abrazarte y abrazarnos los unos á los otros; y desde esa fecha recibirás el primero de los ramilletes blancos que señalarán cada uno de los dias recorridos de esta senda florida, al cabo de la cual te aguarda un altar, brillantemente iluminado y adornado. Y hétenos que serás ya prometida.

Nuestra eleccion recaerá naturalmente en tu elegido, para lo cual has sido absolutamente libre; sin embargo, y sin que la comparacion se entienda sacrilega, tu libre albedrio en este asunto, estaba, como el de todos los seres humanos, un poco vigilado, encaminado, aunque de ningun modo restringido.

Tú me has hecho tus confidencias, y es justo que, á mi vez, te haga yo las mias, por mas que reduzca á pura prosa tu pequeño poema. Desde qué tu padre y yo hemos visto florecer ese cariño, desde que sorprendimos tu primera y espontánea mirada, desde que eohamos de ver que se cubrian de carmin las mejillas del caballero, que palidecerán mañana al poner los piés en esta casa; nos digimos el uno al otro:—¡Ojalá se amasen!

Las condiciones de clase, familia y hacienda eran idénticas entre ambos; de manera que en este particular podíamos prescindir de tomar precauciones de ninguna especie.

Otra cosa muy distinta era lo importante á nuestros ojos.

¡Ay, hija mia! En tu vida podrás figurarte, y ménos sospechará tu esposo, cuanto hemos estudiado, probado, espiado el genio de ese mocito, que nos intima bruscamente su deseo de que le queramos como á un hijo. ¡Cuánto nos ha preocupado hasta su manera de entrar, de saludar, de sentarse, de mirarte y de dirigirte la palabra!...

Á solas y recogida silenciosamente en mi gabinete, hacia vibrar el sonido de las palabras que habia retenido, para penetrar el secreto, el fondo, algo mas profundo aun que el fondo de su carácter, por medio de la vibracion de unas cuantas sílabas.

Si hablaba despacio, me asaltaban súbitos temores de que fuera un perezoso; si acertaba á hablar con vivacidad, temblaba de pensar que tal vez pudiera ser de temperamento irascible.

Disimulando el carácter de interrogatorio que tenia la cosa, tu padre le dirigia á quema ropa las preguntas mas imprudentes al parecer; de suerte que á los ocho dias de reconocimiento estábamos al cabo de cuanto pensaba, sabia y creia.

Por fortuna, Luisa, no te habia engañado el corazon. tu eleccion es acertada. Sí, apesar de todo, quedan aun algunos puntos por escudriñar, si tolas las investigaciones maternales, unidas á los cándidos instintos de tu alma, no han podido penetrar hasta los últimos pliegues de la conciencia del hombre á quien te entregamos incondicionalmente; Dios, á quien ruego te bendiga, no me castigará por no haber hecho ó no haber sabido hacer mas. Testigo me es de que nada he economizado de mi ternura, y que nunca como ahora he deseado tener el don de sabiduría, para analizar hasta las últimas fibras del corazon de mi futuro hijo.

Júrote, sin embargo, que estoy satisfecha; lo cual no quiere decir que el niño sea por de pronto una obra maestra, ni que me fie enteramente de las apariencias; al contrario, sospecho que nuestro conquistador, mas de una vez, ántes de llamar á la puerta, habrá dispuesto la expresion de su fisonomía, ó habrá adoptado un aire de mayor gravedad, ó cuando ménos habrá dado la última mano al lazo de su corbata.

Si hubiera podido observarle por el ojo de la cerradura, de fijo le habria sorprendido, en mas de una ocasion, pasando revista de sus fuerzas, limpiando el polvo de sus botinas de charrol, rectificando un pliegue de su camisa, ó ensayando una porcion de sonrisas ántes de decidirse por una de ellas.

El hombre mas sencillo y franco no está exento de su poco de hipocresía; y en cuanto no tenga que mantenerse á la ofensiva ni á la defensiva; en cuanto haya sido proclamado vencedor y se instale en su casa y esté en posesion de su derecho; está segura de que descubriremos sus picardigüelas; él mismo se confesará reo de ellas. Hay mas, acabará por vanagloriarse de sus estratagemas, y nos dirá con la mayor candidez:

—Era tanto mi temor de no pareceros bastante bien...

Y nosotras le perdonaremos en gracia de lo bien que nos pareció, y de lo perfectamente que supo desempeñar su papel.

Y aun por lo que á tí se refiere, no debo ocultarte los defectos en que has incurrido, unas veces bajando exageradamente los ojos; otras veces adoptando un aire de suprema indiferencia cuando la campanilla, resonando en tu corazon, te anunciaba la llegada del futuro esposo.

En cierta ocasion, y á causa de cierta bagatela sobre la cual no estuvísteis de acuerdo, te dió una pataleta tan ridícula, que apenas se hubo despedido tu nóvio, te sentaste al piano y te dió por cantar sin ton ni son, como una loca. Tentada estuve de interrumpirte y obligarte á hacerme entrega de unas lágrimas de que me tenias sedienta... No puedes figurarte mi alegría al



ver reproducidos por tí los cándidos é inocentes disimulos que, á tu edad, fueron los míos.

Y hé aquí, querida Luisa, como, insiguiendo mi sistema, ha llegado tu turno, mas fácilmente y con mayores garantías que por el camino de la rutina ordinaria. Nunca me he opuesto á que dirigieras la palabra á tus parejas de baile, ni á que entablases conversacion con los jóvenes que hallábamos en paseo ó recibíamos en casa: atendiendo á estas conveniencias, había iluminado de ant-mano tus ojos y tu corazon con una luz sin humo y sin gran llama, que no tenia el cinismo de la linterna de Diógenes, pero tampoco carecia de exigencias y seguridad. De ella te has utilizado convenientemente, puesto que has buscado y has encontrado á un hombre. No soples, no extingas esta llama vencedora; aun puede aprovecharse para el quinqué ó la lamparilla de noche de la casa que vamos á amueblar.

Tiempo queda, sin embargo, para ocuparnos de ese gran porvenir, aplazalo para dentro de seis semanas. Por de pronto, pues, ocupémonos del presente.

El presente lo constituye tu inmensa satisfaccion, y la mia, no ménos grande porque sea ménos expansiva; lo constituye la demanda de que estamos enteradas, lo constituye ese joven que mañana se presentará cortado como un tonto y cuya tontería de momento merecerá todo mi elogio. Jamás perdonaría al joven que en semejantes casos me pareciese muy suelto y dueño de sí mismo. Que sea hombre sereno, pásese; pero que no lo demuestre... Lo que es en este particular, estoy perfectamente tranquila. Tu prometido tiene talento bastante para estar realmente conmovido y no ocultar néciamente su emocion.

En cuanto á tí, Luisa, te presentarás como puedas. El paso de mañana no es como el del primer baile á que asististe; y por lo tanto renuncio á indicarte el traje que mejor haya de sentarte. Muestra exteriormente, por tu tocado, por tu actitud, por tu conducta toda, el sentimiento que agita completamente tu sér. Toma consejo de tí misma, nada mas que de tí misma. Obrando de esta suerte, te presentarás con toda la sencillez de tu amor naciente, con el aplomo que te imprimirá la propia estimacion, con la modestia engendrada por tus virtudes, que son la parte que en tí busca el esposo; con la seguridad que infunde la confianza en sí misma, en nosotros, en tu prometido, confianza que te impulsará á tender, resueltamente la mano á aquél que es ya dueño de tu corazon.

Desde mañana vendrá tu nóvio á visitarnos todos los dias; mas no por esto trato de aumentar ó restringir tu libertad.

Nuestras costumbres han de continuar siendo las mismas. Renuncio á guardarte, que bien te guardarás tu misma con la guarnición de las buenas cualidades que en tí he fomentado.

El pobre muchacho lo vá á pasar como en cuarentena; pero ya te encargarás tú de decirle que la peste que él trae te es simpática, y que ningun temor te causa por tu parte. Aun cuando te hablará en voz baja, segura estoy de que nada ha de decirte que yo no pueda oír. Conozco perfectamente todos esos pequeños misterios de la voz y del gesto, y todos esos grandes secretos que habeis de comunicaros. Tu padre pudiera revelárselos al despedirle, como yo pudiera hacerte sonreír, repitiéndolos á tu oído, mientras me das un abrazo.

En estos momentos recorres la misma senda que yo he recorrido, coges las mismas margaritas que yo cogí... Luego las deshojarás con igual confianza, sin vana coquetería y sin puéril timidez.

La felicidad te aguarda sin impaciencia: no te impacientes por llegar á ella. Cuando apresurases el paso, se convertiría en tu propia sombra y correría siempre mas aprisa que tú y delante de tí. No quiere esto decir que recorras pesadamente la carrera del estudiante... de matrimonio, pues el jóven que contigo la recorrerá, quiere jurarte cuanto ántes que ha de vivir y envejecer siendo tu compañero de viaje.

Tampoco te prometas por término de esta jornada hecha en el camino del deber, una de esas existencias embriagadoramente poéticas; sin embargo no alejes en manera alguna los poéticos ensueños que rodarán y aletearán en torno de tu frente.

Cuanta gloria me habia yo reservado para coronamiento de mis lecciones, cuanta dosis de suprema alegría me habia prometido á mí misma, despues de tanta como ya me has proporcionado; las poseo por completo, hija mia, desde que puedo pronunciar delante de tí, puestos mis ojos en tus ojos, estrechando tu corazón contra el mio, sin que yo me sonroje, sin que tú palidezcas, sin remordimiento por mi parte, sin miedo por la tuya, la tan temible palabra, *amor*, resúmen de todos los deseos humanos, síntesis de todas las promesas divinas.

Sí, hija mia: la hora de amar ha sonado para tí, de amar con un amor del cual tu madre no estará celosa, un amor que bendicirá tu padre, un amor que la sociedad consagrará con su estimacion. Acógele sumisa y modesta: las delicias que proporciona se pagan al precio de contraer grandes deberes y pasar, á veces, por muy terribles dolores.

No te irrites si aquél que ha de decirte esta palabra á media

voz, no la pronuncia tan netamente como tu madre que te habla en voz alta; y si, por temor, ó respeto, acabara por no decírtela, perdónale, aguarda... ya vendrá día en que te lo diga... Cuando llegue esta ocasion, echarás de ver que las palabras mas dulces para ser oidas, son las que se pronuncian de golpe y claramente, sin haber sido anteriormente deletreadas.

#### XIV.

### **La víspera de la boda.**

Querida Luisa, ¡mañana es el gran día!

Mientras te dejas acariciar por tus ensueños en tu gabinete de soltera, yo hago memoria y repaso mi existencia, aquí, en mi gabinete de esposa y de madre.

De comun acuerdo hemos abreviado esta noche, última de las que pasaremos juntas, bajo un mismo techo.

Nos hemos dado un estrecho abrazo, y con la sonrisa en los labios y el corazón anegado en llanto, te he dicho:

— ¡Vé, hija mía, retírate á descansar, á fin de que cuando mañana entres en la iglesia, los convidados admiren la belleza y frescura de la novia!

Y tú, aparentando asentir á ese escrúpulo de coqueta, me has contestado:

— Vé á descansar, también, madre mía, á fin de que mañana parezcas tan joven y tan bella como te conservas.

En esta conformidad nos hemos separado, de acuerdo mentalmente en que la una quería engañar á la otra. La prueba es que estoy segura de que por tu parte no duermes, y en cuanto á mí la mejor demostración de que permanezco en vela, es que te escribo.

Leerás esta carta ántes de ir á la alcaldía y á la iglesia, y hasta me prometo que la llevarás contigo. Quiero que la lleves sobre tu corazón, como una constante caricia del mío; quiero que te revele mi alegría íntima, cuando veas que las lágrimas saltan de mis ojos; porque en esos momentos de suprema dicha, siempre se llora un poco. Sin embargo, esas lágrimas no deben alarmarte: las madres, para quienes no ha llegado aun la ocasión de verterlas, nos las envidian casi siempre; aquellas, por el contrario, que ya las han vertido, modifican á través de ellas la luz de su sonrisa, para que tome los significativos colores del arco iris.

No te alarmes, pues, si te parezco triste, puesto que yo no me affigiré si echo de ver en tí cierta melancolía, que deseo te domine en ese instante.

Mi pasado, que reasumo para verterle sobre tí como la bendición de tu porvenir, me tiene completamente tranquila y me autoriza para decirte con entera lealtad:

—Avanza sin temor por el camino de tu nueva vida, puesto que eres digna de ella, eres digna de sus delicias, y aun estaba por decir de sus disgustos. Sí, hija mia: la nueva existencia que empieza para tí no está exenta de sinsabores; pero los que aquejan á un matrimonio honrado dejan siempre una virtud mas en el fondo del corazón y la aureola de la gloria en torno de la serena frente.

Es imposible pactar de antemano con el destino de los mortales. Contra imprevistos contratiempos nadie puede precaverse; mas yo puedo asegurarte por experiencia, puesto que conozco el lado bueno y el malo de esa vida, que el matrimonio es un poderoso auxiliar para hacer mas fácil el cumplimiento del deber y mas ligeras las penas que nos asaltan; y que, al cabo de veinte años de casada, podrás encontrarte tan llena de tranquilidad, como hoy te encuentras llena de esperanzas y de ilusiones.

Por muy amarga que sea la verdad, cuando se la busca, cuando se vive ajustado á ella, con ánimo resuelto de no abandonarla, no hay cuidado que dé lugar á ninguna decepcion. Únicamente la mentira produce sinsabores incurables; pero el matrimonio es una pura verdad, y como tal no puede mentir. El matrimonio es la promesa de la maternidad, que es la obra mas grande y mas dulce de la vida; la fuente del amor y el seguro de la propia estimacion.

Nada temas, hija mia, puesto que nada en él es de temer. Todos mis deseos se han reducido á educarte á semejanza mia: en el momento de separarme de tí, busco el modo de formular mi mayor aspiracion, y no encuentro otro mejor sino que marches por la senda misma que yo he recorrido, sin pedir á Dios que aparte de tu camino ninguna de las espinas que han ensangrentado mis piés, pero que, en cambio, han hecho de mi la esposa mas satisfecha de su tarea, la madre mas orgullosa de su obra.

El dia de mañana empezará para tí con el matrimonio en la alcaldía, ceremonia civil que algunas madres miran con cierto desden, cuando no con cierta aversion, haciendo alarde de un sentimiento inoportuno. El matrimonio civil es la

primera manifestacion de la realidad y de la ley (1), manifestacion fria, sencilla, sin prestigio y sin poesia exterior; pero á la cual hay que prestarse con algo de poesia íntima, es decir, con la efusion de una alma que se entrega por completo y que no halla fea la sortija que recibe, por mas que sea de simple hierro y sin adorno de ninguna especie.

El magistrado que procederá á vuestra union por medio de la lectura de unos articulos del código, es el emblema de la sociedad humana que os recibe en su seno, haciéndoos sabedores de vuestros derechos y de vuestros deberes; es un padre de familia, amigo de tu padre é igual suyo, que os garantiza la proteccion y la solidaridad de todas las personas honradas.

Hay que agradecerle, por tanto, como á un amigo de primer órden, y agradecerle sus instrucciones como las del último maestro que termina nuestra educacion.

Por él sabrás que la mujer debe obedecer á su marido y que el marido debe proteger á su mujer. ¿Qué otra cosa quereis, hijos míos? ¿Acaso vuestros corazones no latirán á compás cuando ese magistrado os preguntará si asentís estas dos obligaciones sociales, condiciones de la vida práctica y norma de la vida moral?

En cuanto á la ceremonia religiosa, nada tengo que prevenirte. Una vez en la iglesia, recógete en tí misma, y si tu habitual piedad se halla mas escitada en ese instante, si al respetuoso sentimiento que inspira el templo se agrega una mayor suma de amor y de gratitud; no me cabe duda de que tu corazon estará en lo razonable durante esta última prueba, y que no desfallecerás bajo la influencia de la gracia que descenderá sobre tí, entre las armonías del órgano, atraida por la bendicion del sacerdote.

En estas grandes ocasiones se siente la necesidad de orar, como se siente la necesidad de llorar. En el momento de encadenar el mortal destino, domina una aspiracion hácia lo infinito, se quiere ensanchar el horizonte humano como con algo del horizonte insondable, y tomar acta, digámoslo así, del derecho de prolongar la felicidad y el amor mas allá de la vida real. Este éxtasis tiene su embriagues, y la mujer verdaderamente cristiana, si de una parte no puede rechazarlo, de otra parte no debe entregarse á él inconsideradamente.

Las mejores y mas provechosas emociones religiosas son

(1) Téngase en cuenta que este libro se ha escrito en un país donde es indispensable contraer matrimonio civil. Sin embargo, no están de mas en España sus observaciones en este punto.

aquellas que no disminuyen el sentimiento de la realidad y que se mezclan con él sin perturbarlo. No ha mucho que te encargaba fueras á la alcaldía acompañada de toda la poesía de tus ensueños; ahora te encargo que acudas ante el altar llevando contigo el sentimiento preciso y terrenal de tu union civil.

¿Tengo mas qué decirte ó qué encargarte con referencia á tu esplendente mañana? De fijo estarás hermosa, pues tu semblante será el espejo de tu alma. No te ocurra adoptar un aire triunfal, pues el hecho de haber encontrado marido no constituye una conquista, sino que inaugura el cumplimiento de nuevos deberes. Tampoco debes presentarte como confundida por tu felicidad, porque al fin y al cabo eres acreedora á ella.

Entra en la iglesia y en la alcaldía sin exagerar tus ademanes, segura de tí misma; ten presente que á tu alrededor se encuentran y te comunican su fuerza, una familia que te entrega y otra que te recibe; procura ser estimada con preferencia á ser amada, pues en semejante día lo primero pertenece á los nuevos parientes, á los amigos, á los convidados, con tanto derecho como lo segundo pertenece exclusivamente á tu marido.

¡El marido!... Hablaremos luégo de él sin celos de ninguna clase; sin gazmoñería maternal; cual te inspire tu corazon que siento latir en el mio propio.

Pero hasta tanto que te encuentres á solas con él, en esa especie de entrevista que ya no ha de tener mas término que la muerte, es necesario portarse con urbanidad cordial. Ni prescindas de persona alguna en tus obsequios, ni tampoco de tí misma prescindas. Calcula que todos y cada uno pasarán revista de tí; no te despojes por esto de tu habitual naturalidad. Lo mejor en semejantes casos es presentarse tal como una es: ni ocultar las cualidades, ni hacer alarde de ellas.

Inútil conceptúo recomendarte cuanto debes amar á tu marido; lo único que te digo es:—No temas amarle.—La exagerada reserva de los amores honestos priva al mundo de una victoria sobre la desvergüenza de los amores livianos. Ostenta, hija mia, cuantos dones conceda la naturaleza á los que pueden rendirla tributo sin negárselo á ninguna ley moral, y jamás se te ocurra escondernos ninguna de las manifestaciones de la felicidad que te proporcionamos.

El esposo que has escogido, y que deseábamos verte escoger, nos ha parecido igual tuyo lo mismo en buenas que en malas cualidades. Si mas tarde echas de ver en él una superioridad imprevista, enorgullécete de ello, pero no te sientas humillada,

porque esa superioridad aumentará el valor de su confianza en tí. Sí, por el contrario, le creyeras inferior á tí en algunas circunstancias, compensa ésta desigualdad á todo trance, de suerte que jamás se altere el equilibrio de vuestras almas.

No vayas á creer que esto sea una empresa árdua: las mujeres mas ignorantes, cuando quieren bien, despliegan en ello grandes talentos; y á menudo las mas ilustradas fracasan en el empeño, cuando no es amor quien las inspira.

Paso por alto el arreglo y manejo de tu casa, pues ramo es este en que te he instruido lo mejor posible. Además yo te he dado el ejemplo y tu misma me has secundado frecuentemente en los quehaceres domésticos. Ten presentes mis lecciones, y lo que es mas aun, lo digo con un orgullo que aumenta mi satisfaccion en este dia; sigue mi ejemplo.

Desde mañana vendrás á ser como la hija de una familia nueva: la porcion de nuestro sér que se llevará tu esposo, jamás podrá devolvérsola, por muy bueno y respetuoso, y muy filial que quiera ser. Cuando se casa una jóven, sus padres se desprenden de ella: los que casan hijos varones, mejor los recobran que los pierden, pues el hogar conyugal tiene para el jóven marido los atractivos que el hogar paterno no tenia para el jóven soltero.

Comprendo, por lo tanto, toda la importancia de nuestra separacion. Vamos á separarnos por la primera vez en la vida, y vamos á separarnos para siempre. Sorprendida estoy al ver como se concilian en mí la afliccion y la felicidad. No vayas, pues, á entristecerte; la inquietud perjudicaria considerablemente tu dicha.

Hoy puedo ya hablarte un lenguaje á que no te tengo acostumbrada: para una madre el matrimonio es como el segundo nacimiento de su hija: al abandonarla ésta, la desgarran el seno, pero la ensancha el corazon. Vamos... Que no vuelvas la cabeza para expiar si lloro ó no lloro; conténtate con saber que estoy impaciente por verte empezar tu nueva infancia, cumplir tu jóven destino, y ponerme sobre la huella de tus pasos en ese camino desconocido, cuyo recuerdo iré renovando á medida que tú lo vayas recorriendo.

Sé verdaderamente la hija de aquellos que te llamarán hija suya; llámale *padre y madre*, sin exigir de tu marido, por nuestra cuenta, una reciprocidad de lenguaje filial, que á él habria de costarle mucho mas, y á nosotros nos conmoviera mucho ménos.

Las mujeres tienen una ternura mas súbita, mas fácil, mas ingeniosa: los hombres mezclan algo de su fiereza hasta en las simples manifestaciones de su gratitud.

Con tal de que tu marido nos quiera, deja que nos quiera como pueda: si no se titula públicamente hijo nuestro, no por esto dejaremos de estimarle igualmente, que las cuestiones de lenguaje tienen poquísimas influencia en el verdadero cariño.

¿He terminado mi carta? Sí, hija mía. Mañana te conduciré tu madre hasta el límite donde terminan sus derechos y sus deberes; pero este límite no haya temor de que yo lo traspase. Encerrada en mi estancia, en aquella estancia donde mas tarde he de instalarme en calidad de abuela, pienso encontrarme mas preocupada que tú misma. Penetra sin compañía alguna en el misterioso recinto de tu amor, y ¡ojalá tu marido, al tenderte sus brazos, te encuentre tan púdica y tan casta como casta y púdica saliste de los míos!

¡Ah! Sí, hija mía! Tus ilusiones están á punto de terminarse... Las mías van á comenzar de nuevo.

## XV.

### Las suegras.

Seis meses llevas de ser toda una *señora*, y aun no he podido acostumbrarme á la idea de que has dejado de ser una niña.

No puedes figurarte cuanto me cuesta escribir en el sobrescrito estas sencillas palabras: *Señora doña Luisa X.*

En cuanto te escribo, empiezo por colocar delante de mí este solemne momento; pero no bien tomo el pliego de papel para empezar la carta, el consabido sobrescrito me fascina, me atrae como un espejo mágico. Fijo en tí la mirada de mi pensamiento, y te me apareces en forma de niña: el rumor de la pluma me recuerda el de tus risas, y á lo mejor me encuentro con que estoy riendo, á solas con el pliego de papel.

No creas que exagero cuando te digo que apenas puedo concebir tu semblante en el estado que debe tener actualmente. En la fotografía que me mandaste estás retratada al lado de tu esposo, y la fisonomía de este caballero, á quien conozco de poco tiempo á esta parte, contribuye á desconcertarme. Tu retrato me se figura el de una señora de mi reciente trato: has dejado de ser hija, para ser la esposa del caballero ese á quien antes me he referido.



¿Quién podrá restituirme mi hija, mi hija de otros tiempos, mi Luison, mi Luisita, mi muñequita?

Es raro lo que me sucede con tu recuerdo: cuando pienso en tí; nunca me aparesce bajo la forma de la jóven señorita que se separó de mi lado hace seis meses: mi imaginacion dá un gran salto hácia atrás, y te veo hecha aquella niña á la cual regalé su primera muñeca.

Parece como si los últimos años que hemos pasado juntas ántes de tu matrimonio, años de querida y tierna memoria, se desvanecieran sin dar lugar á reunir sus recuerdos; cual si tu velo blanco lo ocultara todo, cual si la cola de tu traje de novia lo hubiera barrido todo. En cambio mi corazon está lleno hasta rebosar de los recuerdos de tu dichosa infancia

Calcula hasta donde llega mi locura en este punto. No es solamente tu persona, tu rostro infantil el que veo incesantemente; sino los trajes que llevabas, los juguetes que te alegraban, los lazos que te prendia, y hasta las cabezas y los brazos rotos de tus muñecas; caprichosa coleccion de pequeños despojos, que traigo amontonados encima de mi corazon.

¿Será que esté resentida de tí, sin saberlo, porque me has abandonado cuando has entrado en años?...¿Ó es que estaré celosa de tu marido?...¿Ó seré tal vez una suegra injusta y apasionada como tantas otras?...Y ¿no podria ser también que naciera mi vocacion de abuela, desde que ya está satisfecha mi vocacion de madre, y que mi amor hácia los niños que han de venir sea la causa de esta reproduccion de tus gracias infantiles?

¡Si esta fuera la causa!...Decididamente quiero que lo sea. Téngalo usted muy presente, señora; y usted también, caballero...Me son ustedes deudores de una hermosa niña, y no les hago gracia de ella; la quiero, la quiero á todo trance.

Digo, á ménos que me paguen ustedes con un niño.

Ya hablaremos de eso.

Si me separé de tí algunas semanas despues de tu enlace, d jando perfectamente colocado en las cómodas tu ajuar de novia; ni tienes que calificar de deserccion mi proceder, ni has de compadecerme, suponiendo que el dolor me consume en mi soledad voluntaria. La miel de tu reciente felicidad no era por cierto amarga para mis labios maternales; ni me mortificaba el dulce tuteo de los nuevos esposos, por mas que saliese ya de la esfera íntima de tu padre, de tu hermano y mia; puesto que ese tratamiento lo dicta el corazon á los labios.

Mi separacion es debida á que creo que los padres son mas lógicos, mas prudentes y hasta mas morales, cuando son ellos

los que hacen un pequeño viaje, en lugar de hacérselo emprender á sus hijos inmediatamente despues de la boda.

En esto he obrado, como aquellos profesores de natacion que, cuando el tiempo está en calma, abandonan á sus discípulos en plena mar. Es decir que he querido convencerme de que sabias nadar libremente. Alejándome de tu lado me he puesto en condiciones de mejor apreciar el cuadro de tu nueva familia, y por último, puesto que mis deberes para contigo van llegando á su término, me ha parecido conveniente pensar en los que me corresponde cumplir con relacion á mí misma.

Ser madre constituye la belleza de la vida; ser abuela es su dulce recompensa; ser suegra es su mayor prueba.

Este último papel no está exento de peligros; quiero, por lo mismo, prepararme para arrostrarlos, y hacer que se prepare igualmente la madre de tu esposo, valiéndome para ella de una emulacion sin malicia.

Las dos familias nos hemos puesto de perfecto acuerdo para arreglar las cuestiones de dinero; falta que completemos nuestra obra trabajando con mas empeño que nunca para conseguirlo; y como esta carga es delicada y difícil, particularmente para la madre de la desposada, quiero dar el ejemplo inaugurando el papel.

Todo en tu casa se hallaba en buen orden, todo se hallaba bien dispuesto para iniciar tu nuevo sistema de vida. Por ello te he felicitado y dado mi parabien; pero temerosa de hallar un pretexto para nuevos sermones, me he separado de vosotros diciéndoos: --Vuelvo enseguida...--Y no he tenido el valor de volver aun.

¿Me guardais rencor por esto? Supongo que no mucho; hasta me permito creer que, como me dices al final de todas tus cartas, tu marido se pone á mis piés y está muy agradecido de mí; y que escribes con toda sinceridad la obligada posdata. —¿Cuándo vendrás á gozar de tu obra?

Tranquilizaos; yo gozo ya de ella, pero quiero dejaros contraer espontáneamente nuevos hábitos, y de esta suerte será mas difícil que os los altere con mi presencia. Dejad que transcurran algunos dias mas; mejor quiero ser el testigo *discreto*, que el testigo *suportivo*. Yo sé que en toda ocasion me recibireis perfectamente; pero sin que dude de vosotros, puedo dudar de mí, y hasta estar segura de que puedo dominar mi apetito, dejadme temer las tentaciones de la gula.

Tu padre, á quien he dejado en vuestra compañía, está muy satisfecho de tí y profundamente reconocido á las demostraciones afectuosas de tu marido. Apesar de todo, creo descubrir en sus

cartas que no existe entre ambos toda la cordialidad apetecible. Está claro... Cuando no os encontráis perfectamente de acuerdo en algun punto, de fijo que no ensayais el recurso, tan comun entre nosotras, de convencerse por medio de un abrazo. Ya se vé... Como hay de por medio la dignidad.. ¡La dignidad! Esta dignidad es la tontería de los hombres...

Nadie podrá negarle á tu padre un talento distinguido; pero todo su talento no ha sido bastante para corregir su miedo pueril de que le encuentren sobrado sentimental. De fijo que en mas de una ocasion se ha sentido abocado á estrechar entre sus brazos á tu esposo, llamándole ¡hijo mio! y que siempre ha resistido la tentacion temiendo ser acogido con sarcástica sonrisa por su yerno.

Mi presencia, en tal caso, contribuiría de fijo á agravar la situacion; al paso que cuando yo esté de regreso, tu padre estará mucho mas habituado al trato de tu marido, y será mi intróductor; lo cual no ha de impedir que yo le deje atrás pronto, muy pronto.

No abrigo la pretension de que un jóven que tiene madre propia se avenga de buenas á primeras á llamarme *mamá*; hasta he tenido cierto temor de que se habituase á tratarme de *señora*; y llevo mi debilidad al extremo de reconocer cuanto sentiria si siempre me designara con el nombre de suegra.

¡*Suegrá!* He aquí el espantajo, el argumento de tantos dramas y comedias, el objeto de tantos horrores, el blanco de tantos epigramas... la *suegra* ha venido á ser un enemigo terrible, clasificado, que faltaria á su mision si no pasara la vida mortificando á su yerno...

Si ha habido realmente alguna de ellas, tonta por temperamento y cruel por desesperacion, ¡cuántas, en cambio, simplemente desdichadas, han sido el objetivo de toda suerte de calumnias, sin mas delito que el de haberse hecho pesadas á fuerza de cariño?

Comprended de una vez, señores ingratos, que á esas suegras corresponde llevar la carga mas pesada en los asuntos matrimoniales. Despues que han pasado los mejores años de su vida educando una hija, viene á lo mejor un galan y se la arrebatá, cuando no es ella misma quien debe procurárselo; perdiendo de esta suerte la direccion de un porvenir que constituia la esencia de su vida.

Esos *mónstruos*, á quienes en verso y en prosa se maldice en todos los teatros, ó por cuya muerte se suspira en silencio, no ménos feroz que aquellas declamaciones; son por lo regular escelentes mujeres y buenas esposas; pero que cometen la necesidad

de amar á sus hijas de tal suerte, que quisieran recobrar, al dia siguiente de la boda, lo que perdieron la víspera; madres que no comprenden la ley natural de la separacion, madres que se resisten á ser el final de un capítulo y no consenten que el marido sea principio de otro. En semejantes casos, esas amas del amor, que no tienen paciencia para aguardar á que los niños quieran ir al brazo y sueñan constantemente en recobrar á la criatura que se las ha emancipado; se hacen aborrecibles por haber querido intervenir en la felicidad de los novios, y tienen que pasar por el dolor de una expulsion, na la mas que por no haber sabido hacerse ligeramente á un lado.

Una vez casados el hijo ó la hija, las madres están reducidas á ser simples espectadoras del drama de la vida que dirigieron anteriormente. Esto no quiere decir que abduquen el derecho de reprobar lo que sea reproable: su resignacion no debe confundirse con la cobardia; pero tampoco su autoridad debe extralimitarse de la resignacion.

Por mi parte no aspiro á ser una suegra en el sentido vulgar de esta palabra: téngalo así entendido ese caballero que se está enterando de mi carta á hurtadillas de su esposa: líame-me-usted como quiera, prescinda hasta de llamarme cosa alguna; no por esto me impedirá ser su amiga, amiga indulgente con las faltas involuntarias, que no pone tasa al agradecimiento y que nunca economizará su cariño y su paciencia.

No querré conocer otros secretos tuyos, hija mia, que aquellos de que voluntariamente me hagas depositaria; y seré para vosotros la sombra que os envuelva, no la sombra que os separe. Quiero estar en vuestros corazones como se está de visita en el campo, respetando á mis huéspedes, y formando casa aparte... La vuestra llegará á ser demasiado estrecha para vosotros, con mas vuestros hijos, con mas la inmensidad de vuestros deseos...

Porque yo tambien tengo mi orgullo y mi ambicion, y pretendo ser nada ménos que la influencia superior indirecta, visible ó invisible, segun que seais felices ó desgraciados; el astro sin rayos importunos que se alce incesantemente sobre vuestras cabezas hasta que se desvanezca en el cielo, mas sin nublar el límpido horizonte del jóven matrimonio.

Tal es el objeto que me propongo, querida hija mia, vindicar á tantas suegras inmoladas, y vindicaros igualmente á vosotros, queridos hijos, de la nota de ingratos, lanzada con sobra de ligereza contra los felices jóvenes que se deben preferentemente á las ilusiones de su sagrada dicha, á la alegría de sus deberes.

En cambio, si cumplo lealmente el juramento que me hago, habreis de convenir conmigo, lo mismo tú que tu esposo, que tendré bien ganada para el día de mi santo, ó de mi cumpleaños, 6 de Reyes, la muñeca destinada á las abuelas que son buenas muchachas...

## XVI.

### **El gobierno de casa y la sociedad.**

Vaya, señorita; tenga usted la bondad de no coquetear con su madre; no me detalle tan minuciosamente los gastos de su casa, no sea tan nímia en las descripciones de su menaje; todo para que yo me enorgullezca de mi discípula y me encuentre mas bonita de lo que soy al contemplarme en vuestros muebles, en vuestros cuadros y en vuestras cacerolas, que son los espejos de la vanidad maternal.

¡No te decia yo que acabarias por ser una consumada aritmética! El libro de gastos que me has enviado es un verdadero modelo en su género. Tentada estoy de enterrarlo en los sótanos de la casa, á fin de que la posteridad, cuando proceda á su derribo, lo vuelva á sacar á la luz, lo admire y forme magnífico concepto de una verdadera mujer de su casa en el siglo diez y nueve. Los asientos de ese libro están hechos con la firmeza y la calma de una compradora que conoce el valor de la mercancía; y hasta en su ejecucion material, están trazadas las líneas de suerte que parecen una legion de amazonas mandada por una heroína. El conjunto de cada página tiene la majestad de una inscripcion lapidaria, echándose de ver que el estilete de la verdad ha escrito su *Debe y Haber*.

Si me atreviese á poner en un cuadro ese manuscrito, tu primera obra maestra, lo colgaria al lado de la testa de Niobe, tu primer dibujo, que adorna las paredes de tu aposento de soltera.

Lo que me cuentas de tu intervencion definitiva en aquel trance de que tu cocinera no sabia como salirse, es cosa para hacerse lenguas de ella. En tu casa se comerá bien de seguro, lo cual me convence de que la conversacion será ingeniosa y culta.

Confíesame ahora, hija mia, que el aprendizaje de la química del puchero no te ha sido ni penoso ni humillante; y cuando te

felicitas por tu ciencia culinaria y por el cuidado con que atiendes al gobierno de tu casa, pon de manifiesto tus manos, muéstrales como tus uñas se conservan perfectamente rasadas; díles que en nada se han perjudicado estudiando los varios tratados de cocina que hemos comentado entrambas, que nunca has sentido dolor alguno producido por el cilicijo del delantal, y que si, hasta la época de tu matrimonio, has ayudado á hacer tu cama, jamás te he distraído de tus estudios ni interrumpido tus contemplaciones celestes, para inclinarte á la librea de los criados y las doncellas.

Si has aprendido á guisar, ha sido prestando atencion á las órdenes que yo daba á la cocinera; si te has enterado de cómo se gobierna una casa, ha sido viviendo en la de tus padres; respirando en ella, al mismo tiempo, el aire que alimenta y la atmósfera de los mas dulces ensueños. Sin apercibirte de ello, has vivido la vida de la prosa, que en nada ha menoscabado la libertad de tu alma para soñar en la vida de la poesía.

De todo lo cual resulta que en tu comedor, cuya disposicion es muy de mi agrado, se darán escelentes banquetes; lo cual en nada obstará para que tus tertulias sean esencialmente agradables y distinguidas.

Para cuando llegue la ocasion de darlas, tengo ya elegido mi sitio. El sillón de mí mas querido es aquel sesgado, entre la chimenea y la ventana, cerca de la caja para leña, que te bordé. Recuérdalo y consérvalo para mi uso particular.

Confieso francamente que cuando os dejé en libertad de escoger la forma y color de vuestros muebles, no dejé de experimentar un secreto escozor, muy parecido á la desconfianza. Temí que tu marido no quisiera convertir vuestro gabinete en un nido coqueton y exclusivo para vuestro amor y felicidad.

Las primeras manifestaciones de una pasion, por muy honrosa que esta sea, se resienten siempre de cierto deslumbramiento egoista que predispone á cuidar ante todo del yo, no con la intencion de desprenderse de los demas, sino para trazarles el camino que por su bien han de seguir; pues con la mejor buena fe se cree contribuir á la propaganda de las virtudes del amor consagrando cierto culto idolátrico al amor virtuoso.

Mas adelante, cuando los hijos patalean sobre la alfombra de rosas tendida á su futuro paso; cuando la sociedad, á la cual no siempre puede cerrarse la capitonada puerta del santuario privado, se introduce resueltamente en él, los esposos ponen el grito en el cielo irritados por aquella profanacion; y la sociedad sonrie desdeñosamente ante la explosion del excesivo sentimen-

talismo de aquella pareja íntima que no quiso prever los deberes que impone la hospitalidad.

Sin embargo, con la misma franqueza debo confesaros, que me tranquilicé por completo á la vista de vuestro mobiliario, escogido con tanta discrecion como buen gusto. Los colores, léjos de ser chillones, son, en muchos muebles, hasta severos. Al amueblar la concha que debe cobijaros, habeis previsto el dia en que vuestros padres serán ancianos, en que la tristeza puede asaltar vuestros corazones, en que tengais necesidad de recogimiento... Las hechuras son cómodas, y sin embargo no revelan ese refinamiento de la indolencia, que á veces es una especie de ofensa hecha á las visitas.

Habeis comprado objetos de arte bastantes para secundar la vida ideal, y bastante escasos para no descorazonaros de la vida práctica. Vuestra admiracion por las antigüedades no ha sido extemporánea, como la de muchos que no comprenden que convertir un mobiliario nuevo en museo arqueológico es lo mismo que encerrar una cuna dentro del ataúd de una momia.

Vuestro buen gusto se ha revelado hasta en los objetos de la industria mas vulgar: en vuestra casa nada es chocante: todo está perfectamente entendido, todo es agradable, todo parece amoldarse al silencio que reina en ella.

Ninguna necesidad he tenido de recomendarle esa especie de armónica familiaridad que deben guardar los sillones, las mesas, los accesorios todos de un salon.

En el mas correcto método de amueblar, puede introducirse una gracia, una especie de abandono, una ligera irregularidad que interrumpa la simetría sin desarmonizarla, ántes bien haciéndola tan agradable, que el visitante se encuentre en ella mas en su elemento, como si ya estuviese habituado á frecuentar esos salones. Un órden absoluto, como todos los absolutos, lo mismo es enemigo del desórden que de cierta armonía agradable, aunque no estrictamente uniformada.

Recuerdo haber conocido en mi juventud á una porcion de gentes, amables, que mentalmente recibian de una manera irreprochable á sus amigos, pero que no consentian que se sacara de su sitio una silla, y que hasta, para mayor seguridad, las tenian sujetas á la pared del salon. Francamente, este metodismo llegaba á causar cierto terror. Cada uno de aquellos sillones llegó á adquirir la gravedad de un confesionario, y al cabo de pocos meses nadie volvió á parecer por aquel tribunal de la penitencia.

El mayor mérito de una señora de su casa es que siempre

parezca estar preparada para recibir las visitas que mas la sorprendan, teniendo preparado para cada uno de sus amigos el mueble de su predileccion.

Vamos á ver ¿piensas recibir desde luego á tus relaciones; *hacer sociedad*, como es de buen tono decir? Supongo que no dejarás de tener tus visitas y hasta su poco de tertulia musical.

Ya me hago cargo de que la soledad constituye en este momento vuestro mayor encanto... Es natural, os encontrais en el período de la isla desierta, pero el señor y la señora de Robinson se verán un dia obligados á tener tambien su viérnes. Dispénsame esta culta manera de decir que recibirás un dia á la semana. En tal caso, escoge el lunes, siquiera para que las dos no recibámos en un mismo dia.

Calcula que tu marido tiene deberes sociales que cumplir. Por mucha que sea su modestia, no podrá prescindir de tomar una parte mas ó ménos activa en el combate de la vida: para ello tendrá necesidad de aliados; es menester que tu contribuyas á escogérselos; y si no temiese que me silbárais por el refinamiento de mis precauciones, añadiría que hasta debes ayudarle á escoger sus enemigos.

Entrezbrid, pues, vuestra puerta ántes que bostezeis de fastidio, y evitared tener que hacerla pedazos ruidosamente cuando llegue el dia de la irrupcion social. *Haced sociedad*, hijos míos, ántes que tengais precision de *sufrirla*: tomaos todo el tiempo necesario para elegir á los favorecidos, pero empezad pronto la eleccion. De esta suerte poblareis vuestra casa de buenos amigos á medida que los vayais encontrando, y no os vereis en la necesidad de tomarlos á granel y de lance el dia de una gran festividad ó de una sensible desgracia.

De niña habias demostrado un tino especial en la eleccion de tus amiguitas. Ten no ménos cuidado en escoger tus amistades de jóven casada; porque hoy seríais dos los corrompidos, con lo cual el daño sería doblado. No todas las mujeres de tu edad son parecidas á tí, por mas que puedan igualarte en belleza, en fortuna y en talento. Ántes de abandonarte á nuevos afectos, somete á la piedra de toque la pureza de aquellas situaciones que aunan la tranquilidad ó la desdicha de las familias ántes de haber aunado sus caractéres.

Vela por tu felicidad como yo he velado por tu salud, tomando precauciones diarias, cuidando la higiene de vuestros corazones, evitando el tener que emplear remedios extraordinarios. ¡Sobre todo no seas celosa! No le des ni tiempo á tu alma para serlo.

Sé buena, que es el mejor preservativo contra los celos; sé



buena con talento, que es la mejor manera de ser buena. No te se ocurra en ocasion alguna echarla de infalible, porque de otro modo tú misma te condenas á no ser perdonada; ni creas tampoco en la infalibilidad de tu marido, porque entónces prescindirias del inmenso bien que causa el perdonar.

¿Me resta algo mas que decir? Sí y nó.

La vida moral de la familia tiene algo del arte culinario: las reglas esenciales no son muchas en número, pero las combinaciones varian hasta lo infinito.

Tú, ángel mio, por lo mismo que eres una escelente cocinera, tienes que ser por fuerza una perfecta moralista.

## XVII.

### **La conciencia del marido**(1)

Tu última carta, hija mia, trasciende á escrúpulo de monja alarmada: mucho me he reido con ella...Pero esto no obsta para que te riña.

Siendo como eres una sincera cristiana, no sé como no echas de ver que tu amor te juega una mala pasada, infundiéndote ideas paganas.

Sí, señora; cuando usted se lamenta de no poder conseguir que su marido la acompañe á la iglesia; cuando echa de ménos que su esposo la ofrezca el agua bendita en la punta de sus dedos; cede usted cándidamente á los impulsos de una cierta coquetería, no tan cristiana como parece serlo.

Ya sé que has de decirme:—¡Si yo no me quejo!

Pero la mirada de una madre no pierde de buenas á primeras la costumbre contraída á fuerza de penetrar en el pensamiento de su hija. En medio de la alegría que resalta en tu carta, he creido oir como el rumor de un suspiro; si yo no te ponía en guardia contra ciertas prevenciones, acabarias por figurarte que tu marido es un modelo de impiedad.

Ante todo, mi querida Luisa, bueno es que sepas cuán difícil es conocer á fondo la impiedad humana. Muy á menudo sería dable encontrar algo de fe extraviada en medio de horri-

(1) No hay que echar en olvido que este capítulo se ha escrito en un país libre-cultista, donde el padre de familia deja casi por completo á la madre la direccion religiosa de sus hijos.

bles y extravagantes blasfemias; y no siempre aquellos que se retraen de cumplir los mandamientos de la iglesia, han de ser forzosamente ateos.

No creas que tus escrúpulos me sorprendan; yo los he experimentado como tú, y toda mujer que quiere vivir de la vida moral é ideal de su marido, los ha experimentado á su vez.

Tu padre es un *filósofo*, á quien, durante el primer entusiasmo matrimonial, hubiera querido hacer proferir votos religiosos. Por aquel entónces la prueba era ménos arriesgada que en los tiempos presentes. Existía aun en la atmósfera algo de esa efusion religiosa que había inspirado á nuestros grandes poetas, á nuestros célebres oradores, á nuestros eminentes artistas. Chateaubriand, Lamartine, Víctor Hugo, terminaban apénas el canto de sus oraciones, que aun resonaba en nuestros oídos cuando aquellos habian cesado de escribirlo.

Tu padre lo escuchaba con la misma complacencia que yo; pero cuando quise que esta complacencia se convirtiese en hábito; cuando quise atraerle á la fórmula que constituía mi tabernáculo; se resistió con tanta dulzura como firmeza; invocó su libertad de accion; y yo, que siempre le habia encontrado respetuoso para con la mia, hube de resignarme á respetar la suya.

Lo cual no obstaba para que continuara amándome como siempre, y para que en el fondo de su corazon fuera sinceramente religioso.

Jamas intenté reproducir mis pretensiones; pero siempre que el Señor nos ha deparado una grande alegría, la del nacimiento, primera comunión ó matrimonio de alguno de nuestros queridos hijos; cuando he juntado mis manos para orar, he tropezado con la mirada de tu padre, mirada humedecida por algunas lágrimas de ternura, mirada cariñosa, satisfecha, que me animaba á implorar á Dios. Jamás dejé de agradecerme que, en medio de las satisfacciones terrenales, consagrara un pensamiento al cielo; jamas se le ocurrió tacharme de nécia ó ridícula por mi falta de filosofía; jamás me impidió fiar á la oracion las aspiraciones de mi pecho atribulado; y por mi parte hallé siempre tan tolerante su filosofía, que nunca pude decidirme á calificarla de intolerable.

En los momentos de tristeza y luto, cuando perdí á mis padres, cuando nuestro primer hijo espiró en mis brazos, la mirada de mi esposo nunca dejó de alentarme en mis esperanzas místicas. Ni yo le he importunado para que ajustase sus creencias á las mías; ni él se ha propuesto en tiempo alguno forzarme á ajustar las mías á las suyas. Respetuoso

siempre con mis devociones, jamas nuestras conciencias han sufrido el mas mínimo choque. Mi amor siempre sumiso, la tranquilidad que ha reinado siempre en nuestro hogar, la direccion saludable que desde un principio imprimí á vuestra instruccion y mas tarde á vuestra piedad; le parecieron garantías y pruebas suficientes para no inquietarse por lo que pudieran decirme en la iglesia; de la misma manera que su serenidad, su inteligencia, su lealtad y su bondad, me han tranquilizado respecto á la indole de su fé, que él califica de duda.

Sigue mi ejemplo, hija mia. Vivimos en un tiempo de controversias políticas y religiosas, y nuestra mision es muy sencilla. Abramos con toda discrecion hospitales para las conciencias heridas; cuidemos á los enfermos sin burlarnos de ellos; curémosles por el contacto de la salud que felizmente gozamos.

Tras tantas revoluciones, controversias y escándalos como se han sucedido de muchos años á esta parte, no es de extrañar que la duda haya hecho prosélitos entre los hombres; porque la duda es la enfermedad moral propia de la inteligencia en su período de desarrollo.

Es hacer sobrado honor á la materia y á la industria atribuirles la responsabilidad de la moderna calentura que abrasa á la humanidad. Por mi parte creo que la causa de esta inquietud general tiene alguna mayor importancia. Esos sabios que tan bien escudriñan el cielo, la tierra y los mares, se han propuesto á descubrir un Dios nuevo. Lo que no podemos asegurar es si despues de haberlo revuelto todo y andado todo, volveremos al punto de partida; es decir: si dentro de un año ó de un siglo habrán descubierto que el pretendido Dios nuevo era ni mas ni ménos que el Dios antiguo. Mas puesto que esos señores van buscando lo que no encuentran, seamos indulgentes con ellos, tengámosles preparada una tienda para abrigarse en cada parada, una palabra dulce para cada decepcion. Demos un discreto alerta á nuestra fe; recompensémosles siempre que permanezcan fieles á su nido; pero no les obliguemos á permanecer en él contra su voluntad.

¡La mujer aplastará á la serpiente! Así está escrito; mas hay que cuidar de no equivocarse; no sea que en lugar de serpientes aplaste anguilas. Si la verdadera serpiente quiere deslizarse en tu paraiso, hechízala y adormécela con un poco de leche; y con esto la aplastarás mas cómodamente.

El fondo ó esencia de la fe religiosa de tu marido no te ha de ser bien conocido hasta el dia aquél en que le veas de

rodillas á tu presencia, para recibir en sus brazos á su primer hijo, el Mesías y Salvador de las almas de los padres. En ese trance, verás como sus ojos se llenan de lágrimas, cual se llenaron los de tu padre en igual caso, y como exclama; ni mas ni ménos que tu padre exclamó:—*¡Dios mio!* ¡Qué hermoso es!...

Tocante á las opiniones políticas de tu marido, cualesquiera que sean, no te conviene sino respetarlas: todo hombre se debe á un partido, y no es culpa suya si, gracias á existir tantos, se encuentra en el caso de escoger entre ellos. La única aspiracion que puede formular plausiblemente una mujer sumisa y amante de su patria, es que la política no pese nunca sobre la dignidad de su marido, ni haga mala sombra en tiempo alguno á la buena reputacion que disfrute.

¡Cuántos hombres de estado se han puesto en ridículo, sea en la carrera diplomática ó en el parlamento, solamente para fomentar la coquetería de sus esposas, ávidas de un título, de un empleo ó de una condecoracion!

Vela sobre la conciencia viril de tu marido, de la cual eres solidaria. Si vacila, acude en su auxilio; si se encumbra, sostenle con mayor empeño, y hasta en el apogeo de su gloria, procura que en su conciencia se refleje la conciencia tuya, serena, modesta, tranquila.

Amenudo se ha dicho que cuando en Francia existian elegantes y aun espléndidos salones, abiertos á la gente culta, las luchas, así en política como en religion, participaban de cierta cortesía: naturalmente, se comprende que los contendientes, en gracia de encontrarse admitidos en una misma tertulia, se concedieran recíprocamente algunas tréguas. No quiere esto decir que los debates, en aquellas épocas, no tuvieran su apasionamiento; pero en medio de todo conservaban algo del perfume recogido al paso con el contacto de la buena sociedad.

Sin embargo, ántes de restablecer la costumbre de las antiguas tertulias, sería indispensable hacer una cruzada en favor de la amabilidad, la indulgencia y la tolerancia.

Haz la prueba en tu casa, hija mia.

Los hombres, que nos adulan para no tomarse el trabajo de disculparnos, y que ponderan nuestra diplomacia á trueque de no tener que justificar sus imprudencias; proclaman, venga ó no venga al caso, la escelencia del *tacto femenino*.

Gracias á esta frase, nos imponen una gran responsabilidad, y al hacer nuestro mayor elogio, se encuentran hecha la defensa de sus debilidades. Esta ciencia infinita de las precauciones jamás llegamos á dominarla bastante. Estúdiala, pues,

sin descanso; y si algunas veces tu conciencia se alarma á la vista de las libertades que, en política y en religion, se permite tu marido; ten presente que la primera condicion para que las mujeres salven á aquellos á quienes aman, es que estos no se aperciban de que se trabaja en su salvacion.

## XVIII.

### **La cuna vacía.**

Querida Luisa: acabo de recibir una carta de tu marido, carta admirable toda ella, porque respira á un tiempo cordura y amor. Apesar de que la carta es del marido, juzgo que interpreto mejor sus intenciones si la contesto á la mujer.

¿Cómo es eso?... ¡Afligirse y creerse para siempre estéril, porque, al año y ocho dias de matrimonio, no ha experimentado sintoma alguno de maternidad!... No es de extrañar que tu marido, dominado por cierta melancolía, que me ha conmovido de veras, pida al parecer perdon por no haberme aun hecho abuela, y que proteste una y mil veces de su amor por tí; cual si tuviera necesidad alguna de asegurarme que ha de amarte mas y mas á medida que los meses, que los dias irán aumentando vuestras decepciones.

¡Ay, hijos míos! No sólo os perdono con todo mi corazon, sino que debiera implorar el perdon vuestro si acaso aumento vuestro dolor involuntariamente; pero tranquilizaos, no soy tan vieja que no pueda prolongar el plazo para que hagais efectivo el crédito que os tengo abierto bajo la garantía de vuestro amor y juventud.

Conste, pues, que les prohibo á ustedes descorazonarse de esta suerte, cual si el cielo hubiera contraido á su favor alguna obligacion á fecha fija, y llegado el vencimiento suspendiera el pago!

¿Queríais una cosecha precoz, y tal vez os tendreis que contentar con una cosecha tardía?... ¿Qué importa, con tal de que, al fin y al cabo, haya cosecha? ¡Y la habrá! Estoy segura de ello; un pajarito enviado por el Señor me lo ha revelado; y si yo fuese indiscretamente parlanchina, podría hasta revelaros qué es lo que se oculta debajo de cierta hoja de col que el jardinero del paraíso de las madres ha tenido la bondad de levantar para satisfaccion mia... Pero he prometido guardar la mayor discrecion, y por mi parte nada sabreis de lo que el porvenir os reserva...

¡Para saber, á Salamanca! Mientras tanto, queridos hijos míos, haced una escursion al bosque: quizás esto os convenza de que, aun quedan algunos laureles por cortar.

Hablándoos francamente, debó deciros que vuestro dolor me llega al alma como manifestacion que es de una virtud; pero que, al mismo tiempo, me tranquiliza como un augurio. El cielo nunca deja de bendecir tan perfectas vocaciones: pierde cuidado, hija mia, no dejarás de ser madre, pues ya por el deseo lo cres en este instante.

¿Te acuerdas de mis consejos apropósito del gorro de Santa Catalina? Sospecho que te hicieron algun bien. Tentada estoy de usar el mismo procedimiento en la cuestion que ahora nos tiene preocupadas... Si señora, vamos á ver ¿qué sacará el cielo, mostrándose cruel contigo, si la sávia de tu corazon maternal no ha de secarse aun cuando carecieses de hijos propios á quienes amar?

Algunas veces las madres que llevan luto por los hijos que han tenido, consuelan á las que lo llevan porque no los tienen, diciéndoles:

— ¡Cuánto mejor es no tenerlos, que pasar por el horrible trance de perderlos!

¡Vulgar consuelo, prodigado sin conviccion de parte del que lo dá, y sin fruto por parte de quien lo recibe! ¡Apelo, en prueba de ello, al corazon de todas las madres que han pasado por tan amarga prueba! ¡Digan ellas si, aun despues que han sufrido el suplicio de la pérdida del hijo adorado, no han sentido, en lo mas íntimo de su alma, una verdadera gratitud que nada basta á extinguir, un resto de celestial alegría debida á haber conocido las delicias de la maternidad!

Lo digo y lo repito, aun á trueque de aumentar tus lágrimas. No hay madre que deje de dar gracias á Dios que la concedió hijos, siquiera ese mismo Dios la haya privado luégo de ellos; no hay madre que, en su desesperacion por haber perdido el fruto de sus entrañas, diga sinceramente á una mujer estéril que bendiga al Señor que no la ha deparado frutos de bendiccion.

Cuando yo trabajaba para hacer de tí una verdadera cristiana, es decir, una verdadera mujer, nunca pensé que midieras tus fuerzas segun lo dispusiera tu felicidad, sino segun lo exigiese el cumplimiento de tu deber. ¿Y podrías creerte desligada de todo amor, simplemente porque el tuyo no ha dado hasta el presente flor ni fruto? ¿Acaso no puedes hacer extensivo tu amor de madre á los hijos de los demás, y sobre todo á ese compañero de toda la vida, que por la misma razon de tu esterilidad, vendría á ser tu mayor y único hijo?

Los hombres no son dignos de ser padres sino cuando poseen sentimientos de padre. Tu marido padecería tanto ó mas que tú por falta de sucesion; y por la sola razon de que fuera desgraciado ¿quisieras emanciparte del amor de aquél, á quien te has entregado en cuerpo y alma delante de tus padres, delante de la sociedad, delante de Dios?... Al contrario; ámale siempre con igual pasion, redobla para con él las manifestaciones de tu cariño; y de esta suerte elevarás tu amor, mas y mas cada dia, hasta las purísimas regiones del heroismo maternal.

En una familia como la tuya, jamas se corre un velo sobre la cuna desierta; y si por desgracia la privacion de la paternidad es merecida, ó por suerte es esta la única desdicha que sobre aquella pesa; por muy grande, por muy pesada que sea la carga, se lleva resignadamente entre el marido y la mujer; marchando ambos de frente por un mismo camino; abrigando uno y otro las mismas esperanzas; sintiendo latir á compás el corazon, siempre que mentalmente se cree ver el cortejo de un tierno niño, de cuya resurreccion nunca se desconfia.

¡Ay, hija mia! Gracias á tí y á tu hermano, he sido la madre mas feliz y mas envidiada del mundo; y sin embargo conozco que si ninguno de vosotros dos hubiese nacido, ninguno de mis afectos se hubiera menoscabado por semejante causa, y habría amado á mis hijos invisibles, gracias á la obstinada vision de mi cariño materno.

Además de que, en semejante situacion es mucho mas meritorio el buen acuerdo de un matrimonio. Los hijos dulcifican muchas amarguras de la vida y facilitan el cumplimiento de muchas tareas. No es difícil, ciertamente, que reine la alegría en el hogar doméstico, y esté contento el marido, y se encuentren fuerzas para el trabajo y tranquilidad para el descanso, cuando un hermoso pimpollo de sonrosado semblante se encarga de conciliar é interrumpir vuestro sueño; cuando no hay manera de enfadarse por el temor de que el enfado trascienda á la prole; cuando dos manecitas muy lindas reconcilian al marido y la mujer ántes mismo de que el marido y la mujer hayan tenido tiempo para malquistarse.

El gobierno de un matrimonio sin hijos es la obra mas delicada y ménos fácil, la prueba mas gloriosa y ménos recompensada.

¿Estarás destinada á tener que resignarte con semejante triunfo? Mi corazon, mis instintos, mis presentimientos me dicen que nó; sin embargo, la razon me obliga á contestarte que es posible.

¡Posible!... No te estremezca esta palabra, síntesis de la sumision humana. Deseo, por el contrario, que despierte dulcemente

en tí una esperanza nueva; que agite todas las corrientes de tu vida; que conmueva, en sus limbos, al pequeño querubin que aguardamos, y que sin duda se hace aguardar tan solo para saber si le conservaremos algun rencor cuando se halle entre nosotros.

¡Cuidado con él! ¡Poco nos le comeremos á besos!...

Esto sí, como tu marido continúe escribiéndome cartas que respiren tanto valor, tanta nobleza de sentimientos, me veré obligada á desear que venga un varoncito. Su padre lo tendrá bien merecido; mientras que tú no tienes derecho á una hija por no haber sabido conservar tus esperanzas mas allá de un año...

Escríbeme pronto dándome pruebas de que te has vuelto mas razonable; de otro modo, y por vía de maldicion, voy á desearte tantos hijos como tuvo la tia Gigognes.

## XIX.

### El primer hijo.

¿Qué tal, hija mia? ¿Me he engañado? Ó mejor dicho, puesto que no quiero pecar de orgullo en estos momentos de irdecible alegría, ¿era posible que el cielo nos engañara? Bien te decia yo que ese presentimiento del corazon no podia ser una mentira, una añagaza; bien te pronosticaba que tú serías madre y que yo sería abuela!

¡Yo te saludo, hija mia, llena de gracia; saludo á tu marido, os abrazo á todos, y á todos os bendigo!

Has hecho muy bien en retardarme cinco meses la noticia, pues confieso que soportaba mas pacientemente mi inquietud de ántes que mis esperanzas de ahora... Tu carta ha dado al traste con mi prudencia: créame fuerte, y me aprecio de que soy débil. Desde esta mañana que lloro, siendo así que quisiera reir; que cubro de besos el papel portador de tan buena noticia, como si fuera unas mejillas suaves y sonrosadas; contemplo, leo y releo las palabras que contiene; estoy por decir que casi las oigo... Tienen así como un acento infantil, que me llega al corazon y me saca de mis casillas.

Tengo precision de saltar una línea: el espacio que había de llenar la anterior se ha mojado con mis lágrimas, y el beso que mi pluma te remite se ahogaria en ellas.

Nunca lo creyera... ¿Será que cuando una mujer llega á ser abuela, por fuerza tiene que volverse medrosa? Bien



quisiera sermonearte, darte buenos consejos, decirte cosas razonables... Á prevencion tenia guardadas para este caso una porcion de lecciones prácticas, porque durante estos meses de espera, cabe guardar toda una higiene, higiene física y moral.

Pero ¿qué hemos de hacerle? Ese chiquillo ha dado un puntapié á todos los frascos y recetas. No veo mas que á él, ni pienso sino en él... Mi cabeza y mi corazon parece que contengan un campanario, que repica á nacimiento, que repica, á bautizo, que repica... ¿Qué sé yo á cuántas cosas repica?... Parece que me haya vuelto loca, y tanto esta locura me eleva á Dios, que se me figura encontrarme en el cielo.

¡Ah! Mucho debe amarte ahora tu marido... Dígolo por que yo misma, que pensaba haber llegado al colmo de mi afecto maternal, te amo hoy por hoy diez veces mas que antes, solamente ahora comprendo que te amo cuanto se puede amar.

¡Sufres mucho!... ¡Cuán cruel soy! Necesito convencerme de que sufres un poco, en especial por la mañana, para que la confirmacion apetecida de tus padecimientos haga imposible toda clase de duda, y porque si tu hijo no te causaba ya alguna molestia, llegaria á figurarme que ese débil sér no se preparaba bastante enérgicamente para resistir á los embates de la vida.

De fijo, de fijo que vá á ser una niña, una hermosa niña, que nos retrotraerá á la época de tu infancia. Apesar de todo, no hay que ser egoista, hija mia: si tu marido se empeña en que el primer hijo sea varon, venga el varon en buen hora: Dios deparará mas tarde la hembra.

No te asuste mi pronóstico. Cuando llegue el momento supremo, te convencerás de cuan fácilmente dá á luz la madre á quién, en aquel trance, inundan todas las luces celestiales. Únicamente las malas madres, las mujeres para quienes la fecundidad es un castigo, ven con temor la llegada de ese apetecido instante. Indudablemente se padece algo, pero es para sentir luego un bienestar tan grande que ninguna deja de bendecir sus padecimientos anteriores.

Aguarda, hija mia, con serenidad esa crisis sublime, durante la cual se combinan los mas celestiales dolores con la palma del mas delicioso martirio.

Quando habrás salido del paso, cuando estrecharás al hijo en tus brazos, cuando sentirás su primer vagido en el corazon, antes de sentir sus labios en tu pecho, fijarás en nosotros tu mirada y dirás sonriendo:

— ¡Y á esto se reduce el tan ponderado dolor!...

Á esto, hija mia, nada mas que á esto: unas cuantas horas de mareo, una hora de padecer, y en seguida una existencia entera de delicias.

Con todo, no hay que envañecerse con este martirio, y no es pecado ciertamente dulcificar sus preludios. Antes de llegar al trance crítico procura dar un paseo diario, con tu inseparable carga, hasta sentirte ligeramente fatigada.

¡Cuánto me gustaria verte caminar!... ¡Debes estar tan hermosa como imponente; la tez un poco pálida, los ojos algo lánguidos, vagarosos, así como buscando al bien amado presente é invisible; la nariz abierta aspirando anticipadamente el aroma de la flor que llevas en tu seno.

Á las mientes se me viene que cuando viajé con tu padre por Holanda, ví en Amsterdam un admirable retrato debido al pincel de Rembrant: reproducia á la esposa de un burgomaestre, que tenia una figura muy parecida á la tuya: viste un traje de hermosa tela negra, con encajes en el cuello y puños, y tiene sus blancas manos cruzadas sobre su vientre, ligeramente abultado. Jamás el gran pintor reveló mayor genio como en aquella representacion sencilla, fiel, evidente del sentimiento de la maternidad. Ten cruzadas las manos de aquel modo; y si acaso las retiras de repente, haciendo un gesto de sorpresa, es que la hija ó el hijo tuyo ha sentido la dulce presion, y se estremese al recibir esa especie de bendicion primera.

Si tuviera que darte cuenta de todos los pensamientos que me asaltan, no habría modo de que acabases de reirte de tu pobre madre.

Hasta ahora no había acertado á explicarme aquel cuadro de Leonardo de Vinci, existente en el Louvre, que representa á Santa Ana teniendo sentada sobre sus rodillas á la Virgen, la cual tiende los brazos á su hijo... Al presente comprendo perfectamente que el pintor ha trazado en ese lienzo el símbolo, el misterio del amor de madre y del amor de abuela.

Yo tambien, desde que me he enterado de tu carta, os llevo á tí y á tu hijo, sobre de mí.

¿Qué será que se me ocurran en este momento ideas de arte y de cuadros? ¿Á qué vendrá que me entretenga en adornar con obras de grandes genios, la estancia donde llevaré la primera cuna?

¡La cuna!... Á mí me corresponde regalartela, puesto que soy la madrina... ¡Madrina de mi primer nieto!... Parece algo ménos que abuela; y sin embargo es algo mas cuando los dos

títulos concurren en una misma persona. . Feliz con ser abuela, hará mi gloria el ser madrina.

Ya no puedo conservar por mas-tiempo mi secreto. Sabe, pues, que de un año á esta parte, ocultándolo á todos, y á tí muy particularmente, vengo disponiendo la canastilla. Y en verdad que obré prudentemente tomándolo con tanto tiempo, no para que todo esté pronto cuando llegue la ocasion, sino porque si hubiera aplazado mi trabajo hasta ahora, de cierto que, en la embriaguez de mi dicha, habría cometido toda suerte de locuras. Gracias, pues, á haber puesto manos á la obra cuando conservaba un poco de serenidad, es posible que me contenga dentro de razonables límites.

La consabida cuna será blanda y abrigada como la cuna de un lapon. Tengo entendido que esos lapones son muy frioleros y discurren con mucho ingenio la manera de precaverse contra el rigor de aquel clima. Ya verás los seis pañales acolchados con guarniciones de encaje, que he confeccionado por mí misma con este objeto...Son mi obra maestra...Figúrate que los he cortado tomando la medida de tu última muñeca: creo que habré acertado, lo mismo en los de franela que en los de batista. Los ensayo acomodándolos á mi brazo, y estoy por decir que me enamoro de él.

Tu pobre padre, que me parece dispuesto á hacer aun mayores locuras que yo misma, no sospecha que he saqueado todas sus camisas, sus hermosas camisas de tela, para convertirlas, á beneficio tuyo, en camisetas muy suaves, usadas ya, pero que en cambio no martirizarán los delicados miembros de nuestro querido pimpollo. Sin necesidad de apelar á telas nuevas, creo poderte enviar unas cinco docenas.

No te fatigues, pues, trabajando, ni hagas gastos inútiles: lo mas que te permito es que le hagas á tu futuro hijo unos pequeños borceguíes de punto de calceta. Tu ajuar de novia es completamente nuevo, y vanamente buscarías en él tela usada, que es lo que se necesita para la canastilla de un recién nacido.

Para traje de bautizo aprovecharemos el que sirvió para tí: siempre lo he conservado en mi poder. De esta suerte podrás reconocerte á tí misma en la persona de tu hijito, como yo creo he de reconocirme encima de la almohada donde se posará tu fatigada cabeza despues del rudo trance.

¿Aguardaremos para la ceremonia del bautizo á que hayas dejado el lecho?...Me parece razonable; de otra suerte, cualquiera diria que trato de monopolizar ese acto, separándote demasiado pronto de tu hija...

¡Vuelta con tu hija! Perdona si de continuo se me presenta

la misma vision, y no te alteres si llega el caso de que se desvanezca. Por mi parte estoy perfectamente dispuesta á contentarme con un niño... Los niños no dejan de tener sus ventajas... Además de que, lo que haya de ser, será: ni tú, ni yo, ni tu marido, ni nadie, podemos rebelarnos contra un hecho completamente ajeno á nuestra voluntad.

No te se ocurra, por lo tanto, incurrir en la debilidad de apelar á oráculos ó síntomas que te pronostiquen lo que ninguno puede pronosticar. Tu médico te dirá de sobra que los mas hábiles facultativos saben en este punto tan poco como las comadronas mas prácticas y las *sonámbulas* mas ridiculas. La naturaleza se niega á revelarnos la verdad en esta clase de asuntos, y exige de nosotros que estemos dispuestos á amarlo todo para recibirlo todo con igual alegría y gratitud. Ten presente, pues, que lo mismo cuando te sientas mas incómoda, que cuando te sientas mas aliviada, no hay que tenerlo en cuenta á tu señor hijo ni á tu señora hija.

¡Cuatro meses faltan todavía!... Saca bien las cuentas, porque quisiera preveer ese instante por dias y por horas. ¡Quizás te equivoques! ¡Quizás únicamente falten tres meses! Harias muy mal en no decirme la verdad... El bien que se hace á las abuelas, éstas lo devuelven triplicado á las madres.

Será de ver como mejoro aun mi buen trato. ¿Te se figura que agoté contigo todo el caudal de mis caricias?... Ni por pienso: buena parte de ellas tengo reservada para esa niña ó para ese niño, con quien me prometo echar el resto, como vulgarmente se dice.

¡Me parece que la estoy viendo! ¡Cuán hermosa es! El hoyuelo que tenias en la mejilla, lo tiene ella en la barba; y hace una mueca tan linda cuando se enfada, que se siente una movida á hacerla enfadar nada mas que por verla hacer aquella mueca. ¡Son tan agraciados los primeros enojos de un recién nacido! ¡Son tan fáciles de secar, y hasta de beber, sus primeras lágrimas!...

¿Se rie?... ¡Deja que me la coma!

Las caricias de las abuelas tienen algo del ogro.

Ya lo ves, hija mia: creo que me he vuelto loca. Se me antoja que le veo ya, que le oigo; y sin embargo faltan aun cuatro meses, quizás tres solamente. ¡Tres meses!... Una eternidad. Si yo pudiera hacerte ir algo mas de prisa...

Díle á tu marido de mi parte que está tocando en los límites de lo sublime; que de cada dia le quiero mas; pero que vea de adoptar un ademan modesto cuando yo le dé un abrazo, porque

ese niño tan deseado es el Señor quien nos lo envía y á mí es á quien le destina. ¿Lo tiene usted entendido, señor yerno?...No han de faltar otros que sean para usted.

## XX.

### La nodriza.

¿Quieres saber si he tomado ya mi resolución? Pues esta pregunta, bella nodriza, no la hace ninguna madre y ménos la dirige á una abuela.

Sí, señora coqueta reincidente, que todavía pretende que su madre la felicite y la bendiga mas que ya lo ha hecho; estoy satisfecha: ese robusto niño me permite aguardar con cierta calma el advenimiento de una hermosa niña.

¡Y cuánto ha chillado cuando el sacerdote ha puesto la sal en sus labios! Sin duda ha comprendido que esa sal era el símbolo de la sabiduría, y el futuro hombrecillo se ha inaugurado torciendo el gesto. Pero luego cual si comprendiese también que aquella era la sal de la elocuencia, ha desatado súbitamente la lengua y se ha despachado tan á su gusto, que por un instante creí que iba á entonar el hossana y á echar unos cuantos sermones y profecías. ¡Valientes pulmones tiene el niño! Tú solamente, hija mía, eres capaz de criar un orador de tal fuerza.

Realmente me enorgullece el ser madrina de ese caballerito. Ya puedes decírcelo de mi parte, porque estoy segura de que ha de entenderte.

Me escribes que tiene buen apetito... ¡Las almas llegan en ayunas al cuerpo de los recién nacidos: en cambio cuando abandonan el cuerpo de los ancianos se hallan mas que ahitas!... Su buen apetito debe envanecerse, pues él prueba que el banquete es de su agrado, y tu conciencia debe estar muy tranquila cuando, ya que te has convertido en fuente de vida, puedes convencerte de que sacias la sed del pobre mendigo que á esa fuente pega la boca.

Segura estaba yo de que harías una excelente nodriza. Ignoro qué es lo que dicen los médicos á las mujeres coquetas que andan á caza de pretextos para escusarse de criar á sus hijos; por mi cuenta creo saber de eso mas que los tales médicos, porque abrigo la fe de una madre, y puedo asegurarte que con un poco de buena voluntad por su parte, rara es la mujer que deja de encontrar la manera de criar personalmente á sus hijos.

¡Cuán grande no fué, bajo este concepto, aquel Juan Jacobo Rousseau que puso en moda la naturaleza! Ciertamente que en otras cosas le tengo por hombre pícaro y padre bribon; como también que me río yo de su pretendida filosofía; pero no se le puede negar que fué el gran panegirista de las nodrizas; en cuya calidad ocupa un puesto en el *nursery*, junto á San Vicente de Paul. Este dió madres á los huérfanos; Rousseau dió hijos á las madres á quienes dejaba huérfanas una preocupacion.

¡Y hay todavía quien califica de sujecion el inmenso placer que proporciona el alimentar á un niño!

Ya sé que para ello es indispensable cumplir la promesa hecha por la criatura en las pilas bautismales, renunciando, en nombre propio y de su madre, á *Satan* y á sus *pompas* y á sus *obras*; es decir, al gran mundo, á los teatros, á las visitas... ¡Adios vida alegre cuando el rrorro cuelga del pecho!...

Pero ¿qué mal hay en todo esto? ¿Existe, acaso, un mundo mas bello que el universo encerrado en la pupila de un hijo? ¡El mundo!... ¡Si ese niño lo abarca con sus manecitas, lo mide sobre este mapa-mundi sagrado, que constituye todo su horizonte y del cual se suspende con sus labios!

¿Existe, por ventura, un teatro mas vario en sus efectos y en las emociones que produce, que la cabeza de ese actor en miniatura, que tiene caprichos y emociones ántes de tener voluntad, que se agita y gesticula como el mas picaresco de los mímicos, que produce la risa con su llanto y hace llorar con su sola risa?

¿Hay visitas mas agradables, mas ideales que las visitas hechas continuamente á la cuna de ese niño, y las que él os devuelve á vuestra misma cama y hasta tu mismo corsé?

¡En verdad compadezco á los estúpidos que corren tras de otros placeres, cuando pueden disfrutar de los placeres de la paternidad! Pero aun compadezco mas á las pobres enfermas, á las infelices madres de constitucion endeble, que se ven precisadas á confiar sus hijos á una nodriza, abdicando en ella unas funciones maternales que nunca habrá ejercido por completo, puesto que se vé reducida á privarse de la primera de todas.

La educacion de una criatura empieza con su lactancia: bajo este supuesto, tu hijo es doblemente discípulo tuyo. Tu leche, esta sávia de la mujer honrada, al robustecer entre el niño y su madre una afinidad que nunca mas debe interrumpirse, la imprime carácter, la dirige por el buen sendero, la hace de buena ley sin esfuerzo de ninguna clase. La madre que cria á su hijo, fomenta á un tiempo mismo su cuerpo y su alma.

El hijo que su madre ha criado en su seno, raras veces abandona el seno de su madre. Llegará un día en que suelte el pecho que constituía su sol, su luna, sus estrellas, todo su cielo; en que sustituya la leche por el vino propio de los hombres... Crecerá, partirá ¡el muy traidor! lejos de su familia... Pero jamás se desprenderá totalmente de tí, cual si existiera un hilo misterioso que le uniera á esa primera almohada de su primer sueño. Conocerás su carácter y naturaleza hasta en sus mas pequeños detalles, porque los habrás estudiado desde su primera manifestacion; sabrás la manera de consolarle á fuerza de haberle consolado tantas veces; serás en todo y por todo su nodriza hasta la muerte, como yo lo he sido y quiero serlo tuya.

Alimenta á tu hijo y aliméntate á tí misma. Ramonea la yerba, mi bella cabrita, y aumentará el caudal de tu leche: en seguida irás acumulando experiencia y felicidad. ¿Acaso te crees ya madre? Pues calcula que estás haciendo el mero aprendizaje. Criar á los hijos, ha dicho una mujer entendida, es darlos á luz á todas horas. No temas, por lo tanto, cansarte de criar, pues jamás has de cansarte de corregir y retocar tu querido boceto.

Tu marido, en medio de su triunfo, tiene que humillarse ante tí, porque tu tarea es superior á la suya.

Nunca como ahora comprenderá cuánto es digna de ser amada aquella suegra, á la cual debe una excelente esposa, una buena nodriza y un hermoso hijo.

¿Está usted contento de mí, caballero? ¿Le parece á usted si he cumplido con mi deber? ¿Le he engañado á usted en algo? Cuando usted me dió las gracias ántes de ahora, le dije que no habia llegado aun la ocasion de estar agradecido. La ocasion ha llegado de creerme con derecho á esa gratitud. Es mi postrera ambicion de madre y de abuela.

¿Qué dice, qué hace ese señor estóico, en tanto que tú meces al pequeño ébrio que se revuelve sobre su viña? Me parece que ha de formar parte de vuestro grupo, de rodillas cerca de tí, cruzadas las manos y en actitud de adoraros.

Caton el antiguo debió ser un ciudadano de algo mas duro temple que tu marido... ¿No lo crees así? Pues bien, con todo ese temple, refiere Plutarco que cuando Caton tuvo un hijo, abandonaba todos sus negocios, incluso los mas interesantes, con tal de que no se refiriesen al servicio del Estado, para correr al lado de su esposa y presenciar como ésta lavaba y fajaba á la tierna criatura.

Acúzase á Caton de ser harto amante del vino .

avaro. Si alguna vez apuró desmesuradamente el ámfora, sería de tan alegre como le pondría la vista de su hijo pegado al ámfora materna; si fué codicioso de su dinero, sería para regalar un magnífico equipo á su mujer y comprar una rica canastilla para su hijo.

Esto no quiere decir que yo desee que tu marido se dé al vino ni á la avaricia; nó señor. El triste espectáculo de un hombre prudente en todo ménos en la bebida, debe confirmarnos en la opinion que teneis formada de la sobriedad; al paso que la feliz abundancia de la nodriza debe estimularos á ser mas y mas generosos para con los necesitados.

¿Cómo es posible que la mujer que ha criado á su hijo, se vuelva coqueta, frívola, aturrida, culpable? ¿Cómo es posible que se vuelvan malos, ingratos, criminales, los hombres que han visto reflejada su conciencian en la límpida mirada de un niño? Esos discípulos, que mas tarde serán nuestros maestros, y á los cuales alimentamos con nuestra leche, nos alimentan, en cambio, con su inocencia; viniendo á ser como pequeños testigos y grandes jueces de nuestras acciones, á quienes damos abrigo en nuestro seno.

Supongo que en este particular opinas como yo opino, y juzgo que vas á educar á tu hija tal como yo te eduqué á tí. Yo empecé mi tarea como tú la empiezas; tú la concluirás al igual que yo la he concluido. Ni un solo dia estuviste separada de mi lado, y con besos y mi leche te instruí ántes de instruirte con mis libros y mis explicaciones.

Desdè este punto me retiro del servicio, puesto que nada me resta que enseñarte, y el pequeño doctor que te has echado ha de inspirarte hasta en los lances impreyistos. Has llegado á ser mujer querida y respetada de todos; tienes un marido que adora en tí, llevas en brazos á tus hijos, eres á un tiempo madre y nodriza de tu prole...Has llegado al ideal de la mujer perfecta...;Deja que te mire, que te contemple, que me extasíe viéndote, porque verte es mi mayor recompensa!

Tu mision empieza, hija mia...Te encuentras en buen camino; vas apoyada en un hombre indulgente y fuerte como tu padre. Apóyate siempre en él: la carga que tu suportas es tan llevadera que no hay temor de que tus brazos se rindan á la fatiga.

¡Adelante! si ese pequeño querubin es el precursor de otros varios; si una caterva de ellos te rodea y enguirnalda, como los ángeles rodean á la Virgen en el cuadro de la Asuncion de fomenta á no la rechaces, ántes bien, sonrie en medio de esta



gloria maternal. Nunca maldigas tu fecundidad, manantial de beneficios para aquellos que un día vendrán á pedirte una hija modesta y buena como tú lo has sido, para recibirla en matrimonio; ó para aquellos otros que desearán casar á sus hijas con un jóven decente y bien educado, como lo será indudablemente el hijo tuyo.

Deja para esos matrimonios impíos, que hace la moda y deshace el fastidio, el cuidado de blasfemar de la naturaleza, obediendo á sórdidos cálculos, y calificar de horrible desgracia la venida de un hijo no deseado, siquiera sea un hijo único!...

No te figures que yo he de ser madrina de toda la lechigada; nada de esto; pero en mi calidad de abuela, me reservo asistir al acto tantas veces como tenga lugar; siempre enorgullecida, contenta siempre al estrechar entre mis brazos al pimpollo, varon ó hembra, que al percibir en sus labios la impresion de la sal simbólica, exclame en su jerga angelical:

—¡Gloria á Dios! ¡Gloria á mi madre!

FIN



# ÍNDICE.

---

	<i>Pág.</i>
Prólogo.....	III
<b>LUISITA.</b>	
I.—La primera muñeca.....	1
II.—Los juegos.....	7
III.—Las lecciones á estudiar.....	12
IV.—El jardin.....	19
V.—Los animales.....	26
<b>LUISON.</b>	
VI.—La primera comunión.....	32
VII.—Los criados.....	35
VIII.—La primera amistad.....	41
IX.—Las primeras lecturas.....	45
X.—La biblioteca de una señorita.....	51
<b>LUISA.</b>	
XI.—El primer baile.....	55
XII.—El gorro de Santa Catalina.....	59
XIII.—La demanda matrimonial.....	64
XIV.—La víspera de la boda.....	69
XV.—Las suegras.....	74
<b>LA SEÑORA DE ***</b>	
XVI.—El gobierno de casa y la sociedad.....	79
XVII.—La conciencia del marido.....	83
XVIII.—La cuna vacía.....	87
XIX.—El primer hijo.....	90
XX.—La nodriza.....	95



Es de propiedad  
del  
Latuniero Viana

